Aplicación LibroApp de César Iliberry
Idea, guión y desarrollo
César Iliberry

“Cualquier parecido con la realidad es pura casualidad”
Esta novela no trata de ser una descripción fidedigna de Granada.

EL PUENTE DE LAS BRUJAS

EDITORIAL JCRM - GRANADA

1

La niebla no descendía sobre Granada; ascendía desde las entrañas del río Genil como un aliento pestilente y antiguo, una exhalación de la tierra que reclamaba su diezmo de humedad y reuma. Eran las seis y media de la mañana de un martes de febrero de 1987, y la ciudad de la Alhambra no era ese paraíso de ensueño que vendían las postales en la Plaza de Bib-Rambla, sino un sudario gris, húmedo y calador que se pegaba a los huesos con la insistencia de un acreedor usurero.

En el Paseo del Salón, el silencio era absoluto, solo roto por el murmullo del agua que bajaba de la Sierra, cargada de ese frío líquido que cortaba la respiración. Manuel, un barrendero municipal con más años en el lomo que adoquines tenía la calle, empujaba su carro con la desgana propia de quien sabe que la basura es infinita y el sueldo finito. Llevaba una bufanda de lana raída enrollada hasta la nariz y la gorra calada hasta las cejas.

—¡Foh! Qué día más perro —masculló para sus adentros, soltando vaho como una locomotora vieja.

Manuel odiaba ese tramo junto al río a esas horas. Decían los viejos que por allí penaban las ánimas, y aunque él era hombre de poca iglesia y mucho vino de costa, el "repelúh" que le subía por la espalda cada vez que pasaba cerca del Puente de las Brujas no se lo quitaba nadie. El puente, esa estructura metálica y verdosa que cruzaba hacia los Basilios, tenía mala fama. Oficialmente era el Puente del Sagrado Corazón, pero en Granada los nombres oficiales son solo sugerencias administrativas que el pueblo ignora con soberana "malafollá". Se había levantado tan rápido a principios de siglo, entre 1910 y 1918, para que las monjas cruzaran sin dar rodeos, que la gente sentenció que aquello era cosa de hechicería. Y ahí seguía, suspendido sobre el agua oscura, crujiendo con el cambio de temperatura.

Manuel arrastró la escoba de raíz de brezo cerca de la Fuente de los Cuatro Leones. Los leones de piedra, con sus muecas barrocas, parecían tiritar bajo el musgo. Fue entonces cuando lo vio. O mejor dicho, cuando vio lo que no debía estar allí.

Junto al Kiosco de Las Titas, ese edificio de hierro y cristal que parecía una jaula de grillos para señoritos, había un bulto. No era un montón de hojas secas, ni un borracho durmiendo la mona tras una noche de farra en Pedro Antonio. El bulto tenía colores que no casaban con el invierno: un rojo intenso, un azul eléctrico. Manuel se acercó, con el corazón golpeándole las costillas como un martillo en una fragua.

Al llegar, soltó el carro. El estruendo del metal contra el suelo sonó como un disparo en la soledad del paseo.

—¡Virgen de las Angustias! —gritó, aunque no había nadie para oírle.

La chica estaba boca arriba, con los ojos abiertos mirando a la nada brumosa, como si intentara descifrar un último secreto escrito en la niebla.

***

Carlos Velasco despertó con el sabor a ceniza y ginebra barata en la boca, una combinación que se había convertido en su desayuno habitual desde que llegó a Granada. El timbre del teléfono resonó en el apartamento del Realejo con esa estridencia que solo tienen las malas noticias. Velasco sacó una mano de debajo de la manta, tanteó la mesita de noche tirando el paquete de Fortuna y descolgó.

—Velasco —gruñó. Su voz sonaba como si hubiera estado haciendo gárgaras con gravilla.

—Comisario, tenemos un 187 en el Salón. —La voz al otro lado era la del inspector Ramírez, joven, eficiente y, por lo tanto, irritante a esas horas.

—Habla en cristiano, Ramírez. Esto no es una película yanqui. ¿Qué tenemos?

—Un cadáver, jefe. Una chica joven. Signos de violencia. Pinta feo. Muy feo.

Velasco colgó sin despedirse. Se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo antes de abrir los ojos del todo. El humo azulado se mezcló con el aire gélido de la habitación. El apartamento era un reflejo de su

vida: funcional, desordenado y carente de cualquier calor humano. Se vistió mecánicamente: camisa blanca que pedía a gritos una plancha, corbata aflojada y el traje gris de corte barato que olía a tabaco.

Salió a la calle Molinos. El Realejo, el antiguo barrio judío, despertaba perezoso. Las calles estrechas y laberínticas, herencia de cuando esto era *Garnata al-Yahud*, estaban desiertas. Velasco caminó cuesta abajo, con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina. Odiaba el frío de Granada. No era el frío honesto de Barcelona, ese frío industrial que venía del mar; este era un frío traicionero, que bajaba de la Sierra Nevada y se te metía en los riñones para no salir hasta mayo.

Velasco era un charnego, un híbrido. Hijo de andaluces emigrados a Cataluña, criado en el cinturón industrial, y ahora retornado a una tierra que sus padres idealizaban y que a él le parecía un decorado de teatro preciosista que ocultaba las vigas podridas. En Barcelona era "el hijo del andaluz"; aquí era "el catalán". Un extranjero perpetuo. Y le gustaba. Le daba una perspectiva clínica, desapasionada. Veía la mierda que los locales barrían debajo de las alfombras persas.

Al llegar al Paseo del Salón, las luces azules de los coches patrulla giraban en la niebla, creando un efecto estroboscópico fantasmal. La zona ya estaba acordonada. Un grupo de curiosos, madrugadores y jubilados que parecían no tener otra cosa que hacer que fiscalizar la desgracia ajena, se agolpaba tras la cinta amarilla.

Velasco pasó por debajo de la cinta, saludando con un leve movimiento de cabeza a los uniformados. El vaho de su respiración se mezclaba con el de los agentes.

—¿Dónde está? —preguntó.

Ramírez le señaló hacia el Kiosco de Las Titas. La estructura modernista, con su aire de *Belle Époque*, contrastaba violentamente con la escena a sus pies. El kiosco, lugar de reunión de la burguesía granadina para tomar café y pastelitos, servía ahora de lápida improvisada.

Velasco se acercó al cuerpo. Se acuclilló, sintiendo el crujido de sus rodillas de cincuenta y dos años.

La chica era joven. Veintipocos. Pelo castaño revuelto, pegado a la frente por el rocío y la sangre. Llevaba una blusa de seda, probablemente cara, desgarrada en el hombro. La falda era corta, de cuero negro. Pero lo que llamó la atención de Velasco fueron los zapatos: unos tacones de aguja de marca, carísimos, manchados de barro. Y en la muñeca, pulseras de plástico de colores, de esas que vendían en los mercadillos hippies.

—Ropa prestada o regalada —murmuró Velasco, sacando otro cigarrillo —. Mezclada con bisutería de a duro. Esta chica vivía en dos mundos, Ramírez.

—¿Cómo dice, jefe?

—Nada. Observaciones de viejo. ¿Qué sabemos?

—Nada de documentación. El bolso ha desaparecido. El forense dice que lleva muerta unas cuatro o cinco horas, de madrugada. Hay golpes. Muchos. Y... bueno, ya lo ve. La falda subida, la ropa interior rasgada. Parece una agresión sexual que acabó mal.

Velasco miró el rostro de la chica. A pesar de los hematomas que empezaban a oscurecer la piel pálida, se adivinaba una belleza fresca, de pueblo. No tenía esa arrogancia lánguida de las niñas bien de Recogidas, ni el desgaste prematuro de las yonquis del Albaicín. Tenía las manos cuidadas, pero las uñas cortas, funcionales.

—¿Quién la encontró?

—Un barrendero. Manuel. Está ahí, echando la pota detrás del furgón. Dice que le dio un "jamacuco" al verla.

Velasco se levantó y miró alrededor. Estaban cerca de la Fuente de los Cuatro Leones. Los mascarones de piedra vertían agua con indiferencia eterna. A su derecha, el Puente de las Brujas se alzaba sobre el Genil.

—El Puente de las Brujas —dijo Velasco, exhalando humo hacia el río—. Dicen que lo construyeron en una noche. Magia, decían.

—Cosas de viejas, comisario —respondió Ramírez, anotando algo en su libreta—. Lo construyeron rápido para que las monjas no se mojaran los hábitos.

—Ya. Y ahora sirve para que los camellos pasen del Zaidín al centro sin que los veamos. O para que alguien escape después de matar a una chica.

Velasco caminó unos pasos hacia la orilla. El suelo estaba blando. Había huellas. Muchas. Demasiadas. Era un lugar de paso, un sitio de "hacerse el longui" y perderse entre los árboles. Pero junto al cuerpo, la tierra estaba removida con violencia. Había sido una lucha. Desesperada.

—¿Ves esto, Ramírez? —señaló Velasco con la punta del zapato—. No la mataron y la trajeron aquí. La mataron aquí. A la vista del Kiosco, a la vista del puente, a la vista de las ventanas de los pisos caros del Paseo de la Bomba.

—Nadie oyó nada. O eso dicen.

—Claro. En esta ciudad nadie oye nada, nadie ve nada. El silencio es el deporte nacional de Granada, más que el fútbol. Aquí la gente ve un crimen y cierra la persiana para no salpicarse.

El comisario se volvió hacia el cadáver. Sandra. Aún no sabía su nombre, pero en su cabeza ya empezaba a formarse una identidad. La medicina forense le daría datos: restos de cannabis, alcohol en sangre. La típica noche de la "Movida" que se torció. Pero Velasco sabía que había más. Esa ropa... esa blusa no la compra una estudiante con la paga de sus padres agricultores. Esa blusa era un trofeo, o un pago.

Se acercó el médico forense, el doctor Echevarría, un hombre bajito y meticuloso que siempre olía a formol y menta.

—Buenos días, Carlos. O malos, según se mire.

—Ahórrate la filosofía, Echevarría. ¿Qué me cuentas?

—Traumatismo craneoencefálico severo. Múltiples contusiones. Hay signos claros de violación, pero... es extraño.

—¿Qué es extraño?

—La violencia. No es solo para someterla. Es... rabia. Odio. Quien hizo esto quería borrarla. Destrozarla. No se conformó con matarla; quería castigarla. Y hay marcas en las muñecas. La sujetaron fuerte.

Velasco asintió. Un crimen pasional, o un crimen de poder. O ambas cosas. En Granada, el poder y la pasión solían ir de la mano, y casi siempre acababan manchados de sangre.

—Llévatela. Que no la vean los curiosos cuando levante la niebla. Y quiero esa autopsia para ayer.

Mientras los sanitarios cargaban el cuerpo en la camilla, Velasco se quedó mirando el Puente de las Brujas. La estructura verde parecía una cicatriz sobre el río. Recordó la historia que leyó una vez en un legajo polvoriento: la velocidad "sospechosa" de su construcción entre 1910 y 1918. Los granadinos, siempre dados a la hipérbole y a ver fantasmas donde solo había ingeniería, lo bautizaron así. Ahora, en 1987, con la democracia asentada y la modernidad llamando a la puerta, seguíamos siendo los mismos supersticiosos de siempre.

Velasco sintió una punzada de compasión, un sentimiento que intentaba mantener a raya. Todavía no sabía que esa chica tenía padres en un pueblo de la costa, donde cultivan chirimoyas y aguacates, ajenos a que su querida niña acababa de terminar su carrera en una bolsa de plástico negro.

—Ramírez —llamó Velasco, tirando la colilla al suelo húmedo y pisándola con saña.

—Diga, jefe.

—Quiero que peines la zona. Papeleras, setos, debajo del puente. Busca el bolso, busca un arma, busca lo que sea. Y manda a alguien a la Facultad de Medicina. Esa chica tiene pinta de estudiante. Ropa buena y hambre en la cara. Pregunta si alguien ha faltado a clase.

—¿Medicina? ¿Por qué Medicina?

—Intuición. O quizás porque está cerca. O porque tiene las manos de alguien que sabe usarlas pero no para cavar la tierra. Solo hazlo.

Velasco se dio la vuelta y echó a andar hacia el Paseo de la Bomba. Necesitaba un café fuerte y una copa de coñac para quitarse el frío. Mientras caminaba, observó las fachadas de los edificios señoriales que flanqueaban el paseo. La Biblioteca Pública, antiguo Casino, con su aire afrancesado. Los chalets que quedaban como vestigios de una burguesía que se aferraba a sus privilegios.

Granada era eso: una fachada hermosa, barroca, llena de historia y poesía, construida sobre cimientos de envidia y secretos. Y esa chica, la muerta, había cometido el error de mirar detrás del telón.

Se detuvo un momento frente a la Fuente de las Granadas. El agua brotaba con fuerza. Pensó en la "Movida", en los bares llenos de humo de Pedro Antonio, en los niños de papá jugando a ser rebeldes con el dinero de sus abuelos franquistas, y en los chicos de pueblo que venían a la capital a comerse el mundo y acababan devorados por él.

—Bienvenido al infierno, Velasco —se dijo a sí mismo, encendiendo otro Fortuna—. Hoy va a ser un día largo.

***

A medida que la mañana avanzaba, la niebla comenzaba a levantarse, revelando la ciudad en toda su crudeza y belleza. El sol invernal golpeaba las tejas vidriadas y sacaba destellos dorados a la Alhambra, que vigilaba la escena desde su colina roja, impasible, como una diosa indiferente a las miserias de los mortales.

En el lugar del crimen, los técnicos de la científica recogían muestras con una parsimonia burocrática. Entre la hierba escarchada, uno de ellos encontró algo que brillaba. Era un pendiente. Una perla falsa, de plástico, con el enganche roto. Lo metió en una bolsa de pruebas. A pocos metros, semioculto bajo un banco de hierro forjado, apareció un cuaderno pequeño, de tapas negras, humedecido por el rocío.

Nadie lo abrió en ese momento. Nadie leyó las últimas palabras escritas con tinta azul, emborronadas por la humedad, que hablaban de una fiesta, de un miedo sordo y de un nombre que no debía escribirse.

Carlos había entrado en el bar *La Tana*, un tugurio que a esas horas olía a lejía y café quemado. Pidió un "solo" y un Soberano. El camarero, un tipo con cara de haber visto demasiadas cosas y no importarle ninguna, se lo sirvió sin preguntar.

—¿Ha pasao algo en el Salón? —preguntó el camarero, limpiando la barra con un trapo que tenía más grasa que el motor de un Seat 600.

—Una desgracia —respondió Velasco, bebiendo el coñac de un trago—. Lo de siempre. Alguien que no debía estar donde estaba.

—Granada es muy chica, pero tiene muchos rincones oscuros, comisario.

Velasco le miró. Sí, la ciudad era un pañuelo. Un pañuelo sucio.

—¿Conoces el Puente de las Brujas? —preguntó Velasco.

—Claro. Mi abuela decía que si cruzabas a medianoche escuchabas los rezos de las monjas mezclados con las risas del diablo.

—Pues hoy el diablo se ha reído a carcajadas.

Velasco pagó y salió de nuevo a la calle. El alcohol le había calentado el estómago, pero no el ánimo. Tenía que llamar al Juez, tenía que aguantar a la prensa que ya estaría oliendo la sangre, y sobre todo, tenía que averiguar quién era esa chica que parecía una princesa rota tirada en el fango.

Mientras caminaba de vuelta a la Jefatura, cruzó el puente sobre el Genil. Miró hacia abajo. El agua bajaba turbia, marrón, llevándose ramas, plásticos y secretos hacia la Vega. Pensó en los familiares de la chica. Ellos, ajenos en ese momento, estaban desayunando mirando el campo.En unas horas, su mundo se acabaría. Y Velasco sería el encargado de destruirlo.

Era la parte del trabajo que más odiaba. No ver el cadáver, eso ya no le

afectaba. Era ver a los vivos morir por dentro.

—Maldita sea —masculló.

La ciudad ya estaba despierta del todo. Los autobuses rojos de la Rober rugían, los estudiantes corrían hacia las facultades con sus carpetas bajo el brazo, las señoras con abrigos de piel iban a misa de doce. La vida seguía, implacable, obscena.

Velasco sacó su libreta y anotó una sola frase: *"Kiosco Las Titas. Puente de las Brujas. ¿Quién te ha roto las alas, pajarillo?"*

El caso había empezado. Y Velasco, el perro viejo, el cínico, el charnego descreído, sentía en las tripas que este no iba a ser un caso más. Había olido el miedo en esa escena. Y el miedo de los poderosos es el más peligroso de todos. Porque cuando los de arriba tienen miedo, los de abajo sangran.

2

El sol de Almuñécar no calentaba igual que el de Granada. En la costa, la luz tenía una cualidad líquida, espesa y salada, que lo impregnaba todo con una promesa de eternidad perezosa. Allí, el tiempo no corría; se mecía al ritmo de las olas que lamían la playa de San Cristóbal y maduraba lentamente, como las chirimoyas en la finca de Paco Méndez.

Sandra Méndez Nebot había crecido bajo ese sol, entre el olor dulzón de la fruta tropical en descomposición y el salitre que oxidaba las rejas de los chalets. Su padre, Paco, era un hombre de manos grandes y callosas, curtidas por décadas de pelearse con la tierra para arrancarles aguacates, mangos y esa caña de azúcar —el *cañadú*— que ya empezaba a ser más un recuerdo nostálgico que un negocio rentable. Paco miraba a su hija como quien mira un milagro frágil. Para él y para Ana, su madre, una profesora de primaria con la espalda curvada de tanto corregir cuadernos bajo la luz mortecina de la cocina, Sandra era el billete de salida de la mediocridad rural. No querían que sus manos se mancharan de tierra, sino que sostuvieran bisturís y recetas.

—Tú vas a ser alguien, Sandrita —le decía su padre los domingos, mientras pelaba una chirimoya con la precisión de un cirujano rústico—. Tú no te vas a quedar aquí viendo pasar los veranos. Granada te espera.

Y Granada la esperó, agazapada como una bestia de piedra y ladrillo al final de la carretera de la Cabra, esa serpiente de asfalto que conectaba el paraíso tropical con la ciudad de las sombras alargadas.

Sandra recordaba el día que se mudó al piso de la calle Elvira. Tenía dieciocho años y una maleta llena de ropa que su madre consideraba "decente" y que ella planeaba customizar con tijeras y alfileres en cuanto cruzara el Suspiro del Moro. Dejar Almuñécar fue como quitarse un abrigo pesado en pleno agosto; sentía culpa por el alivio, por dejar atrás a Javier, su hermano pequeño de quince años, que la miraba desde el marco de la puerta con esa adoración muda y desesperada de quien pierde a su único aliado frente a la exigencia paterna. Javier se quedaba con los frutales y el silencio; ella se iba al ruido.

La calle Elvira no era una calle; era una cicatriz abierta en el costado bajo del Albaicín. En 1987, aquella vía era un torrente circulatorio donde la historia se pudría y renacía a partes iguales. Los autobuses de la Rober pasaban rozando las fachadas desconchadas, y el aire olía a una mezcla inconfundible de especias morunas, tubo de escape, humedad de acequia y fritanga de bar barato.

El piso estaba en un segundo sin ascensor, en un edificio que parecía sostenerse más por la costumbre que por la arquitectura. Tenía techos altos con molduras de yeso que amarilleaban como dientes viejos y un suelo de baldosas hidráulicas que crujía bajo los pies, transmitiendo el frío del subsuelo granadino directamente a los huesos. Pero para Sandra, aquel piso era un palacio. Era su reino.

—Esto es una nevera, Sandra. Joder, que aquí hace más frío que en Vitoria —se quejaba Olatz, su compañera de piso.

Olatz era el contrapunto perfecto a la vida poliédrica de Sandra. Vasca, estudiante de Veterinaria, con el pelo corto y una franqueza que a veces dolía como un golpe en la espinilla. Olatz no entendía de dobleces ni de máscaras. Venía a estudiar, a salvar animales y a beber *kalimotxo* los fines de semana. Para ella, Granada era un lugar de paso funcional. Para Sandra, era un escenario.

La habitación de Sandra daba a la calle. Por las noches, el neón parpadeante del bar de abajo teñía las paredes de un rojo intermitente, como un corazón enfermo. Allí, sentada en su escritorio de conglomerado, Sandra construía meticulosamente su primera identidad: la estudiante modelo.

Sus apuntes de Medicina eran obras de arte. Subrayados con precisión, con diagramas anatómicos dibujados con una mano firme que envidiarían los catedráticos más vetustos de la Facultad. Sandra no estudiaba para aprobar; estudiaba para dominar. La presión de sus padres, esas llamadas semanales donde Ana preguntaba "¿Has comido bien?" y "¿Cómo van los exámenes?" antes de preguntar "¿Eres feliz?", actuaba como un combustible de alto octanaje. No podía fallar. El fracaso no era una opción cuando tu matrícula se pagaba con toneladas de fruta recogida al sol.

En la Facultad de Medicina, Sandra era invisible y omnipresente a la vez. Se sentaba en las primeras filas, respondía cuando nadie más se atrevía a desafiar el silencio impuesto por los profesores endiosados, y pasaba horas en la sala de disección, soportando el olor dulzón y penetrante del formol sin arrugar la nariz. Sus compañeros la veían como la chica de la costa, simpática pero reservada, esa que siempre tenía los apuntes limpios y que probablemente se casaría con un residente de cirugía antes de los veinticinco.

Pobres ilusos. No sabían nada.

Cuando el sol se ponía tras la Vega y las campanas de la Catedral daban las diez, la estudiante de medicina guardaba los libros y Sandra emergía. Era una transformación sutil pero total. No necesitaba maquillaje excesivo ni disfraces; su cambio era interno, una alteración en la forma de caminar, de mirar, de sonreír.

El armario de Sandra era un caos organizado. Junto a las blusas de cuello alto y los vaqueros rectos que usaba para ir a clase, había prendas que no casaban con el presupuesto de una hija de agricultores. Una chaqueta de cuero de corte italiano, regalada por un "amigo" que conoció en una fiesta en un carmen del Realejo; unos zapatos de tacón fino que había comprado ahorrando de las comidas; pañuelos de seda que había "tomado prestados" y nunca devuelto.

Sandra era una camaleona social. Tenía la capacidad innata de mimetizarse con el entorno, de absorber el acento, los gestos y los prejuicios de quien tenía delante. Podía hablar de la cosecha de aguacates con un campesino en la estación de autobuses con la misma naturalidad con la que discutía sobre la última exposición de arte abstracto con un hijo de notario en la barra del *Planta Baja*.

—No sé cómo lo haces —le decía Olatz a veces, mirándola desde el sofá desgastado del salón mientras Sandra se terminaba de arreglar—. Un día pareces una monja y al otro parece que vas a comprar la Gran Vía.

—Es solo un juego, Olatz. Todo es un juego. Si te vistes como ellos, te tratan como a uno de ellos. Y yo quiero saber cómo viven ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¿Los gilipollas con náuticos?

—La gente que mueve el mundo, Olatz. O al menos, la gente que cree que lo mueve. Es fascinante verlos desde dentro. Son como animales de zoológico, pero con tarjetas de crédito.

Esa era su droga: la curiosidad. Sandra no quería pertenecer a la élite rancia de Granada, esa sociedad endogámica que olía a incienso y naftalina; quería diseccionarla. Quería abrirla en canal, como a los cadáveres de la facultad, y ver qué mecanismos movían los engranajes de la ciudad.

Y luego estaba David.

David era su ancla con la realidad, o tal vez, su billete de ida hacia el lado más salvaje de la vida, el que no salía en las páginas de sociedad del periódico *Ideal*. David era músico, o eso decía él entre calada y calada de hachís. Tocaba la guitarra en un grupo que cambiaba de nombre cada dos semanas y que sonaba como una mezcla entre los *Sex Pistols* y una procesión de Semana Santa pasada de revoluciones.

David vivía en una cueva del Sacromonte o en el sofá de algún colega, dependiendo de la semana. Tenía los ojos oscuros, febriles, y unas manos finas que sabían sacar acordes imposibles y caricias que hacían que Sandra se olvidara de su ambición por unas horas.

—Tú eres demasiado para esta ciudad, Sandra —le solía decir David, tumbado en la cama estrecha de la calle Elvira, mientras el humo azulado del porro dibujaba espirales en el techo—. Tienes hambre. Se te ve en los ojos. Te vas a comer a alguien o alguien te va a comer a ti.

—No digas tonterías. Solo quiero vivir. Mis padres se han pasado la vida agachando la cabeza. Yo quiero levantarla.

—Levantarla mucho hace que te dé el viento en la cara, y el viento de Granada corta, nena. Corta mucho.

David era su secreto sucio y dulce. Sus padres habrían sufrido un infarto si hubieran sabido que su hija, la futura doctora, se acostaba con un músico

que olía a tabaco negro y a noches sin dormir. Pero David la conocía de una forma que los niños bien de Recogidas jamás podrían. David sabía que detrás de la fachada de perfección había una grieta, una necesidad patológica de sentir, de experimentar, de rozar el límite.

Pero David no era suficiente. El mundo de la música *underground*, de los bares de Pedro Antonio de Alarcón llenos de humo y de las maquetas grabadas en cintas de casete, era excitante, sí, pero también era precario y sucio. Y Sandra, aunque le gustaba coquetear con la marginalidad, tenía aspiraciones estéticas más elevadas.

Así fue como empezó a frecuentar otros círculos.

Todo comenzó de forma inocente. Unos apuntes prestados a una compañera de clase, hija de un conocido abogado. Una invitación a tomar café en el *Suizo*. Una cena en un restaurante donde no ponían el precio en la carta. Sandra descubrió que su inteligencia y su belleza eran llaves maestras que abrían puertas blindadas.

Aprendió rápido. Aprendió que en Granada no importaba tanto lo que sabías, sino a quién conocías y de quién eras hijo. Aprendió a ocultar su origen rural sin negarlo, convirtiéndolo en un exotismo encantador: "Sí, mi padre tiene fincas en la costa", decía, y de repente, Paco el agricultor se convertía en un terrateniente tropical en la imaginación de sus interlocutores.

Empezó a asistir a fiestas en chalets de la zona del Serrallo y en cármenes privados del Albaicín. Lugares donde el vino se servía en copas de cristal de Bohemia y donde las conversaciones giraban en torno a esquí en Sierra Nevada, apellidos compuestos y bodas de conveniencia.

Allí conoció a Ricardo. "Ricky" para los amigos. Estudiante de arquitectura, heredero de una constructora, con esa arrogancia despreocupada de quien nunca ha tenido que esperar a fin de mes. Ricky no era guapo, pero tenía el magnetismo del dinero y la seguridad insultante de la impunidad.

—Eres diferente, Sandra —le dijo Ricky la primera noche que hablaron, en una terraza con vistas a la Alhambra iluminada—. No hueles a miedo

como las demás.

—Quizás es porque no tengo nada que perder —respondió ella, sosteniendo su mirada con una audacia que sorprendió al propio Ricardo.

—O quizás es porque quieres ganarlo todo.

Sandra empezó a moverse entre esos dos mundos como una funambulista experta. Por la mañana, anatomía y fisiología. Por la tarde, cervezas y porros con David y sus amigos músicos en las escaleras de la Plaza de los Lobos, riéndose de la vida y componiendo canciones sobre el desamor y la heroína. Por la noche, vestidos de seda y cócteles con Ricardo y su corte de admiradores en reservados de discotecas donde la entrada estaba vetada a los mortales comunes.

Pero Sandra cometió el error de creerse más lista que el sistema. Empezó a observar. No solo asistía a las fiestas; las analizaba. Veía quién se metía en el baño con quién. Veía los sobres que cambiaban de manos. Veía cómo los hijos de los jueces se drogaban con la misma cocaína que los hijos de los obreros, pero con la tranquilidad de saber que nunca pisarían un calabozo.

Y empezó a escribir.

Compró un cuaderno de tapas negras en una papelería de la calle Mesones. Al principio, era solo un diario, una forma de vaciar la cabeza después de noches frenéticas donde el alcohol y las sustancias borraban los bordes de la realidad. Escribía sobre David y su ternura caótica. Escribía sobre Olatz y sus verdades como puños. Pero poco a poco, las entradas cambiaron de tono.

"Hoy en casa de R. había gente que sale en los periódicos. No en las páginas de sucesos, sino en las de política. He visto cosas. R. se cree intocable. Me mira como si fuera un juguete nuevo, algo exótico que ha traído de la selva. No sabe que el juguete tiene ojos y memoria."

Sandra se sentía poderosa. Tenía información. Sabía qué concejal tenía vicios inconfesables, qué empresario estaba blanqueando dinero a través de las obras del centro. Se sentía una espía en tierra enemiga, una Mata

Hari de la Facultad de Medicina. La curiosidad, esa cualidad que la había llevado a ser la mejor de su clase, se estaba convirtiendo en una soga alrededor de su cuello, pero ella estaba demasiado fascinada por el nudo como para darse cuenta de que se estaba cerrando.

Manuel, su amigo del *Liberry*, se lo advirtió una noche de lluvia. El *Liberry*, ese sótano en la calle Duquesa que olía a madera vieja y a humanidad, era su refugio neutral. Manuel, el dueño, era hijo de un amigo de su padre, un hombre cabal que veía la vida pasar desde detrás de la barra.

—Sandra, chiquilla, estás jugando con fuego —le dijo Manuel, secando un vaso mientras sonaba un blues de fondo—. Esa gente no son tus amigos. Tú eres lista, mucho, pero ellos son crueles. Tienen dientes afilados y tú tienes la piel muy fina.

—No te preocupes, Manuel. Controlo. Solo estoy mirando.

—El que mira demasiado acaba viendo lo que no debe, y entonces es cuando te ciegan. Ten cuidado con el Ricky ese y su pandilla. Son lobos con piel de cordero de marca. Y tú... tú eres buena gente, Sandra. No dejes que te pudran.

Sandra sonrió y le dio un beso en la mejilla, ese beso de quien se siente inmortal porque tiene veintidós años y el mundo a sus pies. Salió del bar, abrió su paraguas y caminó hacia la calle Elvira, sintiendo el ritmo de la ciudad bajo sus suelas.

Subió las escaleras de su edificio, sorteando el escalón roto del primero. Entró en el piso. Olatz ya dormía; se oía su respiración acompasada desde la habitación contigua. Sandra se quitó los zapatos caros, manchados de barro, y se sentó en su escritorio. Encendió el flexo. La luz iluminó el cráneo de plástico que usaba para estudiar anatomía.

Sacó el cuaderno negro del bolso.

Esa noche había visto algo más. Algo diferente. No era solo drogas o infidelidades. Había una tensión extraña en el grupo de Ricardo. Se hablaba de una boda inminente, de un matrimonio que uniría dos grandes

fortunas y apellidos de Granada. Y Ricardo estaba nervioso. Sandra había escuchado una conversación a medias, un susurro agresivo en un pasillo. Algo sobre "limpiar el asunto" antes de la boda. Algo sobre una chica.

Sandra se tocó el vientre instintivamente. Llevaba días con un retraso. No quería pensarlo. La estudiante de medicina sabía lo que significaban las náuseas matutinas y el cansancio extremo, pero la chica de la costa, la soñadora, prefería ignorarlo. Si estaba embarazada... ¿de quién? ¿De David, el músico sin futuro que la amaba? ¿O de Ricardo, el príncipe oscuro que la usaba?

La idea la aterrorizó y la excitó al mismo tiempo. Un hijo podría ser el fin de su carrera, la decepción suprema para Paco y Ana. Pero también... también podía ser una palanca. O una condena.

Abrió el cuaderno y escribió con letra temblorosa:

"Creo que R. tiene miedo. Y eso me asusta más que su arrogancia. Hoy me ha mirado y no he visto deseo, he visto cálculo. Como si estuviera midiendo cuánto ocupo y cuánto costaría hacerme desaparecer. Tengo que hablar con David. Olatz me mataría si supiera lo que estoy pensando. Mañana. Mañana lo solucionaré todo. Pero primero, tengo que saber qué esconden en esa finca de la Zubia."

Cerró el cuaderno. El silencio de la calle Elvira era denso, cargado de presagios. A lo lejos, se oyó el aullido de una sirena de policía, un sonido habitual en la noche granadina que esa vez, sin embargo, le erizó la piel.

Sandra se levantó y se miró en el espejo del armario. Vio a una chica joven, guapa, con ojeras de cansancio y una chispa de inteligencia febril en la mirada. Vio a la hija de los agricultores de chirimoyas disfrazada de dama de la alta sociedad. Vio a la víctima perfecta.

Se metió en la cama, acurrucándose bajo el edredón para combatir el frío húmedo que subía del suelo. Soñó con Almuñécar, con el olor a mar y a fruta madura, con la sencillez de una vida que ya no le pertenecía. Soñó que nadaba en aguas profundas y que algo la agarraba de los tobillos y la arrastraba hacia el fondo, hacia la oscuridad, donde no llegaba la luz del sol ni el sonido de las olas.

Y mientras dormía, ajena a que el reloj de arena de su vida dejaba caer los últimos granos, Granada seguía respirando fuera, preparándose para devorar a otra de sus hijas predilectas, esperando el momento exacto para convertirla en una leyenda más de sus calles malditas, en otro fantasma que penaría por el Puente de las Brujas cuando la niebla bajara del río.

3

La Jefatura Superior de Policía de Andalucía Oriental, situada en la Plaza de los Campos, tenía ese olor característico e institucional que Carlos Velasco conocía demasiado bien: una mezcla rancia de cera para suelos, tabaco incrustado en las cortinas y el sudor frío de la culpabilidad, real o imaginada. Eran las once de la mañana y el edificio zumbaba como una colmena pateada. La noticia del hallazgo del cuerpo en el Salón había corrido por la ciudad más rápido que el agua por las acequias de la Vega, y los teléfonos no dejaban de sonar.

Velasco entró en su despacho, un cubículo gris con vistas a un patio interior donde la luz del sol moría antes de tocar el suelo. Se dejó caer en la silla giratoria, que protestó con un chirrido metálico, y encendió el tercer cigarrillo de la hora. Sobre su mesa, el informe preliminar de la autopsia era una colección de horrores clínicos mecanografiados con frialdad: *hematomas, desgarros, restos de semen, asfixia mecánica incompleta, traumatismo craneal*.

—Esto es un regalo envenenado, Carlos —dijo el comisario jefe, entrando sin llamar. Era un hombre corpulento, de esos que llevan el uniforme como si fuera una segunda piel demasiado apretada, y que pensaba que el orden público consistía en que nada saliera en la portada del *Ideal* que pudiera molestar al Gobernador Civil.

—Buenos días a ti también, Jefe. ¿Qué quieres?

—Quiero un culpable. Y lo quiero antes de que los de Madrid empiecen a preguntar por qué aparecen niñas muertas en los jardines donde pasean las señoras bien. La prensa está hablando de un "maníaco". No quiero pánico. Quiero una resolución. Rápida. Limpia.

Velasco soltó una bocanada de humo hacia el techo desconchado.

—La limpieza es para las tintorerías, Jefe. Esto es un asesinato. Y tiene mala pinta. Hay saña. No es un robo que salió mal.

—Me da igual la saña. Ramírez dice que tiene una pista sólida. El novio. O

el "amigo especial", o como se llamen ahora estos modernos. Un tal David. Músico. Drogadicto. Vive en una cueva. Blanco y en botella, Velasco.

—Blanco y en botella suele ser leche, pero a veces es arsénico —replicó Velasco, frotándose los ojos—. ¿Dónde está Ramírez?

—Ha ido a buscarlo. Al Sacromonte. Espero que lo traiga antes de comer.

Velasco asintió con desgana. El sistema funcionaba así. Ante el horror, la burocracia necesitaba un chivo expiatorio, un monstruo de feria al que señalar para que la gente decente pudiera dormir tranquila, convenciéndose de que el mal era algo ajeno, algo que vivía en cuevas y escuchaba música estridente, y no algo que podía sentarse a su mesa en Nochebuena.

***

Mientras tanto, en la otra cara de Granada, el inspector Ramírez subía la Cuesta del Chapiz en el asiento del copiloto de un Seat Ritmo camuflado, seguido por un furgón celular. El barrio del Albaicín se derramaba colina abajo, un laberinto blanco y cal de calles imposibles, pero su destino estaba más arriba, donde la ciudad perdía su nombre y se convertía en mito y miseria: el Sacromonte.

No iban a las cuevas turísticas, esas donde las gitanas con lunares cobraban en marcos alemanes y dólares por un espectáculo de zambra medido al milímetro. Iban al Barranco de los Negros, a la zona alta, donde las chumberas crecían salvajes y las cuevas no tenían luz eléctrica ni cédula de habitabilidad. Allí se refugiaba la escoria bohemia, los que habían llegado tarde a la utopía hippie y se habían quedado atrapados en la heroína y el hachís.

El coche se detuvo levantando una nube de polvo seco. Ramírez salió, ajustándose la pistola en la sobaquera. El sol de invierno picaba en la nuca.

—Es esa —señaló un agente uniformado, indicando una oquedad en la tierra arcillosa, cerrada por una puerta hecha con tablones de obra y una cortina de cuentas de colores que tintineaba con el viento.

Ramírez no llamó. Dio una patada a los tablones, que cedieron con un

crujido lastimero.

El interior de la cueva olía a humedad, a incienso barato y a esa dulzura empalagosa de la marihuana rancia. Había colchones en el suelo, cubiertos con telas indias sucias, y pósters de *The Cure* y *The Clash* pegados en la cal desconchada de las paredes irregulares.

David estaba allí, ovillado en un rincón, abrazado a una guitarra española que le faltaba una cuerda. Tenía el pelo largo, enmarañado, y vestía una camiseta de rayas y unos pantalones vaqueros que habían conocido tiempos mejores. Al ver a los policías, no intentó huir. Ni siquiera pareció sorprendido. Levantó la vista con unos ojos que eran dos pozos de agua estancada, rojos e hinchados.

—¿Dónde está ella? —preguntó David. Su voz era un susurro roto, como si tuviera cristales en la garganta.

—Levanta, mierda —le espetó Ramírez, agarrándolo por el brazo y tirando de él hacia la luz—. Estás detenido por el asesinato de Sandra Méndez.

David se dejó arrastrar. No opuso resistencia. Parecía un muñeco de trapo, vaciado de cualquier voluntad.

—Yo no... yo no le hice nada —balbuceó mientras le ponían las esposas, el metal frío mordiéndole las muñecas delgadas—. La quería. Joder, yo la quería.

—Sí, claro. Todos la queríais. Por eso ha aparecido con la cabeza abierta en el Salón. Vamos, al coche.

Los vecinos del barranco, una mezcla de gitanos viejos y jóvenes melenudos, salieron a mirar. Nadie dijo nada. En el Sacromonte, la policía era como el granizo: una fuerza de la naturaleza destructiva ante la que solo cabía agachar la cabeza y esperar a que pasara.

Mientras el furgón bajaba dando tumbos hacia la ciudad, David apoyó la frente contra la rejilla de la ventanilla. Veía pasar la Alhambra, majestuosa e indiferente. Recordó la última vez que vio a Sandra, hacía dos días. Ella estaba radiante, nerviosa, con esa blusa de seda que olía a perfume caro.

Le había dicho que tenía que hacer algo importante, que iba a cambiar las cosas. Él le había pedido que se quedara, que tocaran algo, que se olvidara de sus ambiciones suicidas. Ella le había besado en la frente, como se besa a un niño o a un enfermo terminal, y se había ido taconeando calle abajo.

Ahora estaba muerta. Y él, en el fondo de su colocón de tristeza y miedo, sabía que en cierto modo ya la había perdido mucho antes de que alguien le quitara la vida.

***

La sala de interrogatorios de la Jefatura era un espacio diseñado para romper el espíritu. Las paredes estaban forradas de paneles de corcho insonorizante que absorbían las palabras y la esperanza. Una bombilla desnuda colgaba del techo, proyectando sombras duras sobre la mesa de formica gris.

David estaba sentado, esposado a la silla. Temblaba. No era solo el síndrome de abstinencia, que empezaba a asomar sus garras; era el terror puro de quien se sabe insignificante ante una maquinaria aplastante.

Velasco observaba desde la esquina, apoyado en la pared, en la penumbra. Ramírez estaba sentado frente al chico, con las mangas de la camisa remangadas, exhalando autoridad y desprecio.

—Vamos a repasar esto otra vez, David —dijo Ramírez, golpeando la mesa con un bolígrafo—. Discutisteis. Los vecinos de la calle Elvira os oyeron hace dos noches. Gritos. Portazos. Ella quería dejarte, ¿verdad? Se había cansado de mantener a un vago drogadicto. Quería volar alto, y tú eras un lastre.

—No... no era así —lloró David. Las lágrimas le dejaban surcos limpios en la cara sucia—. Discutimos, sí. Pero porque yo tenía miedo por ella. Ella estaba metida en líos. Con gente... gente jodida.

—¿Qué gente? ¿Nombres? —presionó Ramírez.

David negó con la cabeza, frenético.

—No me daba nombres. Decía "ellos". Decía que eran poderosos. Que iban a fiestas en la Zubia, en chalets del Realejo. Yo le dije que tuviera cuidado. Que esa gente usa y tira.

Ramírez soltó una carcajada seca, sin humor.

—Venga ya, chaval. Eso es un cuento chino. La celopatía es muy mala compañera del hachís. La seguiste anoche. La viste en el Kiosco. Iba guapa, iba arreglada para otro. Y te calentaste. La arrastraste bajo el puente y...

—¡NO! —gritó David, con una fuerza que sorprendió a todos—. ¡Yo nunca le pondría una mano encima! ¡Yo le escribía canciones, joder! ¡Era lo único bueno que tenía en mi puta vida!

Velasco dio un paso adelante, saliendo de las sombras. El humo de su cigarrillo flotaba en el aire estático. Miró a David. No vio a un asesino. Vio a un niño perdido, un romántico de los que ya no quedaban, destrozado por una realidad que le venía grande. Sus manos, aunque sucias, eran manos de músico, dedos con callos en las yemas de tocar las cuerdas, no de golpear carne hasta romper huesos.

—Ramírez —dijo Velasco con voz grave—, déjanos un momento.

—Pero comisario, lo tengo a punto de caramelo. Va a confesar.

—He dicho que nos dejes. Vete a por café. Y que no sea de la máquina.

Ramírez resopló, recogió sus papeles con brusquedad y salió de la sala, lanzando una última mirada de advertencia a David.

Velasco se sentó en la silla que había dejado el inspector. Se aflojó la corbata. Sacó el paquete de Fortuna y le ofreció uno al chico. David lo cogió con dedos temblorosos. Velasco se lo encendió.

—No soy tu amigo, David —dijo Velasco con calma—. Soy el que va a decidir si pasas los próximos treinta años en el talego o no. Así que no me cuentes milongas. Ramírez cree que fuiste tú porque es lo fácil. Yo soy más complicado.

David dio una calada profunda, cerrando los ojos. El humo pareció estabilizarlo un poco.

—Yo no fui, señor. Lo juro por lo más sagrado. Estaba en la cueva. Estaba... estaba muy colocado. Me quedé frito a las diez. Me desperté cuando llegaron ustedes.

—¿Nadie puede corroborarlo?

—Vivo solo. Bueno, a veces viene gente, pero anoche... anoche estaba solo.

Velasco le observó. El chico decía la verdad, o al menos su verdad. Pero en un juicio, la verdad de un yonqui del Sacromonte valía menos que el papel en el que se escribía la sentencia.

—Dices que ella tenía miedo. Que hablaba de gente poderosa. ¿Te mencionó algún lugar concreto? ¿Algún detalle?

David se frotó la cara con las manos esposadas.

—Un cuaderno. Ella escribía cosas. En un cuaderno negro, pequeño. Decía que era su seguro de vida. Me dijo: "David, si alguna vez me pasa algo, busca el cuaderno".

Velasco sintió un chispazo en la base del cráneo. El cuaderno. El que habían encontrado bajo el banco, húmedo y medio borrado. Lo tenía en su despacho, secándose. Aún no lo había leído a fondo.

—¿Sabes qué había en ese cuaderno?

—Nombres. Fechas. Y algo sobre una boda. Me dijo que había descubierto algo gordo sobre una boda entre dos familias de las de apellidos compuestos. Decía que uno de ellos... uno de los novios, creo... era un monstruo.

Velasco se levantó. La pieza encajaba. Encajaba demasiado bien con la violencia del crimen. Un crimen para silenciar, para borrar. No era el

arrebato de un novio despechado en un parque; era una ejecución chapucera pero brutal.

—Escúchame, David. Te van a trasladar a los calabozos. Ramírez va a apretarte las tuercas. Van a intentar que firmes una confesión. No firmes nada. Si no fuiste tú, aguanta.

—¿Me cree? —preguntó David, con un hilo de esperanza en la voz.

—Creo que eres un "pringao", David. Y los "pringaos" no suelen matar a las chicas que aman vestidas de seda. Suelen escribirles canciones tristes y llorar en las esquinas. Pero mi creencia no te saca de aquí. Necesito pruebas. Y tú eres el sospechoso perfecto para el sistema.

Velasco salió de la sala, dejando al chico solo con el humo y su miseria. En el pasillo, se cruzó con Ramírez, que volvía con dos cafés aguados.

—¿Ha cantado la Traviata? —preguntó Ramírez con sorna.

—No. Y no creo que lo haga. Mantenlo detenido, pero no lo proceses todavía. Quiero esperar a los resultados de laboratorio. Si hay ADN o huellas que no sean suyas, este castillo de naipes se cae.

—El Jefe no va a estar contento. Quiere presentar al culpable en la rueda de prensa de mañana.

—Que el Jefe se meta su rueda de prensa por donde le quepa. Yo busco al asesino, no al tonto útil.

***

Cuando Velasco regresó a la zona de recepción, el ambiente había cambiado. El zumbido frenético se había transformado en un murmullo respetuoso y denso. En el banco de madera de la entrada, dos figuras parecían fuera de lugar, como si hubieran sido recortadas de otra época y pegadas allí por error.

Eran los padres de Sandra.

Paco Méndez sostenía su sombrero de paja entre las manos callosas, retorciéndolo hasta casi romperlo. Llevaba el traje de los domingos, ese que huele a naftalina y que solo sale del armario para bodas y funerales. Su rostro, curtido por el sol de la costa tropical, estaba gris, desencajado. Ana, su mujer, estaba a su lado, pequeña, encogida dentro de un abrigo negro. No lloraba. Tenía la mirada fija en el suelo de terrazo, perdida en un abismo interior del que quizás nunca saldría.

Velasco se ajustó la chaqueta y caminó hacia ellos. Se sentía sucio, cansado y viejo. Odiaba ese momento. Odiaba tener que ser el mensajero de la muerte, el que confirmaba que la pesadilla era real.

—Señor y señora Méndez. Soy el comisario Velasco.

Paco levantó la vista. Sus ojos estaban secos, rojos de contener el llanto. Se puso de pie con una dignidad dolorosa.

—¿Es ella? —preguntó. Su voz era firme, pero tenía una grieta profunda.

—Tenemos que... tienen que identificar algunos efectos personales. Y luego... luego el cuerpo. Lo siento mucho.

Velasco los guio hacia su despacho, lejos de las miradas curiosas de los agentes y de los detenidos que pasaban esposados. Les ofreció asiento. Ana seguía sin hablar, como si el lenguaje hubiera perdido su sentido.

Velasco sacó una bolsa de plástico de un cajón. Dentro estaba el carnet de identidad de Sandra, encontrado finalmente en un bolsillo interior de la chaqueta, y las pulseras de colores. También puso sobre la mesa, con delicadeza, el pendiente de perla falsa.

Ana soltó un gemido, un sonido animal, agudo y terrible, al ver las pulseras. Extendió una mano temblorosa y tocó el plástico a través de la bolsa.

—Se las compró en el mercadillo de Almuñécar —susurró—. El verano pasado. Decía que le daban suerte.

Paco puso una mano sobre el hombro de su mujer. Miró a Velasco con una

intensidad que al comisario le hizo querer apartar la vista.

—Nos dijeron que estudiaba mucho. Que iba a ser médica. —Paco hablaba como si intentara convencerse a sí mismo—. Nosotros... nosotros solo queríamos que tuviera una vida mejor. Que no tuviera que doblar el lomo en el campo. ¿Quién ha hecho esto, comisario? ¿Quién le ha hecho esto a mi niña?

—Estamos investigando, señor Méndez. Tenemos a un detenido, pero...

—¿Quién es? —interrumpió Paco, apretando los puños.

—Un conocido suyo. Un chico con el que salía.

Ana levantó la cabeza de golpe.

—¿El músico? —preguntó—. ¿Ese del que hablaba Javier?

Velasco asintió.

—Sí. David. Pero escúchenme bien: no estamos seguros de que fuera él. Su hija... Sandra se movía en muchos círculos. Círculos complicados de Granada.

Paco negó con la cabeza, confundido.

—No, no. Sandra era una chica sencilla. Iba de la facultad a casa. Era responsable. Usted se equivoca. Ella no andaba en cosas raras.

Velasco sintió una punzada de compasión. Ahí estaba la tragedia. Los padres conocían a la hija que se fue, no a la mujer en la que se convirtió. La Sandra de Almuñécar y la Sandra de la calle Elvira eran dos personas distintas, y la muerte había revelado la fractura.

—Señor Méndez, Granada es una ciudad difícil. A veces, los chicos buenos se cruzan con gente mala. Les prometo una cosa: no voy a parar hasta encontrar a quien hizo esto. Sea el músico o sea quien sea. No me importa si es el hijo del alcalde o un pordiosero. Encontraré la verdad.

Paco le sostuvo la mirada unos segundos y luego asintió, lentamente.

—Encuéntrelo. Y cuando lo haga... dígale que me ha arrancado el corazón.

Velasco los acompañó al depósito. El camino fue silencioso. Cuando destaparon el rostro de Sandra, lívido y marcado por los golpes, el grito de Ana resonó en las paredes de azulejo blanco, un grito que hablaba de un dolor antiguo y primario, el dolor de una madre que sobrevive a su cría.

Velasco se quedó en la puerta, fumando, mirando cómo la tarde caía sobre Granada. La niebla volvía a bajar desde la Sierra, envolviendo la ciudad en su abrazo frío.

Tenía a un falso culpable en el calabozo, a unos padres destrozados en el depósito y a un cuaderno negro secándose en su escritorio. Y tenía una certeza, fría y dura como un adoquín: Sandra Méndez no había muerto por amor, ni por celos, ni por drogas. Había muerto por saber demasiado. Había muerto porque en esta ciudad, la verdad era el pecado más mortal de todos.

Velasco tiró la colilla y la pisó. Mañana empezaría la verdadera caza. Iba a remover la mierda de la "gente bien", aunque le costara el puesto. Por Sandra. Por el chico de la cueva. Y, sobre todo, porque estaba harto de que los leones de piedra de las fuentes fueran los únicos testigos que nunca mentían.

Volvió a entrar en la Jefatura. Ramírez le esperaba con una sonrisa triunfal y un papel en la mano.

—Jefe, el juez ha autorizado la prisión provisional para el tal David. Dice que hay riesgo de fuga. Y la prensa ya tiene la foto del chaval. "El asesino del hachís", lo llaman.

Velasco le arrancó el papel de la mano y lo leyó con asco.

—Felicidades, Ramírez. Has metido en la jaula a un canario asustado mientras el buitre sigue volando. Pero no te pongas cómodo. Esto no ha hecho más que empezar.

El comisario se metió en su despacho y cerró la puerta de un portazo, dejando fuera el ruido, las mentiras y la justicia de pacotilla. Abrió el cuaderno negro de Sandra bajo la luz amarillenta del flexo. La tinta corrida parecía sangre azul. Empezó a leer. Y en cada página, el nombre de Ricardo Torres Quesada empezaba a perfilarse, no con letras, sino con la sombra de una amenaza que helaba la sangre.

4

La noche había caído sobre Granada con el peso de una losa de granito de Sierra Elvira, fría, gris y definitiva. El comisario caminaba por la calle Mesones, sorteando los charcos que reflejaban las luces amarillentas de los escaparates cerrados, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina y el cuello levantado contra un viento que parecía conocer sus pecados.

La ciudad, a esa hora, se quitaba la máscara de postal turística para mostrar su verdadero rostro: un laberinto de sombras donde el silencio se compraba y se vendía. Velasco había dejado atrás la Jefatura, el olor a desinfectante y la mirada vacía de David, el chico de la cueva, que se pudría en el calabozo mientras el reloj de la justicia marcaba las horas en contra. Necesitaba respuestas que no estaban en los informes forenses ni en las fichas policiales. Necesitaba entender quién era Sandra cuando nadie la miraba.

Sus pasos le llevaron hasta la Plaza de la Trinidad. Bajo la luz espectral de las farolas, la fuente central, esa que antaño perteneció al convento de los Trinitarios Calzados, borboteaba con una cadencia hipnótica. Los árboles de la plaza, desnudos por el invierno, proyectaban sombras esqueléticas sobre los bancos vacíos. Velasco se detuvo un instante. Le gustaba ese rincón; tenía la melancolía justa para un hombre que había dejado de creer en la redención. Recordó haber leído en algún sitio que allí estuvo el convento hasta 1889, y pensó que Granada era experta en construir sobre sus propios fantasmas, enterrando lo sagrado bajo capas de urbanismo burgués.

Cruzó la plaza y se adentró en la calle Duquesa. Allí, casi escondido, como un secreto a voces para los iniciados de la noche, parpadeaba un letrero discreto: *Café Pub Liberry*.

No era un bar cualquiera. Velasco lo sabía. Era una institución subterránea, literalmente. Para entrar, había que descender unos escalones empinados, una bajada al inframundo de la bohemia donde el humo del tabaco sustituía al incienso y las copas baratas eran el sacramento de una generación perdida.

Al abrir la puerta, el golpe de calor humano y música le abofeteó la cara. Sonaba algo de *The Cure*, denso y atmosférico, mezclado con el murmullo de conversaciones que intentaban arreglar el mundo o, al menos, olvidar la mañana siguiente. El local era un sótano abovedado, decorado con carteles de teatro, exposiciones antiguas y poemas pegados en las paredes. En una esquina, alguien recitaba a Borges sobre el ajedrez con más pasión que talento; en otra, el chasquido de las bolas de billar ponía la percusión a la noche.

Velasco se abrió paso entre estudiantes de Filosofía con jerséis de lana gruesa y aspirantes a poetas que apuraban tercios de Alhambra. Nadie reparó en él. Un policía de cincuenta años con traje barato era invisible en aquel ecosistema de juventud e idealismo; era, sencillamente, parte del mobiliario viejo que nadie quiere mirar.

Se dirigió a la barra. Allí, reinando sobre el caos controlado, estaba Manuel.

Manuel tenía treinta y siete años, pero sus ojos parecían haber vivido dos vidas. Era un hombre de complexión robusta, con esa solidez tranquila de quien ha escuchado todas las mentiras y todas las verdades que el alcohol es capaz de soltar. Limpiaba vasos con movimientos mecánicos, precisos, observando la sala como un capitán vigila el mar antes de la tormenta.

Cuando vio a Velasco, detuvo el trapo. No hubo sorpresa en su mirada, solo una resignación triste.

—Comisario —saludó Manuel. Su voz era grave, modulada por años de competir con la música en vivo—. Sabía que vendrías. O tú o alguno de los tuyos. Aunque prefería que fueras tú. Los otros... los otros no suelen pedir permiso para entrar.

—Ponme un whisky, Manuel. Doble. Y sin hielo. Hoy tengo el frío metido en el tuétano.

Manuel sirvió el licor ámbar en un vaso ancho y lo deslizó sobre la madera barnizada. Velasco lo tomó como quien toma una medicina amarga pero necesaria.

—¿Cómo está la cosa fuera? —preguntó Manuel, aunque la respuesta estaba escrita en las ojeras del policía.

—Jodida. Y va a ponerse peor. Tengo a un chaval en el calabozo que tiembla como una hoja y a unos padres en el depósito que no entienden por qué su hija, la futura doctora, ha terminado en una mesa de autopsias.

Manuel suspiró y se sirvió un café solo. Se apoyó en la barra, acercándose a Velasco para crear una burbuja de intimidad en medio del ruido.

—David no lo hizo, Carlos. —No fue una pregunta, ni una súplica. Fue una afirmación—. Ese chico es un alma en pena, un poeta de la desgracia, pero no es un asesino. Matar requiere una determinación que él no tiene. Él solo sabe hacerse daño a sí mismo.

—El juez no opina lo mismo. Tiene motivos, tiene oportunidad y no tiene coartada. Es el candidato perfecto.

—Es el candidato fácil —corrigió Manuel, con un destello de rabia contenida—. Sandra era... Sandra era mucho para él. Y él lo sabía. Pero él la quería bien. Con esa pureza estúpida de los que no tienen nada más.

Velasco dio otro trago al whisky. El líquido le quemó la garganta, un fuego reconfortante.

—Háblame de ella, Manuel. Tú la conocías. Su padre dice que eras su confidente.

—Paco... pobre Paco. —Manuel negó con la cabeza—. Sí, la conocía. Sandra venía aquí a refugiarse. El Liberry era su Suiza particular, terreno neutral. Aquí no tenía que ser la estudiante perfecta de medicina ni la chica sofisticada que iba a las fiestas de los señoritos. Aquí podía ser simplemente Sandra.

—¿Quién era Sandra realmente?

Manuel miró hacia la sala, hacia los jóvenes que reían y bebían, ajenos a que una de los suyos había dejado de existir.

—Sandra era una esponja, comisario. Una esponja hambrienta. —Manuel hizo una pausa, buscando las palabras exactas—. Tenía esa inteligencia peligrosa de quien se sabe capaz de todo pero no sabe dónde está el límite. Venía de la costa, de la tierra, de los aguacates y el trabajo duro, y eso le daba una fuerza que las niñas de aquí, las de los colegios de monjas y apellidos distinguidos, no tienen. Ellas son de porcelana; Sandra era de arcilla cocida.

—Pero la arcilla también se rompe si la golpeas fuerte.

—Sí. Y ella se metió en un juego de martillos. —Manuel bajó la voz—. Verás, Sandra tenía un don. Caía bien a todo el mundo. Podía estar aquí, hablando de Lorca o de los *Sex Pistols* con los peludos, y a la hora siguiente estar en un reservado de la calle Pedro Antonio o en un carmen del Realejo, hablando de esquí y de inversiones con los hijos de los notarios.

—Ricardo Torres Quesada —soltó Velasco. El nombre cayó sobre la barra como una moneda falsa.

Manuel se tensó imperceptiblemente. Miró a los lados, como si pronunciar ese nombre pudiera invocar demonios.

—Veo que has hecho los deberes. Sí, Ricardo. Y su corte. Sandra se fascinó con ellos. Al principio creo que era solo curiosidad antropológica. Quería ver cómo vivían los dioses del Olimpo granadino. Me lo decía a veces, sentada en ese mismo taburete: "Manuel, son increíbles. Tienen todo el dinero del mundo y están aburridos. Están vacíos".

—Pero ella quería llenarse con ese vacío.

—No exactamente. Ella quería... quería demostrarse que podía dominarlos. Que podía ser una de ellos y a la vez ser mejor que ellos. Se compraba ropa cara, imitaba sus gestos, sus modismos. Pero nunca dejó de ser una observadora. Y eso es lo que la mató, Carlos. No se integró; se infiltró.

Velasco sacó un cigarrillo, ignorando la prohibición tácita o explícita que pudiera haber. En el Liberry de 1987, el humo era parte de la decoración.

—Encontré un diario. Habla de cosas que vio. De miedo.

Manuel asintió con tristeza.

—Las últimas semanas estaba rara. Venía menos, y cuando venía, se sentaba en esa esquina —señaló una mesa apartada, bajo un cartel de una obra de teatro de Beckett— y escribía frenéticamente. Ya no se reía. Tenía esa mirada de animal acorralado que intenta disimular. Una noche, hace poco, vino vestida de fiesta. Iba preciosa, con un vestido que costaría más de lo que yo gano en un mes, pero tenía los zapatos manchados de barro y temblaba.

—¿Te dijo algo?

—Le puse una tila, porque el alcohol no le iba a sentar bien. Me agarró la mano. Tenía los dedos helados. Me dijo: "Manuel, he visto al diablo y lleva mocasines italianos". Me reí, pensé que era una de sus frases literarias. Pero luego se puso seria. Me preguntó qué sabía yo sobre la familia Torres y sus negocios en la construcción. Le dije que lo que todo el mundo sabe: que media Granada es suya y la otra media les debe dinero.

Velasco apuró el whisky. La imagen de Sandra, vestida de seda y terror en aquel sótano, se le antojó insoportablemente nítida.

—¿Mencionó una boda? —preguntó Velasco.

Manuel frunció el ceño, haciendo memoria.

—Sí. Algo de una unión. Decía que Ricardo estaba "atado". Que había una operación en marcha, un matrimonio que no era solo un matrimonio, sino una fusión de empresas encubierta. Y que ella... ella era la piedra en el zapato.

—¿Por qué? ¿Estaba embarazada?

El silencio de Manuel fue elocuente. Empezó a limpiar un vaso que ya estaba limpio, frotando el cristal con fuerza innecesaria.

—No me lo dijo claramente. Pero... me preguntó por médicos. No de los de la facultad. Médicos "discretos". De los que solucionan problemas en clínicas privadas sin hacer preguntas. Yo le dije que no conocía a nadie así. Se echó a llorar. Fue la única vez que la vi romperse de verdad. No era la estudiante brillante ni la espía social. Era una niña de veintidós años con un problema que le venía inmensamente grande.

Velasco sintió cómo las piezas del rompecabezas encajaban con un chasquido metálico y siniestro. Un embarazo inoportuno en vísperas de una boda dinástica. Un clásico. Tan viejo como la propia ciudad.

—David dice que ella le habló de un cuaderno. El que encontramos. Pero dice que había más. Que ella sabía "quién consumía qué".

Manuel soltó una risa amarga.

—Ah, eso. La nieve. En Granada nieva en la Sierra y nieva en los salones de la élite, comisario. Ricardo y sus amigos... les gusta la fiesta fuerte. Y Sandra estaba allí. Ella no consumía, o muy poco, solo para no desentonar. Pero lo veía todo. Quién pagaba, quién traía la mercancía, qué favores se intercambiaban por un gramo de euforia. Se convirtió en un archivo viviente de los vicios de la gente bien. Y en esta ciudad, saber los vicios ajenos es más peligroso que tener una pistola.

Velasco miró alrededor. El pub seguía con su ritmo nocturno. Jóvenes que soñaban con cambiar el mundo, ajenos a que el mundo real estaba ahí fuera, esperando con los dientes afilados.

—Manuel, necesito que me digas quiénes eran los otros. Aparte de Ricardo. ¿Con quién se juntaba?

—Nombres... —Manuel dudó—. Mira, yo solo sé lo que ella contaba o lo que yo veía cuando venían aquí a "bajar al barro" como si fuera un safari. Estaba Helena. La modelo. Guapísima, ojos verdes que te atraviesan. Novia oficial de Ricardo, o eso dicen las revistas. Sandra les tenía... respeto, o miedo. Helena es lista, mucho más que Ricardo. Es una superviviente, como Sandra, pero sin escrúpulos. Si Ricardo es el cuchillo, Helena es la mano que lo empuña.

—¿Helena sabía lo de Sandra y Ricardo?

—Esa chica lo sabe todo antes de que pase. Si Sandra era un problema, Helena lo sabía. Y luego están los comparsas. Hijos de constructores, de banqueros. Una manada de cachorros con pedigrí que se creen que la ciudad es su coto de caza privado.

Manuel se detuvo. Miró a Velasco a los ojos.

—Carlos, ten cuidado. Estás metiendo la mano en un avispero muy caro. Esa gente... esa gente llama al Gobernador Civil para que les quite una multa de tráfico. Imagina lo que harán para tapar un asesinato. Van a ir a por David. Es el chivo expiatorio perfecto: pobre, drogadicto y marginal. Encaja en el relato que quieren vender: la bella y la bestia. La niña bien que se perdió por juntarse con la chusma.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Para que la chusma no pague los platos rotos de la vajilla de porcelana.

Velasco dejó un billete sobre la barra. Manuel lo empujó de vuelta.

—La casa invita. Por Sandra. Y por Paco. Si hablas con él... dile que lo siento. Que intenté advertirla. Le dije que esos lobos no eran de su camada. Pero la juventud es sorda, Carlos.

—Y la muerte es muda. Gracias, Manuel.

Velasco se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Al subir los escalones, sintió que dejaba atrás un refugio para volver a la trinchera.

Salió a la calle Duquesa. El aire frío le golpeó la cara, limpiando el olor a humo y alcohol, pero no la sensación de suciedad moral. Caminó de vuelta hacia la Plaza de la Trinidad. La ciudad dormía, o fingía dormir.

Pasó por delante de la Facultad de Derecho, en la plaza de la Universidad. Recordó la leyenda de la calle "Niños Luchando", esos dos hermanos que derribaron un tabique peleando y encontraron oro. En Granada, la violencia y la riqueza siempre habían ido de la mano.

Sandra había encontrado su propio tesoro escondido tras el tabique de la sociedad granadina: los secretos de la élite. Pero a diferencia de los niños de la leyenda, su hallazgo no le había traído gratitud, sino muerte.

Velasco se detuvo en una cabina telefónica. Marcó el número de su casa, solo para oír el tono, para confirmar que seguía teniendo un lugar al que volver, aunque estuviera vacío. Colgó sin esperar respuesta.

Pensó en Ricardo Torres. En su carmen del Realejo con vistas a la Alhambra. En su vida de diseño, sus coches caros y su arrogancia. Pensó en Sandra, tirada junto al Kiosco de Las Titas, bajo la sombra burlona del Puente de las Brujas.

—El Puente de las Brujas —murmuró para sí mismo—. Dijeron que era cosa de magia porque se hizo rápido. Y rápido quieren cerrar este caso.

Pero Velasco no creía en la magia. Creía en la física: toda acción tiene una reacción. Y Ricardo Torres acababa de iniciar una reacción en cadena que Carlos Velasco estaba dispuesto a llevar hasta sus últimas consecuencias, aunque tuviera que incendiar la ciudad entera para hacerlo.

Mientras caminaba hacia su apartamento en el Realejo, cruzando la frontera invisible entre la ciudad baja y el barrio alto, Velasco sintió que, por primera vez en mucho tiempo, tenía un propósito. No era justicia, esa palabra le quedaba grande. Era algo más visceral. Era la necesidad de demostrarles a los dioses del Olimpo granadino que, a veces, un perro viejo y cansado puede morder más fuerte que sus leyes y su dinero.

La noche engulló su figura solitaria, un punto gris en una ciudad de contrastes, mientras el eco de sus pasos resonaba sobre los adoquines húmedos como un reloj contando el tiempo que le quedaba al asesino de Sandra Méndez.

5

La mañana del miércoles se levantó con una claridad insultante, de ese azul impoluto que en Granada suele presagiar un frío capaz de partir las piedras. Velasco se ajustó el cuello de la gabardina mientras esperaba en el portal de la calle Elvira, pisoteando una colilla a medio fumar. El edificio, con sus desconchones y esa humedad endémica que parecía sudar de las paredes, olía a café recocido y a lejía barata, el perfume oficial de la resignación matutina.

No tuvo que esperar mucho. La puerta del portal se abrió con un chirrido de goznes oxidados y apareció Olatz. La chica vasca tenía el aspecto de quien ha peleado toda la noche contra fantasmas y ha perdido por goleada. Llevaba unos vaqueros anchos, un jersey de lana gorda que parecía pesarle una tonelada y el pelo corto revuelto, sin peinar. Sus ojos, enmarcados por unas ojeras violáceas, lo miraron con una mezcla de hostilidad y agotamiento.

—Espero que esto sirva para algo, comisario —dijo ella, sin saludar. Su acento del norte cortaba el aire espeso de la calle Elvira como un cuchillo de carnicero—. Si me está utilizando para joder más a David, le juro que le monto un pollo que se entera hasta el Gobernador Civil.

Velasco la observó con una media sonrisa triste. Le gustaba esa chica. Tenía agallas. En una ciudad donde la hipocresía era el idioma oficial, la franqueza de Olatz era tan refrescante como un trago de agua helada de la sierra.

—Tranquila, *neska*. —Velasco usó la palabra con torpeza deliberada, intentando desarmarla—. No estoy aquí para crucificar al músico. Estoy aquí porque creo que David es el tonto útil de esta historia, y tú eres la única que puede ayudarme a demostrarlo. Si Sandra era tan lista como dicen, no se fue de este mundo sin dejar un mapa.

Olatz se frotó los brazos, tiritando por el frío o por los nervios.

—Sandra no dejaba nada al azar. Era... era meticulosa. Hasta para elegir qué bragas se ponía según con quién fuera a cenar.

—Pues vamos a buscar esa meticulosidad. ¿Estás segura de que está en la Facultad?

—Segurísima. En el piso no hay nada. Ya lo revolvieron sus gorilas ayer. Pero la Facultad era su templo. Allí nadie la molestaba. Decía que era el único sitio donde los muertos tenían más respuestas que los vivos.

Echaron a andar hacia la Avenida de la Constitución, dejando atrás el laberinto moruno del bajo Albaicín para adentrarse en la Granada más señorial y severa. El tráfico de la mañana rugía con la furia de una ciudad que llega tarde a trabajar. Velasco observaba a Olatz de reojo. La chica caminaba con pasos largos, decididos, con la cabeza baja.

—¿Tú sabías lo de Ricardo? —preguntó Velasco, rompiendo el silencio.

Olatz soltó un bufido de desprecio.

—Sabía que había un gilipollas con dinero. Sandra lo llamaba "el Arquitecto", con mayúsculas, como si fuera Dios construyendo el mundo en siete días. Nunca me lo presentó. Decía que yo "no encajaba en ese ambiente". Y tenía razón. Yo veo a uno de esos pijos con el jersey anudado al cuello y me entran ganas de vomitar.

—¿Ella lo quería?

Olatz se detuvo en un semáforo en rojo, mirando los coches pasar.

—Sandra quería la vida que él representaba. No sé si eso es amor, comisario. Ella venía del campo, de la tierra. Quería sacudirse el polvo de los zapatos. Y Ricardo... Ricardo era asfalto limpio, mármol y aire acondicionado. Ella creía que podía manejarlo, que podía jugar a ser la cenicienta sin que el reloj diera las doce. Pero se le olvidó que los príncipes a veces son unos psicópatas aburridos.

El semáforo cambió a verde y cruzaron. Ante ellos se alzaba la antigua Facultad de Medicina, un edificio monumental en la Avenida de Madrid que parecía más una fortaleza o una catedral laica que un centro de estudios. Sus muros de ladrillo y piedra, sus ventanales altos y esa

solemnidad pesada de la arquitectura de principios de siglo imponían un respeto reverencial. Allí, la ciencia se impartía con la gravedad de un dogma.

Velasco sintió un escalofrío al cruzar el umbral. El interior olía a cera vieja, a papel antiguo y, subyacente, ese aroma dulzón y penetrante del formol que se escapaba de las salas de disección y se agarraba a la ropa como una maldición. El vestíbulo era inmenso, con techos altísimos que hacían que cualquiera se sintiera insignificante. Estudiantes con batas blancas impolutas y carpetas bajo el brazo deambulaban con la arrogancia de quienes se saben poseedores de los secretos de la vida y la muerte.

—Es por aquí —indicó Olatz, girando hacia un pasillo lateral que descendía hacia los sótanos.

El ambiente cambió. La luz natural desapareció, sustituida por tubos fluorescentes que zumbaban como moscas atrapadas y teñían la piel de un tono cetrino, enfermizo. El aire se volvió más frío y húmedo. Bajaron unas escaleras de terrazo desgastado por generaciones de futuros médicos.

—Esta es la zona de vestuarios y taquillas de los alumnos de últimos cursos —explicó Olatz, su voz resonando en el eco del pasillo—. Aquí guardan las batas, los libros que pesan demasiado para llevarlos a casa y... otras cosas.

Llegaron a una puerta de doble hoja, de madera oscura y barniz cuarteado. Olatz la empujó.

La sala de taquillas era un bosque de metal gris. Hileras interminables de armarios estrechos, numerados con pintura negra, se extendían bajo la luz parpadeante. Olía a sudor rancio, a bocadillo de chorizo y a miedo a los exámenes. Estaba desierta a esa hora; la mayoría de los estudiantes estarían en clase o en prácticas en el hospital clínico.

Olatz caminó con seguridad por el laberinto metálico hasta detenerse frente a la taquilla número 407. Tenía una pegatina pequeña de un grupo de rock pegada en una esquina, un pequeño acto de rebeldía en aquel mar de uniformidad gris.

—Es esta —dijo Olatz, tocando el metal frío con la palma de la mano. Sus ojos se llenaron de lágrimas de repente—. Joder, Sandra. Qué puta mierda todo.

Velasco se mantuvo un paso atrás, respetando el momento.

—¿Tienes la llave? —preguntó suavemente.

Olatz asintió, sorbiendo por la nariz. Se metió la mano en el bolsillo del vaquero y sacó una llave pequeña con un llavero en forma de hueso, una broma macabra de estudiante de veterinaria o medicina.

—Tenía una copia. A veces me dejaba guardar aquí cosas cuando yo bajaba al centro y no quería volver al piso.

Introdujo la llave en la cerradura. El mecanismo giró con un *clic* seco que sonó como un disparo en el silencio del sótano. La puerta se abrió con un gemido metálico.

El interior de la taquilla era un santuario de la vida interrumpida de Sandra Méndez. Colgada en un gancho, su bata blanca, planchada y con el nombre bordado en el bolsillo: *Sandra Méndez*. Abajo, un par de zuecos sanitarios. En el estante superior, varios libros de anatomía y patología, tochos inmensos de tapas duras y lomos quebrados por el uso: el *Sobotta*, el *Harrison*. Y pegado en la puerta, por dentro, un espejo pequeño y una foto polaroid de ella y David riendo en la playa de Almuñécar, con el mar de fondo y la felicidad ignorante brillando en sus caras.

Velasco sintió una punzada en el estómago. Esa foto era la prueba de que el monstruo que pintaban de David no existía. Solo había dos chicos intentando quererse en un mundo que no les dejaba sitio.

—Busca los libros —instruyó Velasco—. Sandra era lista. No dejaría un diario a la vista.

Olatz sacó los libros uno a uno. Pesaban como lápidas. Los sacudió, buscando papeles sueltos, pero no cayó nada.

—Nada —dijo Olatz, desesperada—. Solo apuntes de cardio y esquemas de huesos.

Velasco se acercó. Cogió el tomo más grueso, un atlas de anatomía humana. Lo sopesó. Era pesado, sí, pero algo en el equilibrio del libro no le cuadraba. Pasó el dedo por el lomo. Estaba rígido, quizás demasiado. Abrió el libro por la mitad. Las páginas de ilustraciones detalladas de músculos y nervios pasaron rápidas.

—Mira esto —murmuró Velasco.

En la parte final del libro, el bloque de páginas parecía estar pegado. Velasco forzó la apertura. No estaban pegadas; estaban cortadas. Alguien, con la paciencia de un monje o de un preso que planea una fuga, había vaciado el interior de las últimas doscientas páginas del atlas, creando un hueco rectangular perfecto.

Dentro del hueco, encajados como un secreto en el corazón de la ciencia, había tres cuadernos de espiral, de esos baratos que se compraban en cualquier copistería, y una cinta de casete TDK de 60 minutos sin etiquetar.

Olatz soltó un jadeo.

—La madre que la parió... —susurró, entre la admiración y el horror—. Siempre decía que la anatomía escondía todos los secretos del ser humano. No sabía que era literal.

Velasco sacó los cuadernos con cuidado, como si fueran explosivos inestables. Se sentó en un banco de madera que corría a lo largo de las taquillas y abrió el primero. La letra de Sandra era pequeña, picuda, nerviosa, pero perfectamente legible. No era la letra de una chica asustada; era la caligrafía de una notaria levantando acta del fin del mundo.

—¿Qué dice? —preguntó Olatz, sentándose a su lado.

Velasco leyó en voz alta, su voz resonando con gravedad en el sótano:

*«14 de noviembre de 1986. Fiesta en el Carmen de los Cipreses. Ricardo

ha traído a sus amigos de Madrid. Nombres importantes. Hijos de ministros. La cocaína corría por las bandejas de plata como si fuera azúcar glas. He visto a H. (Helena) hablando con el concejal de Urbanismo en la terraza. Le ha dado un sobre. Ricardo se reía. Dice que Granada es su tablero de Monopoly particular. Me siento una intrusa y una reina a la vez. Sé cosas que harían caer el Ayuntamiento mañana mismo si abriera la boca. Pero R. me mira con esos ojos de tiburón y me dice que soy su amuleto. No soy su amuleto, soy su coartada.»*

Velasco pasó las páginas. No eran simples reflexiones adolescentes. Eran crónicas detalladas. Fechas, lugares, matrículas de coches, cantidades de dinero. Sandra no había estado de fiesta; había estado trabajando. Había documentado la corrupción sistémica de una clase social que se creía por encima del bien y del mal.

Abrió el segundo cuaderno. La letra cambiaba ligeramente, se volvía más apresurada.

«20 de enero de 1987. La boda. Todo gira en torno a la boda. Ricardo se casa con la hija de los L. No es amor, es una fusión de tierras. Necesitan recalificar los terrenos de la Vega para la nueva urbanización. Si se casan, el pacto se sella. Ricardo está nervioso. Me ha dicho que tengo que "desaparecer" una temporada. Que me pagará un viaje. Cree que soy una puta a la que se puede comprar con un billete de avión. Le he dicho que no. Le he dicho que sé lo del negocio de los materiales defectuosos en las viviendas de protección oficial del Zaidín. Se ha puesto blanco. Me ha agarrado del brazo. Me ha hecho daño.»

—Materiales defectuosos... —murmuró Velasco—. Si eso sale a la luz, la constructora de papá Torres se hunde. Y el concejal que firmó los permisos va a la cárcel.

Olatz estaba pálida.

—Sandra estaba chantajeándolos —dijo, con un hilo de voz—. No solo observaba. Estaba apretándoles las tuercas.

—O protegiéndose —corrigió Velasco—. Quizás pensó que si demostraba que sabía demasiado, no se atreverían a tocarla. Error de cálculo. Cuando

acorralas a una rata, aunque sea una rata con traje de Armani, muerde.

Velasco cogió el tercer cuaderno. Era el más reciente. Solo tenía escritas las primeras páginas. La última entrada tenía fecha de hace tres días.

«Estoy embarazada. No sé de quién es, o quiero creer que no lo sé. Pero si es de R., tengo la bomba atómica en mi vientre. Un bastardo antes de la boda del año. Un heredero sucio. Hoy se lo he dicho. No ha gritado. Ha sonreído. Esa sonrisa fría que pone cuando gana al póker. Me ha citado en el Salón para hablar. Dice que tiene una solución. Tengo miedo. David me dice que huya, pero no puedo irme con las manos vacías. He grabado la conversación con Helena. Está en la cinta. Si me pasa algo, que alguien escuche la cinta.»

Velasco cerró el cuaderno de golpe. El silencio que siguió fue absoluto, solo roto por el zumbido eléctrico de los fluorescentes.

—La citó él —dijo Velasco, mirando a la nada—. La citó en el Salón. "Una solución". La solución final.

Olatz se tapó la cara con las manos y rompió a llorar, un llanto silencioso y convulsivo que sacudía sus hombros.

—Fue a una trampa, comisario. Fue directa al matadero con sus tacones caros y su orgullo de niña lista. ¡Joder, Sandra! ¡Qué estúpida fuiste!

Velasco guardó los cuadernos y la cinta en los bolsillos interiores de su gabardina, sintiendo su peso contra las costillas. Eran dinamita pura. Si eso salía a la luz, media Granada ardería. Y él, Carlos Velasco, el policía cínico que solo quería sobrevivir, tenía la cerilla en la mano.

—Vamos, Olatz. Tenemos que salir de aquí. Y rápido.

—¿Qué va a hacer con eso? —preguntó ella, limpiándose las lágrimas con la manga del jersey.

—Lo que Sandra quería. Voy a hacer que el tablero de Monopoly salte por los aires. Pero primero tengo que asegurarme de que esta cinta llega a un lugar seguro. La Jefatura no lo es. El juez tampoco.

—¿Y David?

—Con esto, David sale libre mañana. Ricardo Torres tenía un motivo de peso, una coartada falsa que se va a desmoronar y, si tenemos suerte, su voz grabada en esta cinta planeando el crimen o admitiendo sus negocios sucios.

Se levantaron. Olatz volvió a cerrar la taquilla, dejando dentro la bata vacía y la foto feliz, los restos de una vida que ya no volvería.

Cuando salieron al pasillo, Velasco se detuvo en seco. Oyó pasos. Pasos pesados, de suelas de goma, al otro lado de la puerta del vestuario. Hizo una señal a Olatz para que se callara.

La puerta se abrió.

Era el bedel de la Facultad, un hombre mayor con un mono azul y un manojo de llaves que tintineaba en su cinturón. Los miró con sorpresa y luego con suspicacia.

—¿Qué hacen ustedes aquí? Esto es solo para estudiantes autorizados.

Velasco sacó su placa con un movimiento fluido.

—Policía, caballero. Estamos en una investigación oficial.

El bedel miró la placa, luego a Olatz con sus ojos rojos, y su expresión se suavizó, tornándose en esa curiosidad morbosa que Velasco conocía tan bien.

—Ah... es por lo de la chica, ¿no? La que salió en las noticias. La Méndez. Pobre criatura. Siempre saludaba, muy educada. No como otros, que parece que te perdonan la vida por barrerles el suelo.

—Sí, es por ella. Ya nos vamos. Gracias.

Velasco empujó suavemente a Olatz hacia la escalera. Necesitaba aire fresco. El sótano se le estaba cerrando encima como una tumba.

Salieron al exterior, a la Avenida de Madrid. El sol estaba alto y el tráfico era ensordecedor, pero para Velasco el mundo se había vuelto extrañamente nítido. Tenía al asesino. Tenía el motivo. Ahora solo faltaba la ejecución.

—Olatz —dijo, deteniéndose en la acera, bajo la sombra imponente de la Facultad—. Escúchame bien. Vete a casa. Cierra la puerta. No le abras a nadie que no sea yo. Y por lo que más quieras, no hables con nadie de lo que hemos encontrado aquí. Ni con Manuel, ni con tus padres, ni con el Papa de Roma.

—¿Tengo que tener miedo?

—Sí. Tienes que tener mucho miedo. Porque la gente de la que habla Sandra en esos cuadernos no juega limpio. Ricardo Torres no es solo un niño rico; es un depredador acorralado. Y Helena... Helena parece ser el cerebro. Si saben que tenemos esto, vendrán a por ello. Y no pedirán por favor.

Olatz asintió, tragando saliva. La rabia en sus ojos había dado paso a una comprensión fría de la realidad.

—Haga justicia, comisario. Por favor. Que no se vayan de rositas como siempre. Que no compren su salida de esta.

—Te lo prometo, *neska*. Esta vez, el dinero no va a servirles de nada.

Velasco vio cómo Olatz se alejaba calle abajo, mezclándose con la multitud, una figura pequeña contra la inmensidad de una ciudad que devoraba a sus hijos.

Se quedó solo frente a la Facultad de Medicina. Sacó un cigarrillo, pero no lo encendió. Tocó el bulto de la cinta en su bolsillo. Pensó en Ricardo Torres, en su carmen de lujo, en su boda inminente. Pensó en la arrogancia de creer que una vida humana vale menos que una recalificación de terrenos.

—Se acabó el recreo, Ricardo —susurró Velasco al viento frío—. Ahora te

toca a ti estudiar anatomía. Vamos a ver de qué estás hecho cuando te abra en canal.

Caminó hacia su coche, aparcado en doble fila. Tenía que escuchar esa cinta. Tenía que oír la voz del diablo. Y luego, tenía que preparar la trampa para cazarlo. La procesión de Semana Santa estaba cerca, y Velasco sabía que el mejor momento para desenmascarar a un pecador es cuando cree que está a salvo bajo el capirote de la penitencia.

Pero antes, necesitaba un lugar seguro. No la Jefatura. No su casa. Quizás el Liberry. Quizás Manuel fuera el único en esta ciudad de Judas en quien podía confiar.

Arrancó el motor, y mientras el Seat rugía, Carlos Velasco sintió, por primera vez desde que llegó a Granada, que la niebla empezaba a disiparse de verdad, no por el sol, sino por la luz cruda y cegadora de la verdad que llevaba en el bolsillo.

El comisario condujo con la mirada fija en el retrovisor, vigilando sombras, consciente de que ahora él también era una presa. Pero era una presa con dientes. Y estaba hambriento.

6

El Carmen de los Cipreses no era simplemente una casa; era una declaración de intenciones, un bastión de cal y piedra levantado contra la vulgaridad del mundo. Situado en la parte alta del Realejo, colgado sobre la ladera del Mauror como un nido de águilas aristocráticas, el edificio miraba a la Alhambra de tú a tú, con esa insolencia de quien se sabe vecino de reyes y no súbdito de leyes.

Desde la terraza principal, pavimentada con empedrado granadino —ese mosaico de cantos rodados blancos y negros que masajea y tortura los pies a partes iguales—, la Torre de la Vela parecía tan cercana que uno tenía la tentación de estirar la mano y tocar la campana que marcaba los riegos de la Vega. Pero Ricardo Torres Quesada no estaba mirando la Alhambra. La había visto todos los días de sus veintisiete años y, como todo lo que se posee en exceso, había terminado por volverse invisible, un mero telón de fondo para su propia magnificencia.

Eran las doce de la mañana y Ricardo, "Ricky" para los que tenían el privilegio de compartir su cocaína y su desprecio, estaba desayunando un Gin-tonic en copa de balón.

Llevaba una bata de seda azul marino con sus iniciales bordadas en oro en el bolsillo del pecho, abierta lo suficiente para mostrar un torso lampiño y trabajado en el gimnasio, fruto de horas de sudor caro bajo la supervisión de entrenadores personales que cobraban más que un catedrático de universidad. Sus pies descalzos descansaban sobre una mesa de hierro forjado, junto a un ejemplar del diario *Ideal* abierto por la página de sucesos.

El titular era breve, discreto, casi tímido. La influencia de papá Torres funcionaba rápido. *"Hallado el cuerpo sin vida de una joven en el Paseo del Salón. La policía investiga las causas. Se baraja la hipótesis de un ajuste de cuentas en el entorno de la drogadicción."*

Ricardo soltó una risa seca, carente de alegría, y dio un trago largo a su copa. El hielo tintineó contra el cristal, un sonido agudo y limpio en el

silencio sepulcral del jardín.

—Ajuste de cuentas —murmuró, saboreando las palabras con ironía—. Qué poéticos se ponen los periodistas cuando no quieren molestar a quien paga la publicidad.

El carmen era un refugio de silencio. Los altos muros encalados, coronados por buganvillas que en primavera estallaban en un fucsia violento, filtraban el ruido de la ciudad baja. Allí arriba no llegaba el rugido de los autobuses de la Gran Vía, ni los gritos de los vendedores ambulantes, ni el trasiego de los estudiantes pobres que llenaban las facultades. Allí solo se oía el rumor de las fuentes —el agua era la verdadera sangre de Granada— y el canto de algún mirlo despistado que creía haber encontrado el paraíso.

Pero el paraíso de Ricardo olía a miedo. Un miedo sutil, almizclado, que ni siquiera la colonia de *Loewe* podía enmascarar del todo.

Se levantó y caminó hacia la barandilla de la terraza. Abajo, el Realejo se desparramaba en un caos de tejados ocres y callejones estrechos. Podía ver el Campo del Príncipe, diminuto desde esa altura, donde los "greñuos" —los habitantes castizos del barrio— hacían su vida de tapas y rezos al Cristo de los Favores. Ricardo sentía un desprecio visceral por esa vida de hormiguero. Él estaba por encima, física y moralmente. O eso le gustaba creer.

Sin embargo, sus manos temblaban ligeramente. No era el frío; febrero estaba siendo benévolo ese día y el sol calentaba las losas. Era el recuerdo. La imagen de Sandra, no la Sandra desafiante y seductora de las fiestas, sino la Sandra rota, con los ojos vidriosos mirando al cielo de plomo del Salón, se le aparecía cada vez que parpadeaba.

—Fue necesario —se dijo a sí mismo, como un mantra—. Era ella o nosotros. Era una plaga.

La puerta corredera de cristal que daba acceso al salón principal se abrió. El interior de la casa era una mezcla estudiada de tradición y modernidad agresiva: vigas de madera noble en los techos, suelos de barro cocido manual, pero amueblado con piezas de diseño italiano de líneas puras y

frías, acero y cuero negro. Un contraste que gritaba dinero nuevo intentando comprar historia vieja.

Helena salió a la terraza. Si el carmen era una fortaleza, Helena era su comandante en jefe. Iba vestida con una sencillez engañosa: pantalones de lino beige, una camisa blanca de corte masculino y unas gafas de sol oscuras que ocultaban sus ojos verdes, esos ojos que podían ser un lago tranquilo o un pantano traicionero según la necesidad del momento. Llevaba el pelo recogido en una coleta tirante que estiraba sus facciones, dándole un aire felino y depredador.

—Deja de beber, Ricky. Son las doce. Pareces un personaje de una novela barata de Tennessee Williams.

Ricardo se giró, con esa sonrisa de medio lado que solía desarmar a las camareras y a las niñas de primero de carrera, pero que rebotaba contra la armadura de Helena sin hacer mella.

—El alcohol es el único conservante que mantiene mi cordura, querida. ¿Has visto el periódico?

Helena se acercó a la mesa, cogió el diario con dos dedos, como si fuera algo sucio, y leyó el titular sin quitarse las gafas.

—Lo he visto. Es perfecto. "Entorno de la drogadicción". Eso apunta al músico. Al tal David. La policía ya lo tiene.

—¿Lo tienen? —Ricardo sintió un alivio físico, como si le hubieran quitado una soga del cuello—. ¿Seguro?

—Me ha llamado mi padre. Comió ayer con el Gobernador. Al parecer, el Comisario Jefe quiere cerrar esto rápido. Tienen al chico, tienen el motivo pasional, tienen el perfil marginal. Todo encaja.

—¿Y Velasco? —preguntó Ricardo, y el nombre amargó su boca más que la tónica—. He oído cosas de ese tipo. Dicen que es un perro de presa. Un charnego resentido que odia a la gente como nosotros.

Helena se encogió de hombros, restándole importancia con un gesto

elegante de su mano, en la que brillaba un anillo de compromiso con un diamante que podría haber alimentado a una familia del Zaidín durante un año.

—Velasco es un funcionario, Ricky. Un tipo de cincuenta años con un sueldo de miseria y un divorcio a cuestas. Ladrará un poco, hará ruido para justificar su nómina, y luego se plegará cuando sus superiores le den la orden. No te preocupes por él. Preocúpate por la boda.

La boda. El evento del año. La unión de los Torres y los L., dos apellidos que, al juntarse, no solo sumaban patrimonio, sino que multiplicaban influencia. Ricardo sabía que su matrimonio no era una cuestión de amor; era una operación urbanística. Su padre necesitaba los terrenos de la familia de Helena en la Zubia y en la Vega para el nuevo plan de expansión, y la familia de Helena necesitaba la liquidez y los contactos políticos de los Torres para salir de un bache financiero que mantenían en secreto.

Sandra había amenazado eso. Sandra, con su curiosidad de gata callejera y sus libretas de apuntes, había descubierto las grietas del acuerdo. Los materiales baratos, las recalificaciones dudosas, los sobornos. Y lo peor de todo: el embarazo.

—Esa chica... —Ricardo apretó la copa hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. Se creyó que podía jugar en nuestra liga. Se creyó que por acostarse conmigo y ponerse unos zapatos caros ya era parte del club.

—Era servicio doméstico con ínfulas, Ricky. Ya te lo dije. Te advertí que no te enredaras con ella. Pero tú tienes esa debilidad por lo vulgar. Te excita la idea de mancharte las manos con barro.

—Era lista, Helena. Demasiado lista. Me tenía cogido por los huevos. Si soltaba lo del embarazo y lo de los materiales antes de la boda... mi padre me deshereda. Y el tuyo cancela el trato.

Helena se quitó las gafas de sol. Sus ojos verdes se clavaron en él con una frialdad que hizo que Ricardo se sintiera pequeño, un niño travieso ante una institutriz severa.

—Ya no importa lo que era. Importa que ya no es. El problema está resuelto. Ahora tienes que centrarte en tu papel. Eres el novio perfecto. Estás desolado por la noticia de una compañera de universidad que ha tenido un final trágico, pero estás ocupado con los preparativos de tu futuro. Nada de excesos en público. Nada de bares por una temporada. Y por Dios, nada de nieve hasta después de la luna de miel.

Ricardo asintió, dócil. Helena tenía razón. Siempre tenía razón. Ella era la estructura de hormigón armado que sostenía su fachada de estuco decorativo. Sin ella, él se habría derrumbado hace años.

—¿Y el diario? —preguntó Ricardo, con un hilo de voz—. Ella siempre escribía. Decía que tenía un seguro.

Helena suspiró, exasperada.

—Registraste el bolso, ¿no? Lo quemamos en la chimenea esa misma noche. No había ningún diario. Solo maquillaje barato y tabaco.

—Pero... ¿y si tenía otro? ¿Y si lo escondió?

—Ricky, estás paranoico. Sandra vivía en un piso de estudiantes en la calle Elvira que se cae a pedazos. No tenía caja fuerte en Suiza. Si escribió algo, estaría en ese bolso o en su habitación, y la policía no va a buscar papeles de una yonqui muerta. Van a buscar jeringuillas.

Ricardo apuró su copa. Necesitaba creerla. Necesitaba volver a la seguridad de su burbuja, donde las leyes de la física y la moral se doblaban ante el peso de su chequera.

Se acercó a Helena y le pasó un brazo por la cintura. Ella se dejó abrazar, pero su cuerpo estaba tenso, como un arco listo para disparar.

—Eres increíble, nena. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente estarías en la cárcel o muerto en una cuneta por una deuda de juego —respondió ella con una sonrisa gélida—. Ahora vete a duchar. Hueles a destilería y a miedo. Y tenemos comida con mis padres a las tres en el *Ruta del Veleta*. Ponte el traje gris, el de Armani. Tienes

que parecer un hombre de negocios, no un playboy decadente.

Ricardo la besó en la mejilla y entró en la casa. El aire acondicionado lo recibió con un zumbido reconfortante. Subió la escalera de caracol hacia su dormitorio, pasando por delante de cuadros abstractos que habían costado millones y que él no entendía, pero que quedaban bien con las cortinas.

Su habitación era inmensa, con una cama *king size* que parecía una isla en medio de un océano de parqué. Entró en el baño, un templo de mármol travertino con grifería dorada. Se miró en el espejo. Vio las ojeras, la barba de tres días que cultivaba para parecer interesante, el brillo febril en los ojos.

Abrió un cajón secreto detrás del espejo, camuflado en la moldura. Sacó una bolsita con polvo blanco. Solo una raya. Para espabilarse. Para quitarse la imagen de Sandra bajo el puente.

Mientras aspiraba el polvo con un billete de cinco mil pesetas enrollado, Ricardo pensó en Carlos Velasco. Se lo imaginó en su despacho cutre, con su traje barato y su olor a tabaco, intentando unir puntos que no existían.

—Pobre imbécil —dijo a su reflejo, sintiendo cómo la euforia química empezaba a subirle por la columna vertebral, borrando el miedo, borrando la culpa, convirtiéndolo de nuevo en un dios—. No sabes con quién te estás metiendo. Granada es nuestra. Siempre ha sido nuestra.

***

Abajo, en la cocina del carmen, ajena a las maquinaciones de la planta noble, estaba Angustias. Llevaba trabajando para la familia Torres desde antes de que Ricardo naciera. Era una mujer de sesenta años, pequeña, enjuta, vestida con un uniforme negro y un delantal blanco impoluto. Angustias era invisible. Era parte del mobiliario, como la nevera o la alacena. Pero las neveras no tienen oídos, y Angustias sí.

Estaba pelando patatas con un cuchillo pequeño y afilado, sacando la piel en una sola tira larga, sin romperla. Había oído la conversación en la terraza. La acústica del patio interior traicionaba los secretos de los señores

si uno sabía dónde pararse a escuchar.

Angustias conocía a Ricardo. Lo había visto crecer. Había visto cómo pasaba de ser un niño caprichoso que rompía sus juguetes a ser un hombre cruel que rompía personas. Sabía lo de la droga. Sabía lo de las fiestas cuando los padres no estaban. Y sabía que la noche del martes, el señorito Ricardo había llegado de madrugada, con la ropa sucia de barro y hierba, y se había metido en la ducha vestido, llorando y maldiciendo como un poseso.

Y luego había visto a la señorita Helena llegar media hora después, fría como el hielo, y echar algo al fuego de la chimenea del salón. Olía a cuero quemado.

Angustias no entendía de política ni de recalificaciones, pero entendía del alma humana. Y sabía que en esa casa el diablo se sentaba a la mesa y se limpiaba la boca con servilletas de lino.

Terminó de pelar la patata y la echó en el agua. Hizo la señal de la cruz, rápida y furtiva, y siguió trabajando. En Granada, el servicio ve, oye y calla. Porque si habla, va a la calle. Y en la calle hace mucho frío. Pero Angustias rezó un Ave María por la chica muerta, esa tal Sandra, y pidió perdón por trabajar en la casa de Caín.

***

Mientras Ricardo se duchaba, intentando lavar pecados que estaban tatuados bajo la piel, Helena permaneció en la terraza. El sol estaba en su cenit y la luz era cegadora. Se acercó al borde y miró hacia abajo, hacia la ciudad.

Vio el laberinto de calles, las cúpulas de las iglesias, el humo grisáceo que flotaba sobre los tejados. Desde allí arriba, la gente parecía insectos. Trabajadores, estudiantes, policías... todos moviéndose en patrones predecibles, luchando por migajas.

Helena no sentía culpa. La culpa es un sentimiento de pobres, de gente que no tiene recursos para reescribir la historia. Ella sentía necesidad. Sandra había sido un error de cálculo de Ricardo, un cabo suelto. Y los cabos

sueltos se cortan.

Sacó un cigarrillo *Vogue* fino y largo de su bolso y lo encendió con un mechero de oro. Exhaló el humo hacia la Alhambra.

—Tú me entiendes, ¿verdad? —le susurró al palacio rojo—. Para mantenerse en la cima de la colina, a veces hay que empujar a alguien hacia abajo.

Recordó la noche en el Salón. Ella no había estado allí en el momento final, Ricardo se había encargado de eso —o eso le había dicho—, pero ella había orquestado el escenario. La cita. La promesa de dinero. La trampa. Ricardo era el brazo ejecutor, torpe y brutal, pero ella era la mente. Y se aseguraría de que él nunca lo olvidara. Ahora lo tenía atado más fuerte que con cualquier contrato matrimonial. Eran cómplices de sangre.

Su mirada se desvió hacia el Puente de las Brujas, apenas visible entre los árboles del Paseo, allá abajo.

—Brujas... —sonrió—. Si supieran que las verdaderas brujas no vuelan en escoba, sino que conducen descapotables y organizan bodas en la Catedral.

Sonó el teléfono inalámbrico que había dejado sobre la mesa. Helena dejó que sonara tres veces antes de contestar. Sabía quién era.

—¿Dígame? —su voz era profesional, encantadora.

—Helena, soy papá. —La voz de su padre sonaba grave, con esa autoridad impostada de quien está acostumbrado a mandar—. He hablado con el Juez Decano. Todo está encauzado. Van a procesar al músico mañana. Pero me dice que hay un policía... un tal Velasco... que está haciendo preguntas incómodas.

—Lo sé, papá. Ricardo está un poco nervioso, pero ya lo he calmado.

—Mantén a Ricardo con la correa corta, Helena. Ese chico es inestable. Si se rompe, nos arrastra a todos. Y la operación de la Zubia depende de que esta boda sea inmaculada.

—Ricardo hará lo que yo le diga. No te preocupes.

—Más te vale. Por cierto, ¿tienes ya el vestido de la prueba final?

—Sí, papá. Es precioso. Blanco inmaculado.

—Bien. La pureza vende bien en las fotos. Hasta luego, hija.

Helena colgó. Blanco inmaculado. La ironía era deliciosa.

Se terminó el cigarrillo y lo aplastó en el cenicero de cristal de Murano. Se alisó la camisa y entró en la casa. Tenía que elegir la corbata de Ricardo. Tenía que asegurarse de que, en la comida con sus padres, pareciera el yerno ideal, el arquitecto del futuro de Granada, y no el asesino de una estudiante de medicina que soñaba con volar demasiado alto.

Al pasar por el espejo del recibidor, se miró un instante. No vio a un monstruo. Vio a una mujer que hacía lo necesario para sobrevivir en un mundo de hombres débiles. Se ajustó el pelo, sonrió a su reflejo con una mueca ensayada y subió las escaleras.

El Carmen de los Cipreses guardaba silencio. Un silencio caro, comprado, cómplice. Pero en el aire flotaba algo más, algo que ni los muros altos ni el dinero podían detener. Era el eco lejano de una tormenta que se estaba gestando en un despacho oscuro de la Plaza de los Campos, donde un hombre con traje barato y un cuaderno negro estaba a punto de declararles la guerra.

***

Lejos de allí, en un bar de tapas grasiento cerca de los Juzgados de la Caleta, Velasco masticaba un bocadillo de calamares que sabía a goma, con los cuadernos de Sandra quemándole el bolsillo interior de la chaqueta.

Miró por la ventana hacia la Avenida de la Constitución. La ciudad brillaba bajo el sol, hermosa y cruel. Pensó en el contraste. Mientras él comía de pie, rodeado de funcionarios y abogados de oficio, Ricardo Torres estaría probablemente bebiendo vino de reserva en un jardín con

olor a jazmín, creyéndose intocable.

—Disfruta de tu jardín, Ricardo —pensó Velasco, limpiándose la comisura de los labios con una servilleta de papel que no secaba—. Porque voy a entrar en él. Y no voy a llamar al timbre. Voy a derribar la puerta.

El contraste entre el mundo de arriba y el de abajo nunca había sido tan evidente. Arriba, en el Realejo, el crimen se vestía de seda y se justificaba con la necesidad del progreso y el linaje. Abajo, en la calle, la justicia se vestía de fatiga y se alimentaba de rabia.

Velasco pagó el bocadillo, dejó una propina al camarero y salió a la calle. Sacó un cigarrillo Fortuna y lo encendió, protegiendo la llama del viento con la mano ahuecada. El humo se elevó hacia el cielo azul, una pequeña señal de humo en territorio indio.

La caza continuaba. Y Velasco sabía que, para atrapar a un animal que vive en las alturas, a veces hay que esperar a que baje a beber al río. O, mejor aún, prenderle fuego al bosque para que no tenga dónde esconderse.

El comisario echó a andar. Sus pasos eran firmes, pesados, los pasos de quien carga con el peso de los muertos. Subió al coche, un Seat 131 que pedía a gritos la jubilación, y arrancó. En la radio sonaba "La leyenda del tiempo" de Camarón.

"El sueño va sobre el tiempo flotando como un velero..."

—El tiempo se te acaba, Ricky —dijo Velasco, metiendo primera—. Y el velero se va a hundir.

El coche se perdió en el tráfico, un tiburón gris en un mar de metal, nadando contracorriente hacia la colina donde vivían los dioses falsos de Granada.

7

El miércoles por la tarde, la Jefatura de Policía en la Plaza de los Campos hervía con esa actividad frenética y estéril que precede a los grandes errores judiciales. El despacho del Comisario Jefe olía a puro rancio y a miedo institucional. Desde su sillón de piel, que chirriaba bajo un peso ganado a base de almuerzos oficiales y sedentarismo burocrático, el Jefe miraba a Velasco como quien mira una mancha de humedad que se niega a ser pintada.

—El Gobernador Civil quiere resultados, Velasco. Y los quiere para el telediario de las nueve —dijo el Jefe, golpeando la mesa con un dedo índice grueso como una morcilla—. Tenemos al novio. Tenemos los antecedentes. Tenemos la marginalidad. ¿A qué cojones esperas para cerrar el atestado?

El policía, de pie frente al escritorio, sostenía la mirada con esa insolencia cansada que solo dan los años y la falta de ambición.

—Espero a la verdad, Jefe. Que suele ser impuntual y malvestida.

—La verdad es lo que el juez diga que es verdad. Y el juez dice que el tal David es un peligro público.

—El tal David es un yonqui de veinte años que pesa sesenta kilos mojado. La autopsia dice que a Sandra la golpearon con una fuerza brutal y la arrastraron. David no podría arrastrar ni su propia sombra. Además, los horarios no cuadran.

—¡Me dan igual los horarios! —bramó el Jefe, poniéndose rojo—. La gente tiene miedo. Las madres del centro no dejan salir a sus hijas. Necesitamos un culpable, y ese melenudo del Sacromonte es perfecto. Confirma su coartada o desmiéntela, pero hazlo ya. Si para esta noche no me das algo sólido para mantenerlo encerrado, te aseguro que tu próximo destino será contar gaviotas en las Chafarinas.

Velasco salió del despacho sin despedirse, cerrando la puerta con una suavidad que resultaba más insultante que un portazo. En el pasillo, el

inspector Ramírez le esperaba, moviendo la pierna con nerviosismo.

—¿Bronca? —preguntó Ramírez.

—Incentivos laborales —respondió Velasco, encendiendo un cigarrillo bajo el cartel de "Prohibido Fumar"—. Prepara el coche. Nos vamos de excursión.

—¿A dónde? ¿Al Sacromonte otra vez?

—No. Al infierno de hormigón. Vamos al Polígono. Vamos a ver dónde compró su billete al olvido nuestro amigo David.

***

El trayecto desde el centro histórico hacia la Zona Norte de Granada fue un viaje en el tiempo y en la moral. Dejaron atrás la elegancia decadente de la Gran Vía y la solidez burguesa de la Avenida de la Constitución. Pasaron junto a la Plaza de Toros, coloso neomudéjar que parecía dividir la ciudad entre los que pagaban entrada y los que morían en la arena, y se adentraron en la Avenida de Pulianas.

A medida que el Seat 131 avanzaba, el paisaje urbano se descomponía. Los edificios de piedra y ladrillo visto daban paso a bloques de viviendas sociales levantados con prisas y materiales baratos durante el desarrollismo franquista. Eran colmenas de hormigón gris, desprovistas de alma, con la ropa tendida en las ventanas ondeando como banderas de rendición ante un enemigo invisible.

Almanjáyar y Cartuja. Nombres que en las guías turísticas no aparecían, pero que en el mapa del crimen de la ciudad estaban marcados con chinchetas rojas. En 1987, aquella zona era un territorio comanche donde la heroína, la "dama blanca", había sentado sus reales, diezmando a una generación de hijos de obreros que no encontraron su sitio en la Transición.

Ramírez conducía tenso, con las manos aferradas al volante y los seguros de las puertas echados.

—Joder, comisario. Esto parece Beirut.

—No insultes a Beirut, Ramírez. Allí al menos tienen una causa. Aquí solo hay miseria y olvido.

Velasco observaba a través de la ventanilla sucia. Las calles estaban mal asfaltadas, llenas de baches que eran cráteres lunares rellenos de agua sucia. Había descampados donde la hierba crecía salvaje entre chasis de coches desguazados y jeringuillas usadas que brillaban al sol como joyas macabras. Grupos de jóvenes se agolpaban en las esquinas, calentándose las manos alrededor de hogueras improvisadas en bidones de aceite, vigilando con ojos de halcón la llegada de los intrusos.

—Ahí —señaló Velasco—. Para junto a ese bloque. El de los toldos verdes rotos.

—¿Estamos seguros, jefe? Nos van a desguazar el coche en lo que tardamos en decir "buenos días".

—Es un riesgo que correremos. La coartada de David depende de lo que encontremos aquí. Él dijo que la noche del crimen bajó a pillar a "Las Parcelas". Si es verdad, alguien tuvo que verle. Y si compró lo que dice que compró, no pudo matar a nadie tres horas después.

Se bajaron del coche. El aire olía a goma quemada, a alcantarilla atascada y a guiso barato. El silencio se hizo denso a su alrededor. Las conversaciones en las esquinas cesaron. Decenas de ojos se clavaron en ellos. En aquel barrio, dos tipos con traje y gabardina solo podían ser dos cosas: policías o compradores muy desesperados. Y Velasco no tenía cara de comprador.

Un niño de no más de diez años, con la cara tiznada y una camiseta del Granada C.F. tres tallas más grande, se cruzó en su camino en una bicicleta sin frenos.

—¡Agua! ¡Agua! —gritó el niño, y el grito resonó por las fachadas de las colmenas como una alarma antiaérea.

—Ya saben que estamos aquí —murmuró Ramírez, echando mano a la

sobaquera.

—Deja la pistola quieta, vaquero. Aquí la autoridad no se gana con plomo, se gana con respeto. O con dinero.

Velasco caminó con paso firme hacia un bajo comercial que tenía las persianas metálicas medio bajadas. El cartel, apenas legible, decía *Bar Los Pajaritos*, aunque en el barrio se le conocía como "El bar del Lolo". Era un antro que servía de frontera, de zona desmilitarizada donde se cruzaban los trapicheos menores con la supervivencia diaria.

Empujó la puerta. El interior estaba en penumbra, iluminado solo por la luz parpadeante de una máquina tragaperras y el resplandor de una televisión pequeña colocada en una estantería, donde ponían una telenovela venezolana. El suelo estaba cubierto de serrín y colillas. En la barra, un hombre con una cicatriz que le cruzaba la mejilla desde el ojo hasta la comisura del labio fregaba vasos con desgana.

—Está cerrado —dijo el hombre sin levantar la vista.

—Solo queremos charlar, Lolo —dijo Velasco, apoyando los codos en la barra—. Y tomarnos un café, si es que la máquina no tiene más óxido que agua.

El Lolo levantó la mirada. Reconoció a Velasco. El comisario había estado allí un par de veces, años atrás, siguiendo la pista de unos robos de coches de lujo.

—Velasco. El catalán —escupió el Lolo, aunque sin verdadera hostilidad —. ¿Qué te trae por el vertedero? ¿Te has perdido buscando la Alhambra?

—Busco información. Y pago el café.

El Lolo sirvió dos cafés solos en vasos de caña. El líquido era negro y espeso como el alquitrán.

—Habla. Pero rápido. A la gente de por aquí no le gusta ver madera en el bosque.

—Busco a un chaval. David. Músico. Melenudo, delgado, vive en una cueva del Sacromonte.

El Lolo soltó una risa ronca.

—El Guitarra. Sí, lo conozco. Buen chaval. Toca como los ángeles y se mete como los demonios. ¿Qué ha hecho? ¿Robar una gallina?

—Lo tenemos por asesinato. La chica del Salón.

El Lolo dejó de fregar. Su expresión cambió, volviéndose seria, casi solemne. En los bajos fondos existía un código de honor retorcido, pero firme. Matar a una chica no estaba bien visto, ni siquiera allí.

—Ese chaval no mata ni a una mosca, comisario. Es un "colgao", un romántico de la aguja. No tiene sangre para eso.

—Eso pienso yo. Pero necesito saber dónde estaba la noche del martes. Él dice que vino aquí. A Las Parcelas. Sobre las nueve o las diez.

El Lolo miró hacia la puerta, asegurándose de que nadie entraba. Se inclinó sobre la barra y bajó la voz.

—Vino. Yo lo vi. Estaba temblando, con el mono subiéndole por la espalda. Buscaba al *Gitano Rubio*.

—¿El Rubio sigue moviendo el material por aquí?

—El Rubio mueve todo lo que entra en Granada por el norte. El chaval, David, le compró. Y no compró una papelina para pasar el rato. Compró un gramo entero de la "marrón". De la fuerte. Se gastó todo lo que llevaba. Lo vi salir de aquí abrazado a la bolsa como si fuera el Santo Grial.

Velasco miró a Ramírez. El inspector tomaba notas mentales, con la boca ligeramente abierta.

—Si se metió eso... —empezó a decir Velasco.

—Si se metió eso a las diez de la noche —interrumpió el Lolo—, a las

doce estaba en el limbo de los justos. O muerto. Ese material tumba a un caballo, Velasco. No te levantas para ir a matar a nadie al Salón. Te quedas frito donde caigas.

—¿Alguien más lo vio?

—Pregúntale a la Tía Angustias. La que vende tabaco de contrabando en la esquina de la calle Casería de Montijo. Ella lo vio subir al autobús de vuelta. Dijo que el chaval parecía un zombi.

Velasco asintió. La coartada empezaba a solidificarse. Un hombre en estado de estupor opiáceo no podía forcejear, golpear con saña y arrastrar un cuerpo. Físicamente imposible.

—Gracias, Lolo.

Velasco dejó un billete de mil pesetas en la barra. El Lolo lo hizo desaparecer con un juego de manos digno de un ilusionista.

—Espera, Velasco —dijo el Lolo cuando ya se daban la vuelta—. Hay algo más.

El comisario se detuvo.

—¿Qué?

—Esa noche... la noche del martes. No solo vino el músico. Hubo movimiento raro en Las Parcelas.

—¿Qué tipo de movimiento?

—Coches caros. De los que no suelen parar aquí a menos que se hayan perdido mucho. Un BMW negro. Lunas tintadas. Estuvo dando vueltas cerca de donde para el Rubio.

—¿Viste la matrícula?

—No soy policía, Velasco. Pero vi quién bajaba la ventanilla. No le vi la cara, llevaba gafas de sol aunque era de noche. Pero en la muñeca llevaba

un reloj que brillaba más que mi futuro. Oro. Y le pasó un paquete al Rubio. No dinero. Un paquete.

—¿Intercambio?

—O pago en especie. O un encargo. El Rubio ha estado muy gallito estos días. Dice que va a retirarse pronto. Que le ha tocado la lotería.

Velasco sintió un escalofrío. La conexión entre el norte y el sur, entre la miseria y la opulencia. El Rubio, un camello de poca monta que de repente maneja encargos de gente con BMWs.

—¿Dónde puedo encontrar al Rubio?

El Lolo señaló con la cabeza hacia el fondo de la barriada, hacia los bloques conocidos como "La Fortaleza".

—Suele parar en el soportal del bloque 4. Pero ten cuidado, Velasco. El Rubio ahora lleva "pipa". Y se cree intocable.

Velasco salió del bar, seguido por un Ramírez pálido.

—Jefe, ¿vamos a ir allí? Eso es la boca del lobo.

—Si el lobo tiene las respuestas, iremos a su madriguera. Vamos.

Caminaron hacia el corazón de Almanjáyar. La arquitectura se volvía más opresiva, más laberíntica. Los edificios formaban cañones de hormigón donde el viento aullaba. Ropa tendida, antenas parabólicas oxidadas, grafitis que eran gritos de auxilio o amenazas territoriales.

Llegaron al bloque 4. En el soportal, sentado sobre una caja de cerveza vacía, había un hombre de unos treinta años, con el pelo teñido de un rubio oxigenado y una cazadora de cuero roja que parecía robada del vestuario de Michael Jackson. Estaba rodeado de tres o cuatro lugartenientes, chavales con miradas vacías y navajas en los bolsillos.

Cuando vieron llegar a los policías, los chavales se tensaron, pero el Rubio no se movió. Escupió una pipa de girasol al suelo y sonrió con unos

dientes que eran una ruina dorada.

—¡Hombre! La pasma viene de visita turística. ¿Queréis costo del bueno, agentes? Tengo oferta de dos por uno.

—Buscamos respuestas, Rubio —dijo Velasco, plantándose frente a él, con las manos visibles, lejos de cualquier arma—. Y sabemos que tú tienes buena memoria.

—Mi memoria tiene precio, comisario. Y hoy está cara.

—Hablamos de la noche del martes. David, el músico. Sabemos que te compró.

El Rubio se encogió de hombros.

—Vienen muchos músicos. Todos lloran. Todos pagan. No me acuerdo.

—Te acuerdas porque te compró un gramo entero. Y te acuerdas porque esa misma noche tuviste una visita de un BMW negro.

La sonrisa del Rubio vaciló un instante. Sus ojos, pequeños y astutos, escanearon el perímetro.

—No sé de qué me hablas. Aquí solo vienen autobuses y desgracias.

—Alguien te vio, Rubio. Alguien vio el coche. Y alguien sabe que has estado presumiendo de dinero nuevo. ¿Qué te dieron? ¿O qué diste tú?

El Rubio se puso de pie. Era bajo, pero fibroso, con esa energía nerviosa de la cocaína. Se acercó a Velasco, invadiendo su espacio personal. Olía a sudor agrio y a colonia barata.

—Escucha, viejo. Tú no pintas nada aquí. Este es mi barrio. Aquí la ley soy yo. Si el músico mató a la pija, bien muerto está. Un cliente menos. Pero yo no he visto ningún BMW. Y si sigues preguntando, a lo mejor te encuentras con que tu coche tiene un accidente al salir de aquí.

Ramírez dio un paso adelante, llevándose la mano a la pistola.

—¡Cuidado con lo que dices, mierda seca! —gritó el inspector.

Fue un error. El gesto agresivo actuó como un detonante. Los chavales que rodeaban al Rubio sacaron las manos de los bolsillos. Brilló el acero. Desde las ventanas de los pisos bajos, empezaron a asomar cabezas. Un silbido agudo cortó el aire.

—¡Ramírez, quieto! —ordenó Velasco.

Pero la tensión ya se había roto. Una piedra voló desde algún lugar y golpeó el hombro de Ramírez. El inspector se tambaleó.

—¡Fuera de aquí! —gritó el Rubio, envalentonado por el apoyo de la tribu —. ¡Que os den por culo! ¡Aquí no habéis perdido nada!

Velasco sabía cuándo una batalla estaba perdida. Estaban en inferioridad numérica, en terreno hostil, y cualquier escalada acabaría con sangre policial en el asfalto, lo que provocaría una redada masiva que silenciaría al barrio para siempre. Y él necesitaba que el barrio siguiera hablando, aunque fuera en susurros.

—Nos vamos —dijo Velasco, agarrando a Ramírez por el brazo—. Ya hemos terminado.

—Pero jefe, me ha amenazado...

—Camina, Ramírez. Camina y no mires atrás.

Retrocedieron lentamente, sin dar la espalda del todo, mientras una lluvia de insultos y alguna lata vacía caía a su alrededor. El Rubio se quedó en su trono de cajas de cerveza, riendo como un rey loco en su castillo de miseria.

Cuando llegaron al coche, Ramírez estaba temblando de rabia y adrenalina.

—Podíamos haberlos detenido. Podíamos haber pedido refuerzos.

—¿Para qué? ¿Para que el Rubio se calle delante del juez? —Velasco arrancó el coche, haciendo chirriar las ruedas—. Ya tenemos lo que queríamos.

—¿Qué tenemos? Si nos han echado a pedradas.

—Tenemos la confirmación de la coartada de David. El Lolo es un testigo fiable, aunque sea un delincuente. Si David se metió esa cantidad, estaba fuera de combate a la hora del crimen. No pudo ser él.

Velasco condujo de vuelta hacia la avenida principal, alejándose de las colmenas grises.

—Y tenemos algo más, Ramírez.

—¿El BMW?

—El BMW. Un coche de lujo en Almanjáyar un martes por la noche no va a comprar pan. Iba a hacer un trato. Y el Rubio estaba implicado.

—¿Crees que el Rubio mató a Sandra?

—No. El Rubio es un mercenario, no un psicópata pasional. Pero el Rubio pudo vender algo. O a alguien.

—¿A qué te refieres?

—Sandra sabía quién consumía. Sabía quién movía la droga. Si Ricardo Torres necesitaba "limpiar" un problema, quizás no se manchó las manos él mismo. Quizás contrató a alguien. O quizás... quizás fue a comprar el silencio de alguien. O un arma. O el valor químico para hacerlo él mismo.

Velasco encendió un cigarrillo. Sus manos, que habían permanecido firmes durante el enfrentamiento, ahora temblaban ligeramente. El contraste entre el mundo que acababa de dejar y el mundo al que volvía le producía vértigo.

En el norte, la violencia era explícita, cruda, nacida de la necesidad y la desesperación. En el sur, en los chalets del Realejo y la Zubia, la violencia

era soterrada, elegante, nacida de la codicia y el aburrimiento. Y Sandra Méndez había quedado atrapada en el fuego cruzado de esos dos mundos.

—¿Y ahora qué, jefe? —preguntó Ramírez, frotándose el hombro golpeado.

—Ahora vamos a ver si el BMW negro aparece en los papeles de la familia Torres. Y vamos a sacar a David de ese agujero, aunque tenga que pelearme con el Gobernador Civil a puñetazo limpio.

El coche cruzó la frontera invisible de la Plaza de Toros. De nuevo, los edificios señoriales, los árboles podados, la civilización. Pero Velasco ya no veía la belleza de Granada. Solo veía una máscara de estuco pintado que ocultaba un rostro leproso.

Miró por el retrovisor. Las colmenas del norte se desvanecían en la distancia, envueltas en su propia neblina de humo y desesperanza. Allí quedaba el Lolo, limpiando vasos en su bar fronterizo. Allí quedaba el Rubio, contando su dinero manchado. Y allí quedaba la verdad de la coartada de un inocente, escrita en el lenguaje de la heroína y la miseria.

Velasco pensó en los cuadernos que llevaba en el bolsillo. *"He visto al diablo y lleva mocasines italianos"*, había escrito Sandra.

—Y a veces —añadió Velasco en silencio—, el diablo conduce un BMW y hace tratos con los desheredados de la tierra para mantener su paraíso limpio.

El día empezaba a declinar cuando entraron en el centro. Las sombras de los edificios se alargaban sobre el asfalto, como dedos negros intentando atraparlos. Velasco sabía que la noche sería larga. Tenía que escuchar la cinta de casete. Tenía que oír la voz del enemigo. Pero al menos, ahora sabía que David no era el monstruo. El monstruo vivía mucho más cerca, en un lugar donde las buganvillas florecían sobre muros manchados de sangre invisible.

—Déjame en el Liberry, Ramírez —dijo de repente.

—¿Al bar? ¿Ahora?

—Necesito pensar. Y necesito un whisky que no sepa a comisaría. Tú vete a la Jefatura. Redacta el informe. Pon que hemos verificado la coartada con "fuentes confidenciales". No menciones al Rubio ni el altercado. No quiero que alerten a nadie.

—Entendido, jefe.

Ramírez detuvo el coche cerca de la Plaza de la Trinidad. Velasco se bajó, sintiendo el peso de la ciudad sobre sus hombros. Caminó hacia el refugio subterráneo de Manuel, sabiendo que, aunque la visita al norte había sido un descenso a los infiernos, el verdadero demonio le esperaba agazapado en los despachos de mármol de la ciudad "decente".

8

La calle Pedro Antonio de Alarcón era, a las ocho de la tarde, una arteria a punto de sufrir un infarto de miocardio por sobredosis de vida. Si el Paseo del Salón era el sudario húmedo de la Granada burguesa y el Polígono Norte su herida abierta, Pedro Antonio era su sistema nervioso central, electrocutado por neones parpadeantes, decibelios de rock andaluz y la testosterona de cinco mil estudiantes buscando sexo, alcohol o una revolución que nunca llegaba.

Velasco caminaba contracorriente, esquivando a grupos de universitarios que ya olían a cerveza y a tabaco rubio. Se sentía un anacronismo con su gabardina gris y su paso pesado, un fantasma analógico en un mundo que empezaba a volverse digital y estridente. A su alrededor, los carteles anunciaban conciertos de *091* y *Lagartija Nick*, y los bares vomitaban música de *The Clash* y *Radio Futura* a la acera, mezclándose con el rugido de las motocicletas que subían haciendo caballitos, desafiando a la gravedad y a la policía municipal.

Buscaba un local concreto. *El Vértigo*. Un nombre pretencioso para un bar de copas, pensó Velasco, pero adecuado para describir la sensación que le producía la investigación.

Lo encontró cerca de la Plaza de Einstein. La fachada era de un negro mate agresivo, con el nombre escrito en un neón violeta que zumbaba como un insecto atrapado. A esa hora, el local aún no estaba lleno, se encontraba en esa calma tensa previa a la tormenta nocturna, cuando los camareros cargan las cámaras frigoríficas y los relaciones públicas afilan sus sonrisas.

Velasco empujó la puerta. El aire interior estaba climatizado, seco y perfumado con una mezcla de ambientador de limón y algo más caro, más sutil. La iluminación era baja, diseñada para que todo el mundo pareciera más guapo y más misterioso de lo que realmente era.

Y allí estaba ella.

Helena no estaba detrás de la barra sirviendo copas baratas a los primeros clientes. Estaba sentada en un taburete alto, cerca de la caja registradora,

revisando unos albaranes con la concentración de un general estudiando mapas de guerra. Incluso bajo la luz artificial y violeta, su belleza era un hecho objetivo, indiscutible, como la ley de la gravedad.

Tenía el pelo negro recogido en un moño bajo, deliberadamente descuidado, dejando escapar algunos mechones que enmarcaban un rostro de pómulos altos y barbilla decidida. Sus ojos, esos ojos verdes de los que le había hablado Manuel en el *Liberry*, se levantaron del papel en cuanto Velasco cruzó el umbral. No hubo sorpresa, ni miedo, ni la curiosidad morbosa que solía encontrar en los testigos. Hubo un escrutinio frío, una evaluación rápida de amenazas y beneficios.

Velasco se acercó. Helena cerró la carpeta de los albaranes con un movimiento lento y elegante.

—No tiene pinta de venir a por el *Happy Hour*, caballero —dijo ella. Su voz era grave, con un ligero rasposo que resultaba magnético. No tenía el acento cantarín de Granada; su dicción era neutra, pulida, construida para no delatar origen ni debilidad.

—Soy más de *La Hora Feliz*, señorita. Comisario Carlos Velasco.

Helena sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Fue un gesto muscular, una cortesía vacía.

—Ah. El famoso comisario Velasco. Ricardo me ha hablado de usted. O más bien, mi suegro le ha mencionado. Dicen que es usted como un perro de presa que no suelta el hueso.

—Me gustan los huesos. Tienen calcio. —Velasco se apoyó en la barra, invadiendo sutilmente su espacio—. ¿Podemos hablar? ¿O prefiere que lo hagamos en la Jefatura, con luces menos favorecedoras?

Helena soltó una risa breve. Se bajó del taburete. Llevaba unos pantalones de cuero ajustados y una blusa de seda blanca que contrastaba con la oscuridad del local. Se movía con la gracia depredadora de quien sabe que cada paso es observado y juzgado.

—Aquí está bien, comisario. No tengo nada que ocultar, y la Jefatura huele

a desinfectante barato. Siéntese. ¿Quiere algo? Invita la casa.

—Un agua tónica. Sin ginebra. Hoy necesito la cabeza clara.

Helena hizo un gesto a un camarero joven que limpiaba copas al fondo, y este se apresuró a servir la bebida. Ella se sirvió una copa de vino blanco, Chardonnay, y se sentó frente a él en una mesa baja, cruzando las piernas.

—Supongo que viene por lo de esa chica. La del Salón. Sandra.

Velasco observó cómo pronunciaba el nombre. Sin temblor, sin emoción. Como si estuviera hablando del tiempo o de una marca de tabaco.

—Sandra Méndez Nebot —corrigió él—. Estudiante de medicina. Hija de agricultores. Y, según mis informes, una presencia habitual en su círculo social.

Helena dio un sorbo a su vino, mirándole por encima del borde de la copa.

—"Círculo social" es una expresión muy amplia, comisario. Granada es un pañuelo. Todos coincidimos en los mismos sitios. Sandra era... una conocida. Una chica simpática. Ambiciosa. Se dejaba ver por las fiestas.

—Se dejaba ver mucho con su prometido, Ricardo Torres.

Helena dejó la copa sobre la mesa con delicadeza.

—Ricardo es un hombre encantador y muy sociable. Y tiene dinero. Eso atrae a cierto tipo de chicas como la miel a las moscas. Sandra estaba fascinada por nuestro mundo. No la culpo. Venía de un pueblo de la costa, de recoger chirimoyas. Esto —señaló el local, y por extensión, la ciudad y su estatus— debía parecerle Hollywood.

—Usted también trabaja aquí, Helena. No parece que haya nacido en un palacio.

Fue un golpe bajo, calculado. Los ojos verdes de Helena se estrecharon imperceptiblemente. Velasco había tocado una fibra sensible.

—Yo trabajo porque me gusta la independencia, comisario. Y porque soy imagen de este local. No sirvo copas; vendo un estilo de vida. Pero no se equivoque. Yo sé quién soy y a dónde voy. Sandra no lo sabía. Sandra quería ser algo que no era.

—¿Y qué era Sandra, según usted?

—Una trepa. —La palabra salió de su boca como un escupitajo envuelto en seda—. Una chica lista, sí, no se lo niego. Pero imprudente. Se creyó que podía saltarse los escalones de dos en dos. Se acercó demasiado al sol y se quemó las alas. Icaro con falda de cuero.

Velasco sacó su paquete de tabaco. Helena le acercó un cenicero de diseño antes de que él pudiera pedir permiso.

—Icaro se cayó al mar. A Sandra le abrieron la cabeza a golpes y la violaron en un parque público. No me parece un accidente mitológico, Helena. Me parece un asesinato. Y los asesinatos suelen tener motivos muy terrenales.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? Ricardo y yo estábamos...

—Sé dónde estaban —interrumpió Velasco—. Y sé que Ricardo llegó a casa tarde y alterado. Pero no he venido a hablar de la coartada de Ricardo. He venido a hablar de lo que sabía Sandra.

Helena se reclinó en el asiento, mostrando un aburrimiento ensayado.

—¿Y qué podía saber una estudiante de provincias que le interese a la policía? ¿Trucos para aprobar anatomía?

Velasco encendió el cigarrillo y exhaló el humo hacia un lado, evitando su cara, no por cortesía, sino para poder verla mejor a través de la neblina azul.

—Sandra escribía. Tenía la manía de documentar su vida. Y la vida de los que la rodeaban. Encontramos sus cuadernos.

Por una fracción de segundo, la máscara de Helena se agrietó. Fue un

parpadeo más rápido de lo normal, una tensión en la comisura de los labios. Helena creía que el problema estaba reducido a cenizas. La mención de "cuadernos" en plural la descolocó.

—La gente escribe muchas fantasías en sus diarios, comisario. Sueños de grandeza. Mentiras para sentirse importantes.

—Estos no son sueños. Son datos. Fechas, lugares, nombres. Negocios en la Zubia. Recalificaciones de terrenos. Materiales de construcción defectuosos en el Zaidín. Y una boda. Una boda que es más una fusión empresarial que un sacramento.

Helena soltó una carcajada, pero sonó metálica.

—Por favor. ¿Me está diciendo que una niñata de veintidós años entendía los negocios inmobiliarios de la familia Torres? Eso es ridículo. Probablemente escuchó cuatro frases mal entendidas y se montó una película de espías.

—Puede ser. Pero también escribió sobre algo más personal. Algo que pondría en peligro esa fusión empresarial. Un embarazo.

El silencio que siguió fue denso, pesado como el mercurio. La música del bar, un tema pop ochentero y banal, parecía venir de otro planeta. Helena no se movió. Su rostro se convirtió en una estatua de mármol, perfecta y dura.

—Ricardo tiene muchas... fans. Si cada vez que una chica dice que está embarazada de un Torres tuviéramos que preocuparnos, no haríamos otra cosa.

—No fue "una chica", fue Sandra. Y Sandra amenazaba con hablar antes de la boda. Eso la convertía en un problema. Y los problemas, en su mundo, se solucionan. A veces con un cheque, a veces con un ladrillo.

Helena se inclinó hacia adelante. El aroma de su perfume, jazmín y algo metálico, invadió el espacio de Velasco.

—Escúcheme bien, comisario. Ricardo y yo nos casamos en dos meses. Va

a ser la boda del año. Va a venir el alcalde, van a venir diputados, va a venir la flor y nata de Andalucía. ¿Cree usted que vamos a dejar que las fantasías de una muerta o las sospechas de un policía amargado nos estropeen la fiesta?

—No es una cuestión de estropear una fiesta, Helena. Es una cuestión de justicia.

—La justicia es un concepto relativo. Depende de cuánto puedas pagar por el abogado. Mire, entiendo que tenga que hacer su trabajo. Tiene un cadáver y necesita a alguien que pague. Ya tienen al músico ese, ¿no? Al drogadicto. Es perfecto. Encaja. Un crimen pasional, celos, drogas... la sociedad lo comprará, llorará un poco por la pobre chica y seguirá adelante. ¿Por qué complicarse la vida buscando fantasmas en los armarios de la gente decente?

Velasco sintió una oleada de asco genuino. No era solo la frialdad; era la certeza absoluta de impunidad. Helena no negaba los hechos porque fueran falsos; los negaba porque los consideraba irrelevantes frente a su objetivo.

—La "gente decente" no suele quemar bolsos en la chimenea de madrugada, Helena.

El golpe aterrizó. Helena palideció visiblemente. Sus ojos verdes destellaron con una furia repentina y peligrosa.

—¿Me está espiando? ¿Tiene micrófonos en mi casa? Eso es ilegal.

—No necesito micrófonos. Las casas grandes tienen muchas grietas, y por las grietas se escapan los secretos. Y el servicio... el servicio a veces tiene conciencia, aunque ustedes piensen que son muebles.

Helena recuperó la compostura con una velocidad asombrosa. Se alisó un pliegue inexistente en su pantalón de cuero.

—El testimonio de una criada vieja no vale nada frente a la palabra de un Torres. Y mucho menos si insinuamos que esa criada está senil o que roba plata. Tenga cuidado, comisario. Está pisando un jardín privado, y tenemos perros muy grandes.

—Los perros grandes suelen morder la mano del amo si tienen suficiente hambre.

Velasco apuró su tónica. Sabía que no iba a sacar una confesión. Helena era demasiado lista, demasiado controlada. No era Ricardo, con su fragilidad de niño rico mimado. Helena era acero templado. Ella era el verdadero enemigo.

—Sandra dejó algo más que cuadernos —mintió Velasco, o quizás no del todo, pensando en la cinta—. Dejó instrucciones. Si me pasa algo a mí, o si intentan cerrar el caso en falso con el chaval del Sacromonte, esa información saldrá a la luz. Y entonces, Helena, no habrá boda. No habrá fusión. Habrá un escándalo que ni todo el dinero de su padre podrá tapar.

Helena se puso de pie. Su altura, aumentada por unos tacones de aguja que eran armas en sí mismos, la hacía parecer imponente.

—Váyase, comisario. Se le ha acabado el *Unhappy Hour*. Tengo un negocio que llevar y una vida que planificar. Y usted... usted empieza a molestar.

—Me voy. Pero volveré. Y la próxima vez no vendré a tomar tónica. Vendré con una orden judicial.

Velasco se levantó. Se sentía pesado, sucio, pero extrañamente satisfecho. Había visto detrás de la máscara. Había visto el miedo. No el miedo a la cárcel, sino el miedo a perder lo que creía que le pertenecía por derecho divino: el estatus.

Caminó hacia la salida. Antes de empujar la puerta, se giró. Helena ya no le miraba. Había vuelto a sus albaranes, o fingía hacerlo. Pero sus manos, esas manos cuidadas de modelo, estaban crispadas sobre el papel, arrugándolo.

Al salir a la calle Pedro Antonio, el frío de la noche le golpeó como una bendición. La calle estaba ahora llena de gente. Risas, gritos, música. La vida seguía, frenética y obscena.

Velasco caminó hacia su coche. Pensó en Sandra y en Helena. Dos caras de la misma moneda. Ambas ambiciosas, ambas bellas, ambas dispuestas a jugar con fuego. Pero Sandra tenía corazón, una debilidad fatal. Helena tenía una calculadora en el pecho.

—La máscara de Helena —murmuró Velasco, encendiendo el motor—. Es perfecta. Pero todas las máscaras se rompen si golpeas en el lugar adecuado.

Condujo despacio entre el tráfico nocturno. Tenía que ver a Manuel. Tenía que escuchar la cinta de nuevo. Y tenía que asegurarse de que Angustias, la criada, estuviera a salvo. Porque Helena no dudaría en sacrificar a un peón más para salvar a la reina.

Mientras el Seat se alejaba, Helena, desde el interior del *Vértigo*, miraba a través del cristal tintado. Su respiración era agitada. Cogió el teléfono de la barra y marcó un número que sabía de memoria, aunque sus dedos temblaban.

—¿Ricardo? —su voz era un susurro urgente—. Tenemos un problema. El policía sabe lo de los cuadernos. Y sabe lo de Angustias. Tienes que hacer algo. No, no llores, idiota. Escúchame. Hay que limpiar la casa. Y hay que hacerlo esta noche.

Colgó el teléfono y pidió un whisky doble. Se lo bebió de un trago, sin hielo, sintiendo cómo el fuego le quemaba la garganta y le devolvía el control. Se miró en el espejo que había tras la barra. Se retocó el carmín rojo sangre.

—Nadie me va a quitar lo que es mío —le dijo a su reflejo—. Nadie. Ni una muerta ni un policía fracasado.

Sonrió, recompuso su máscara de perfección y se giró para recibir a los clientes que empezaban a llenar el local, dispuesta a ser la reina de la noche, aunque su trono estuviera construido sobre huesos.

***

Velasco condujo sin rumbo fijo durante unos minutos, dejando que la

adrenalina del enfrentamiento se diluyera en el torrente sanguíneo. La conversación con Helena le había dejado un sabor metálico en la boca, el sabor de la certeza. No había duda alguna: Helena era el cerebro. Ricardo, el arma.

Giró hacia la calle Recogidas, buscando la salida hacia el centro. La ciudad brillaba a su alrededor, una joya falsa en la noche andaluza. Pasó frente al Hotel Victoria, con sus banderas ondeando lánguidamente. Todo parecía normal, ordenado, civilizado. Pero Velasco sabía que bajo los adoquines no había arena de playa, como decían en París en el 68; en Granada, bajo los adoquines, había viejas rencillas y sangre seca.

Aparcó cerca de la Plaza de la Trinidad, en una zona de carga y descarga, confiando en que la placa de policía en el salpicadero disuadiera a la grúa municipal. Necesitaba hablar con Manuel. El dueño del *Liberry* era su brújula moral en este caso, el único que conocía a los actores del drama sin ser parte del guion.

Bajó las escaleras del pub. La atmósfera era la misma de siempre: humo, jazz suave y el murmullo de conspiraciones estudiantiles. Manuel estaba detrás de la barra, secando vasos con esa parsimonia zen que le caracterizaba.

—Tienes mala cara, Carlos —dijo Manuel al verle acercarse—. Peor que de costumbre, quiero decir.

—He estado con la Viuda Negra. Antes de que sea viuda, claro.

—Helena.

—La misma. Es... impresionante. Y aterradora.

Manuel sirvió un café solo sin que Velasco lo pidiera.

—Te lo dije. Helena no es como Ricardo. Ricardo juega a ser malo porque se aburre. Helena es mala porque cree que es necesario para sobrevivir. Es darwinismo social con tacones de aguja.

—Sabe que tengo los cuadernos. O sospecha que tengo más de lo que

digo. La he visto dudar. Por un segundo, he visto el pánico detrás de esos ojos verdes.

—Eso es peligroso, Carlos. Un animal asustado ataca.

—Lo sé. Ha amenazado veladamente. Y va a hacer movimientos. Estoy seguro. Ha llamado a Ricardo en cuanto he salido por la puerta.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a dejar que se muevan. Que cometan un error. Ahora saben que les vigilo. Saben que Angustias, la criada, puede hablar. Van a intentar silenciarla o desacreditarla. Y ahí es donde los pillaré.

Manuel se inclinó sobre la barra, bajando la voz.

—Ten cuidado con Angustias. Esa mujer lleva toda la vida en esa casa. Es leal, o está aterrorizada. Si vas a por ella, tienes que protegerla.

—Lo haré. Pero necesito algo más. Necesito saber quién es el eslabón débil de la cadena, aparte de Ricardo. Helena mencionó a su padre. Y Ricardo a los suyos. Esto no es cosa de dos niños pijos; es un clan.

—Los padres... —Manuel negó con la cabeza—. Los Torres y los L. son intocables, Carlos. Cenan con jueces y cazan con ministros. Si vas a por ellos, te van a aplastar.

—Quizás. Pero hasta los gigantes tienen pies de barro. Y creo que Sandra encontró dónde golpear para que se derrumben.

Velasco sacó la cinta de casete del bolsillo. La puso sobre la barra un instante, como si fuera un amuleto sagrado.

—¿Has escuchado eso? —preguntó Manuel, mirando la cinta con respeto y temor.

—Todavía no. Necesito un reproductor. Y valor.

Manuel se agachó y sacó un viejo walkman de debajo del mostrador.

—Toma. Ponte los cascos. Y prepárate. A veces la voz del diablo suena demasiado humana.

Velasco se puso los auriculares. Introdujo la cinta y pulsó *Play*. El siseo de la cinta magnética llenó sus oídos durante unos segundos interminables. Y entonces, una voz. La voz de Sandra, clara pero temblorosa, grabada a escondidas.

"...no puedes hacerme esto, Ricardo. Es tu hijo."

Y luego, la voz de él. No la voz arrogante que Velasco imaginaba, sino una voz rota, desesperada, al borde del llanto.

"No es un hijo, Sandra. Es una ruina. Es el fin de todo. Mi padre me matará. Helena me dejará. No entiendes nada. No hay sitio para esto en mi vida."

Y después, una tercera voz. La de Helena. Fría, distante, como si hablara del tiempo.

"Deja de lloriquear, Ricky. Sandra es una chica razonable. ¿Verdad, querida? Todo tiene un precio. Dinos cuánto quieres para irte a Almuñécar y no volver nunca. Y para deshacerte de... el problema."

"No quiero dinero. Quiero... quiero que se sepa la verdad."

"La verdad es lo que nosotros decidimos que sea. Acéptalo, Sandra. O te vas con dinero, o te vas sin nada. Y cuando digo nada, me refiero a nada. Ni futuro, ni carrera, ni salud."

Velasco detuvo la cinta. Se quitó los auriculares. Sus manos temblaban. No era solo una prueba; era la radiografía de un alma podrida. Helena no solo encubría; Helena dirigía. Negociaba la vida de un no nacido y el destino de una mujer como si fuera una transacción comercial.

—¿Y bien? —preguntó Manuel.

—Es peor de lo que pensaba. Helena es el monstruo. Ricardo es solo su

marioneta.

Velasco guardó el walkman y la cinta. Ahora tenía la certeza moral. Faltaba la evidencia física que vinculara a Helena con la escena del crimen, o con la orden directa de matar. Pero ya sabía a quién tenía que mirar.

—Gracias por el aparato, Manuel. Te lo devolveré cuando esto acabe.

—Quédatelo. Si esa cinta sirve para encerrar a esa bruja, será el mejor uso que se le haya dado jamás.

Velasco salió del Liberry. La noche había avanzado y el frío era más intenso, pero él ya no lo sentía. Estaba ardiendo por dentro. La conversación con Helena en *El Vértigo* había sido el preludio. Ahora empezaba la guerra.

Se dirigió al coche. Tenía que ir a la Jefatura, aunque lo odiara. Tenía que preparar el terreno. Y tenía que vigilar el Carmen de los Cipreses. Porque esa noche, algo iba a pasar. Helena no se quedaría quieta. La cobra había sido provocada, y las cobras siempre atacan cuando se sienten amenazadas.

Mientras conducía, la imagen de Helena, perfecta y terrible en su taburete del bar, se superpuso a la imagen de Sandra muerta. La belleza y la muerte bailaban un tango macabro en Granada, y Carlos Velasco era el único que podía parar la música.

Llegó a la Plaza de los Campos. El edificio de la Policía parecía dormir, pero Velasco sabía que dentro, en los calabozos, David contaba las horas. Y arriba, en los despachos, la burocracia afilaba sus cuchillos para sacrificar al inocente.

—No esta vez —se prometió Velasco—. No mientras yo respire.

Subió las escaleras de dos en dos. La noche sería larga, pero por primera vez, Velasco sentía que no estaba solo en la oscuridad. Sandra, desde sus cuadernos y su cinta, le guiaba. Y él no pensaba fallarle.

Al entrar en su despacho, el teléfono estaba sonando. Lo descolgó con un presentimiento funesto.

—¿Velasco? —era la voz de Ramírez, agitada—. Jefe, tiene que venir. Ha habido una llamada anónima. Dicen que han visto a alguien intentando entrar en la casa de los Torres. En el Realejo.

Velasco sonrió. Una sonrisa lobuna, sin alegría.

—Voy para allá. No toquéis nada. Y Ramírez... si ves a una mujer con ojos verdes y tacones de aguja, no le des la espalda.

Colgó. El juego había empezado. Y Helena acababa de hacer su primer movimiento en falso.

9

El Instituto Anatómico Forense de Granada no estaba diseñado para el confort de los vivos, sino para la custodia fría y aséptica de los muertos. Situado en las dependencias del Hospital Clínico, era un lugar donde el tiempo parecía coagularse, atrapado entre el zumbido constante de los sistemas de refrigeración y el olor penetrante a desinfectante industrial que intentaba, sin éxito, enmascarar el aroma dulzón y metálico de la finalización biológica.

Velasco odiaba ese lugar. Lo odiaba con la intensidad visceral de quien sabe que, al cruzar esas puertas batientes de color verde quirófano, la esperanza se queda fuera, colgada en el perchero junto a los abrigos húmedos. Eran las nueve de la mañana del jueves. Fuera, Granada despertaba con su habitual pereza invernal, con el sol luchando por perforar la bruma que subía de la Vega, y los camareros de la Avenida de Madrid servían cafés con leche y tostadas con tomate. Dentro, solo había acero inoxidable, baldosas blancas y la verdad desnuda sobre la mesa de autopsias.

El doctor Echevarría estaba lavándose las manos en un lavabo de pedal cuando Velasco entró. El forense era un hombre menudo, de movimientos precisos y económicos, con unas gafas de montura metálica que siempre parecían resbalar por el puente de su nariz. Llevaba un delantal de goma verde sobre la bata blanca, manchado con salpicaduras oscuras que Velasco prefería no identificar.

—Llegas tarde, Carlos —dijo Echevarría sin girarse, secándose las manos con papel áspero—. El café de la máquina se ha enfriado.

—No vengo por el café, doctor. Vengo por las respuestas que no me dan los vivos. ¿Qué me cuenta Sandra?

Velasco se acercó a la mesa central. El cuerpo de Sandra Méndez estaba cubierto por una sábana blanca hasta el cuello. Su rostro, limpio ya de la sangre y el barro del Paseo del Salón, mostraba la palidez cerúlea de la muerte, pero aún conservaba esa belleza de facciones suaves que ni la violencia había podido borrar del todo. Parecía dormir, si uno ignoraba el

hematoma violáceo que le deformaba la sien izquierda y el corte suturado en el labio.

Echevarría se acercó, adoptando ese tono profesional y desapasionado que usan los médicos para mantener la cordura. Retiró la sábana hasta la cintura. El tórax de la chica era un mapa de contusiones.

—La causa de la muerte fue, como sospechábamos, un traumatismo craneoencefálico severo con hundimiento de la bóveda craneal —comenzó Echevarría, señalando la herida en la cabeza—. Un objeto contundente, de superficie irregular. Probablemente una piedra grande o un trozo de mampostería. El golpe fue brutal, Carlos. No hubo vacilación. Quien hizo esto quería apagarle las luces de golpe.

—¿Fue el primer golpe?

—No. Y aquí es donde la cosa se pone fea. —El forense señaló los moratones en los brazos y en los costados—. Tiene fracturas costales *ante mortem*. La golpearon repetidamente antes del golpe final. Hay marcas de sujeción en las muñecas y en los antebrazos. Marcas defensivas. Luchó. Luchó como una gata panza arriba. Pero quien la atacó era más fuerte. O eran varios.

—¿Varios?

—Es difícil decirlo. Las marcas de sujeción sugieren que alguien pudo haberla inmovilizado mientras otro la golpeaba, o que el agresor usó su peso para inmovilizarla contra el suelo. La tierra en sus pulmones y bajo las uñas indica que la cara fue presionada contra el suelo húmedo del Salón. Hubo un intento de asfixia, pero no fue lo que la mató.

Velasco asintió, visualizando la escena. La niebla, el frío, la desesperación de Sandra bajo el Puente de las Brujas, sabiendo que su vida se escapaba entre el barro y las hojas muertas.

—¿Y la agresión sexual? —preguntó Velasco, con la voz ronca.

Echevarría suspiró y se ajustó las gafas.

—Hubo penetración, sí. Hay desgarros y hematomas en la zona genital. Pero... —el médico dudó, buscando la palabra exacta— no sigue el patrón habitual de una violación por deseo o por dominación impulsiva. Es... mecánica. Casi punitiva. No hay restos de semen en la vagina, Carlos. Usaron preservativo. O quizás no fue siquiera un órgano sexual lo que la penetró.

Velasco sintió un escalofrío. Usar preservativo en una violación seguida de asesinato no era propio de un yonqui desesperado ni de un novio enajenado por los celos. Era propio de alguien que piensa en las consecuencias, alguien frío, calculador. Alguien que no quiere dejar su rastro genético en la víctima.

—Eso descarta a David —murmuró Velasco—. Un chaval colocado de heroína hasta las cejas no se para a ponerse un condón antes de matar a su novia en un arrebato de locura.

—Hay algo más, Carlos. Algo que cambia todo el escenario.

Echevarría caminó hacia una mesa auxiliar donde tenía varios frascos de muestras y un informe mecanografiado con correcciones a bolígrafo rojo. Cogió una carpeta azul y se la tendió al comisario.

—Durante el examen interno, al revisar la cavidad abdominal y los órganos reproductores, encontramos esto.

Velasco abrió la carpeta. Había fotografías polaroid del examen interno, imágenes que revolverían el estómago a cualquiera que no tuviera el alma curtida en la Jefatura. Pero lo que llamó su atención fue el texto del informe ginecológico anexo.

Útero aumentado de tamaño. Presencia de saco gestacional. Embrión compatible con una gestación de aproximadamente 7 u 8 semanas.

Velasco levantó la vista. El zumbido de los frigoríficos pareció hacerse más agudo, taladrándole los tímpanos.

—Estaba embarazada —dijo, no como una pregunta, sino como la confirmación de una sentencia.

—De casi dos meses —corroboró Echevarría—. El feto estaba sano. No hay signos de que hubiera intentado abortar, al menos no físicamente. Sus niveles hormonales estaban por las nubes.

Velasco cerró la carpeta con suavidad, como si temiera despertar al fantasma de lo que pudo haber sido. Siete u ocho semanas. Hizo el cálculo mental rápido. Finales de diciembre, principios de enero. Coincidía perfectamente con las fechas que Sandra mencionaba en sus cuadernos. Coincidía con el aumento de la tensión, con el miedo, con la boda inminente de Ricardo Torres.

—Esto ya no es un crimen pasional, doctor. —Velasco se frotó la cara con las manos, sintiendo la barba de dos días raspar contra sus palmas—. Esto es una limpieza. Un borrado de sistema.

—Un móvil clásico —apuntó Echevarría, quitándose los guantes de látex con un chasquido—. La chica embarazada, el padre inconveniente. La historia más vieja del mundo, desde que el hombre es hombre y el poder es poder.

—Gracias, Echevarría. Necesito ese informe en mi mesa antes del mediodía. Y necesito que, de momento, esta parte concreta se mantenga fuera del resumen para la prensa.

—Sabes que el juez instructor lo verá.

—Que lo vea el juez es inevitable. Que lo vea el Gobernador Civil antes de que yo tenga todas las cartas, eso es lo que quiero evitar.

Velasco salió del Anatómico Forense con la sensación de llevar plomo en los bolsillos. El aire de la mañana, que antes le había parecido fresco, ahora le resultaba gélido. Caminó hacia su coche, encendiendo un cigarrillo con manos temblorosas.

Sandra Méndez no solo había amenazado con destapar la corrupción urbanística de los Torres; había amenazado la pureza de la sangre. Un hijo ilegítimo, un nieto bastardo en el seno de una de las familias más rancias y católicas de Granada, justo antes de una fusión matrimonial millonaria.

Para gente como Ricardo y Helena, eso no era un escándalo; era una declaración de guerra biológica.

Necesitaba confirmar el embarazo desde el otro lado. Necesitaba saber si Sandra había acudido a alguien. En 1987, no había tests de farmacia tan fiables como para estar segura sin ver a un médico. Y Sandra era estudiante de medicina; no se habría fiado de una falta o de unas náuseas. Habría buscado confirmación científica.

Recordó una anotación en el margen de uno de los cuadernos, un garabato rápido junto a un número de teléfono incompleto: *"Dr. Salas. Recogidas"*.

Velasco se subió al coche y enfiló hacia el centro. La calle Recogidas, con sus edificios señoriales y sus tiendas de moda, era el epicentro de la burguesía granadina. Allí, entre boutiques y cafeterías de lujo, se escondían las consultas privadas donde los problemas de la "gente bien" se trataban con discreción y tarifas elevadas.

***

La consulta del Doctor Ramiro Salas estaba en un primer piso de un edificio modernista, con una placa de bronce en el portal que brillaba tanto que parecía oro. *Ginecología y Obstetricia*. El portero automático tenía cámara, un lujo poco común, y Velasco tuvo que mostrar su placa a la lente ojo de pez para que el zumbido eléctrico le permitiera entrar.

La sala de espera era un oasis de moqueta beige, sofás de cuero inglés y revistas de decoración que nadie leía. El silencio era absoluto, denso, diseñado para amortiguar la ansiedad. Una recepcionista de mediana edad, con el pelo lacado en un casco inamovible y un collar de perlas, levantó la vista con desaprobación al ver la gabardina arrugada de Velasco.

—¿Tiene cita? —preguntó, con ese tono que implica que sabe que no la tienes y que no deberías estar allí.

—Tengo una placa y prisa, señora. Dígale al doctor Salas que el Comisario Velasco quiere verle. Ahora.

La mujer dudó un segundo, evaluando la situación, y decidió que el hombre con cara de pocos amigos y olor a tabaco era un problema que debía transferir a su jefe. Descolgó el teléfono y murmuró unas palabras.

Un minuto después, una puerta de caoba se abrió y apareció el doctor Salas. Era un hombre de unos cincuenta años, bronceado de esquí, con el pelo plateado peinado hacia atrás y una bata blanca tan impoluta que parecía emitir luz propia.

—Comisario Velasco —dijo, extendiendo una mano manicurada—. Qué sorpresa. ¿En qué puedo ayudar a la policía? Mis pacientes valoran mucho su privacidad, como comprenderá.

—No vengo por sus pacientes, doctor. Vengo por una víctima. Podemos hablar aquí, delante de la señora de las perlas, o en su despacho.

Salas mantuvo la sonrisa, pero sus ojos se endurecieron. Hizo un gesto hacia el interior de la consulta.

—Pasen, por favor.

El despacho era amplio, con vistas a la calle Recogidas. Las estanterías estaban llenas de libros de medicina encuadernados en piel y fotos del doctor dando la mano a personajes ilustres de la ciudad: el alcalde, el obispo, el presidente del banco. Trofeos de su integración en el sistema.

Velasco no se sentó. Se quedó de pie, dominando el espacio.

—Sandra Méndez Nebot. Veintidós años. Estudiante de medicina. ¿Le suena?

El doctor Salas se sentó tras su inmenso escritorio de roble, juntando las yemas de los dedos. No parpadeó.

—Veo a muchas pacientes, comisario.

—No me haga perder el tiempo, Salas. Sandra vino aquí. Lo tengo en sus notas. Y usted no es un médico de la Seguridad Social; aquí se viene por referencia y se paga en efectivo para que no queden rastros. Sandra vino a

confirmar un embarazo.

Salas suspiró, un sonido controlado. Abrió un cajón y sacó una carpeta fina. No tuvo que buscarla; la tenía a mano. Sabía que la visita llegaría.

—Vino el 2 de febrero. Hace dos semanas. Estaba muy nerviosa.

—¿Qué quería?

—Lo que quieren todas las chicas jóvenes en su situación que vienen a mi consulta privada: certeza. Le hice una ecografía y un análisis de sangre. Confirmé la gestación. Siete semanas en ese momento.

—¿Pidió un aborto?

Salas se tensó. El aborto en 1987 era legal solo bajo supuestos muy estrictos, y aunque las clínicas privadas de Londres eran el destino habitual para las que podían pagárselo, en Granada todavía se operaba en la clandestinidad o bajo mantos de silencio muy espesos.

—Yo no practico interrupciones, comisario. Mi clínica se dedica a la salud reproductiva.

—Ya. Y yo soy bailarina del Bolshoi. No me interesan sus negocios paralelos, doctor, a menos que me obligue a investigarlos. Me interesa Sandra. ¿Qué le dijo cuando confirmó el embarazo?

—Lloró. Al principio. Pero luego... luego cambió. Se puso fría. Calculadora. Me pidió un informe oficial. Sellado y firmado. Con la fecha exacta de la concepción estimada.

—¿Para qué quería el informe?

—Me dijo que necesitaba "pruebas". Que tenía que enseñárselo a alguien. Le pregunté si era para el padre. Me dijo: "Es para el dueño".

—¿El dueño?

—Sí. Esa fue la palabra que usó. "El dueño del problema". Le pregunté si

quería que le recomendara algún colega en Madrid o en Londres, por si decidía no seguir adelante. Me dijo que no. Me dijo: "Este niño vale más vivo que muerto, doctor. Es mi seguro de vida".

Velasco sintió una oleada de tristeza por Sandra. La chica había cometido el error fatal de creer que un embarazo no deseado en la alta sociedad es una palanca de negociación, cuando en realidad es una amenaza existencial. Había intentado jugar al póker con gente que marcaba las cartas.

—¿Mencionó algún nombre? ¿El nombre del padre?

Salas dudó. Miró la foto del obispo en la pared, como buscando absolución anticipada.

—No me dio el nombre. Pero... cuando se iba, en la recepción, se cruzó con otra paciente. Una señora muy conocida de la sociedad granadina. La madre de Ricardo Torres. Doña Mercedes.

Velasco se inclinó sobre el escritorio, apoyando los puños sobre el secante de cuero.

—¿Y qué pasó?

—Nada verbal. Pero la mirada... Sandra se detuvo. Se puso pálida. Y luego, de repente, sonrió. Saludó a Doña Mercedes con una cortesía exagerada. "Buenos días, señora Torres. Qué casualidad verla aquí. Espero que todo vaya bien con la boda de su hijo". Doña Mercedes la miró como si fuera un insecto, pero vi el miedo en sus ojos cuando Sandra se tocó el vientre, un gesto sutil, casi imperceptible.

—Sandra le estaba enseñando los dientes a la matriarca.

—Fue un momento muy tenso, comisario. Sandra salió de la consulta con el informe en el bolso como si llevara un arma cargada. Y Doña Mercedes... Doña Mercedes entró en mi despacho temblando. Me preguntó qué hacía "esa chica" aquí. Le dije que secreto profesional. Pero Doña Mercedes es una mujer inteligente. Sumó dos y dos.

—Y le dio cuatro. O mejor dicho, le dio un nieto bastardo.

Velasco se apartó del escritorio. Tenía lo que necesitaba. La confirmación médica y, lo más importante, el testigo del momento en que la bomba de relojería empezó a hacer tictac. Sandra no solo había amenazado a Ricardo; había desafiado al clan entero, a la madre, a la estructura de poder.

—Gracias, doctor. Si necesito una declaración jurada, le llamaré. Y le sugiero que esa carpeta no se pierda. Podría ser su salvoconducto si decidimos auditar sus "otros" servicios médicos.

Salas asintió, pálido bajo su bronceado de esquí.

Velasco salió a la calle Recogidas. El ruido del tráfico, el bullicio de las compras, las señoras con abrigos de piel paseando ajenas al drama... todo le parecía una farsa grotesca.

Se metió en el coche y condujo de vuelta a la Jefatura. Mientras avanzaba por la Acera del Darro, su mente recomponía la secuencia. Sandra confirma el embarazo. Sandra se cruza con la madre de Ricardo. Sandra decide usar el embarazo para presionar, no por dinero, sino por poder, o quizás por seguridad, creyendo ingenuamente que la sangre de un Torres la protegería. Pero la sangre, para los Torres, solo importaba si era legítima. La sangre sucia se limpiaba.

Llegó a la Plaza de los Campos con la determinación de un bulldozer. Subió las escaleras ignorando los saludos de los agentes de guardia. Fue directo al despacho del Jefe.

Entró sin llamar. El Comisario Jefe estaba al teléfono, riendo con alguien. Al ver la cara de Velasco, colgó rápidamente.

—¿Qué formas son esas, Velasco? Estoy preparando la nota de prensa sobre la detención del músico. El Juez ya ha firmado la prisión incondicional.

Velasco lanzó la carpeta azul del forense sobre la mesa del Jefe. Aterrizó con un golpe seco, desplazando un cenicero lleno.

—No la envíes. A menos que quieras hacer el ridículo más espantoso de tu carrera cuando esto salga en el juicio.

—¿Qué es esto? —preguntó el Jefe, abriendo la carpeta con recelo.

—Es el informe de la autopsia. Y el informe ginecológico anexo. Sandra Méndez estaba embarazada de dos meses.

El Jefe leyó el papel. Su rostro pasó del rojo congestivo a un gris ceniciento en cuestión de segundos.

—Embarazada... Joder. Bueno, eso le da más motivo al novio, ¿no? Celos. Un hijo que no es suyo, o un hijo que no pueden mantener...

—No, Jefe. No lo entiendes. Sandra Méndez estaba embarazada de Ricardo Torres Quesada. El hijo del constructor. El que se casa en dos meses con la heredera de los L. en la Catedral.

El silencio en el despacho fue absoluto. Se podía oír el zumbido de una mosca golpeando contra el cristal de la ventana.

—¿Estás seguro? —susurró el Jefe.

—Seguro no, lo siguiente. Tengo confirmación de que Sandra visitó una clínica privada hace dos semanas. Tengo testigos de un encuentro tenso con la madre de Ricardo. Y tengo los diarios de la chica, donde detalla cómo planeaba usar ese embarazo para evitar que la apartaran.

—Diarios... —El Jefe se pasó una mano por la calva sudorosa—. Velasco, ¿tú sabes lo que estás diciendo? Estás acusando a una de las familias más poderosas de Granada de asesinato premeditado.

—Estoy diciendo que el móvil ha cambiado. Ya no es un crimen pasional de un yonqui celoso. Es un crimen de conveniencia. Es una ejecución dinástica. Mataron a la chica para matar al problema. Para que la boda del año no se convirtiera en el escándalo del siglo.

El Jefe se levantó y caminó hacia la ventana, mirando la plaza. Se le veía

encogido, como si el peso de la política le aplastara los hombros.

—Si vamos a por los Torres... necesitamos pruebas de hierro, Carlos. No valen conjeturas. No valen diarios de una chica muerta. Necesitamos algo físico. Si fallamos, nos hunden. A ti y a mí.

—Lo sé. Por eso no puedes cerrar el caso con David. Si lo haces, los Torres se irán de rositas. Y cuando la verdad salga, porque saldrá, pareceremos incompetentes o, peor aún, cómplices.

—¿Qué propones?

—Mantén a David detenido unos días más. Que sirva de cortina de humo. Que los Torres se relajen, que piensen que han ganado. Mientras tanto, yo seguiré tirando del hilo. Tengo una cinta de audio. Y tengo a Helena, la novia. Ella es la clave.

—¿Una cinta?

—La voz del diablo, Jefe. Negociando un aborto y una desaparición.

El Jefe se giró. Había miedo en sus ojos, pero también un destello de supervivencia. Sabía que si Velasco tenía razón y él la encubría, su carrera estaba acabada si alguien tiraba de la manta.

—Está bien. Retrasaré la rueda de prensa. Diré que... que estamos esperando resultados toxicológicos complementarios. Pero, Velasco, por tu madre, sé discreto. No quiero que el Gobernador me llame gritando porque has detenido al hijo predilecto de la ciudad en medio de una partida de golf.

—Seré una tumba.

Velasco recogió la carpeta. Antes de salir, se detuvo en la puerta.

—Jefe, hay una cosa más.

—¿Qué?

—Ese feto... era un niño. Varón. Habría sido el primogénito de los Torres.

El Jefe hizo una mueca de disgusto.

—Sal de aquí, Velasco. Y tráeme la cabeza de ese cabrón, si es que es verdad lo que dices. Pero asegúrate de que esté bien cortada.

Velasco salió al pasillo. Se sentía agotado, pero la maquinaria estaba en marcha. El embarazo de Sandra había transformado un caso de sucesos en una tragedia griega. Ya no era solo una muerte; era un sacrificio.

Bajó a la máquina de café y sacó un vaso de plástico con un líquido marrón que sabía a azúcar quemado. Se apoyó en la pared, cerrando los ojos un momento. Visualizó a Sandra en la consulta del doctor Salas, con su informe en el bolso, creyéndose invencible. Pobre ilusa. No sabía que en Granada, los hijos bastardos no heredan el reino; heredan la tierra, literalmente. Dos metros de tierra fría en el cementerio de San José.

—Lo siento, chica —susurró Velasco al aire viciado de la comisaría—. Intentaste jugar a tronos y te cortaron el cuello. Pero te prometo que tu hijo no será un secreto. Voy a hacer que su fantasma grite tan fuerte que se caigan las vidrieras de la Catedral.

Tiró el vaso a la papelera. Tenía trabajo que hacer. Tenía que encontrar la conexión física. El coche. El sicario. O la mano de Ricardo manchada de sangre. Pero ahora tenía el motivo perfecto. Un motivo que pesaba tres gramos y medía dos centímetros, pero que era más fuerte que todo el hormigón de la constructora Torres.

Velasco se ajustó la gabardina. La caza continuaba, pero ahora, el cazador sabía exactamente dónde apuntar: al vientre de la bestia.

10

La portada del diario *Ideal* del viernes tenía la contundencia de una sentencia judicial dictada antes de tiempo. En letras negras y gruesas, bajo una fotografía de archivo granulada de David esposado y mirando al suelo, el titular rezaba: **"EL MONSTRUO DEL SACROMONTE: PRISIÓN INCONDICIONAL"**.

El comisario Velasco leyó el titular sentado en la terraza del Café Suizo, en Puerta Real, mientras la ciudad bullía a su alrededor con esa energía nerviosa de las mañanas laborables. El café le supo a ceniza. No era solo periodismo sensacionalista; era una narrativa perfectamente orquestada, una obra de teatro escrita por guionistas invisibles que sabían exactamente qué teclas tocar para que la sociedad granadina respirara aliviada. Tenían a su villano: un joven marginal, drogadicto y de "vida disipada", el contrapunto perfecto a la víctima inocente y estudiosa. El bien y el mal, separados por la línea clara de la cuenta corriente y el código postal.

Velasco dobló el periódico con rabia, dejando a la vista el anuncio de media página en la contraportada: *"Construcciones Torres: Edificando el futuro de Granada. Residencial Los Cármenes, próximamente en La Zubia"*.

—Qué oportuno —masculló, encendiendo un cigarrillo.

A su alrededor, los camareros con chaquetilla blanca se movían con la eficiencia de los viejos tiempos, sirviendo piononos y cafés con leche a señoras con cardados inamovibles y caballeros que discutían sobre el último partido del Granada C.F. Nadie parecía notar la ironía de que el presunto asesino y el padre del verdadero culpable compartieran espacio en el mismo papel, uno en la picota y el otro en la gloria comercial.

Un hombre se acercó a su mesa. Llevaba un traje de tres piezas de corte impecable, un abrigo de lana de cachemira doblado sobre el brazo y un maletín de piel que probablemente costaba más que el coche de Velasco.

—¿Está ocupado, comisario?

Velasco levantó la vista. Reconoció el rostro, aunque nunca habían sido presentados formalmente. Era Evaristo Castillo, el abogado penalista más caro de la provincia, un hombre conocido por sacar a hijos de buena familia de líos de faldas y drogas con la misma facilidad con la que un mago saca conejos de la chistera.

—Para usted siempre hay sitio, Don Evaristo. Aunque me temo que mi café no está a la altura de su paladar.

Castillo sonrió, una mueca ensayada que mostraba unos dientes demasiado blancos. Se sentó sin pedir permiso, colocando el maletín sobre la mesa con suavidad, como si contuviera nitroglicerina.

—El café es lo de menos, Velasco. Lo importante es la compañía. Y el paisaje. —Castillo señaló con la cabeza hacia la Acera del Darro—. Granada está preciosa esta mañana, ¿verdad? Limpia. Ordenada.

—Limpia porque hemos barrido la basura debajo de la alfombra, ¿no?

El abogado soltó una risita suave. Hizo un gesto al camarero, que acudió raudo como si hubiera sido convocado por telepatía.

—Un agua mineral. Del tiempo.

Castillo se volvió hacia Velasco, entrelazando los dedos sobre la mesa. Sus manos eran suaves, de alguien que nunca ha tenido que cerrar un puño con rabia.

—He oído que está usted haciendo un trabajo excelente con el caso de la chica del Salón. Una tragedia, sin duda. Pero la rapidez con la que han detenido al culpable... admirable. La ciudad se lo agradece.

—La ciudad debería agradecerle a la verdad, no a la rapidez. Y la verdad, Don Evaristo, es que David no la mató.

La sonrisa de Castillo no vaciló, pero sus ojos se enfriaron un grado.

—Esa es una opinión, comisario. Y las opiniones, como los ombligos, cada uno tiene la suya. Pero la del juez instructor, que es la que cuenta,

coincide con la de la mayoría. El chico tenía motivos, medios y antecedentes. Es un caso de libro.

—Es un caso de libro de cuentos. Y usted lo sabe. ¿A qué ha venido, Castillo? No creo que le paguen por hora para beber agua con policías charnegos.

El abogado suspiró, adoptando un aire paternalista que a Velasco le revolvió el estómago.

—Vengo en calidad de amigo, Carlos. ¿Puedo llamarle Carlos? Mire, usted lleva poco tiempo en Granada. Quizás no entiende cómo funcionan aquí las corrientes de aire. Esta ciudad es muy antigua. Sus cimientos son profundos. Y hay familias... hay apellidos que son parte de esos cimientos. Si uno empieza a picar en la piedra equivocada, puede que se le caiga el edificio encima.

—¿Me está amenazando?

—Por Dios, no. Le estoy aconsejando. Se rumorea que está usted molestando a la familia Torres. Que hace preguntas impertinentes sobre Ricardo. Que visita clínicas médicas sin orden judicial.

—Investigo un asesinato. Y sigo las pistas a donde me lleven. Si me llevan al Realejo en lugar de al Sacromonte, no es mi culpa.

Castillo se inclinó hacia adelante. Su voz bajó de volumen, volviéndose confidencial, sibilina.

—Ricardo Torres se casa en dos meses. Es un evento de interés público, económico y social. Su padre, Don Anselmo, es un hombre muy respetado. Un hombre que ha hecho mucho por esta ciudad. No le gustaría que el nombre de su hijo se viera arrastrado por el fango debido a las fantasías de una chica muerta y al celo excesivo de un policía que busca medallas.

—Sandra estaba embarazada de Ricardo. Eso no es una fantasía. Es biología.

El rostro de Castillo se endureció. La máscara de afabilidad se agrietó por

un instante.

—Eso es una conjetura difamatoria. Y si usted intenta hacerla pública sin pruebas irrefutables, le aseguro que la demanda por calumnias será el menor de sus problemas. Don Anselmo tiene amigos en Madrid, Carlos. Amigos que deciden quién es comisario en Granada y quién patrulla un pueblo perdido en las Alpujarras.

Velasco apagó el cigarrillo en el cenicero, aplastándolo con fuerza.

—Dígale a Don Anselmo que no me gusta el campo. Soy de asfalto. Y dígale también que los cimientos de esta ciudad están podridos. Sandra lo sabía. Y dejó notas.

Castillo se levantó. Recogió su maletín.

—Los muertos no hablan, comisario. Y los vivos que hablan demasiado... a veces se quedan solos. Piénselo. Tiene usted una carrera por delante. No la tire por la borda persiguiendo fantasmas. Cierre el caso. El juez está contento. El gobernador está contento. La prensa está contenta. ¿Por qué tiene que ser usted la nota discordante?

—Porque alguien tiene que serlo.

—Qué lástima. —Castillo le miró como se mira a un enfermo terminal—. La integridad es un lujo muy caro, amigo mío. Espero que tenga con qué pagarlo.

El abogado se alejó, saludando con un leve movimiento de cabeza a un par de conocidos en las mesas cercanas, integrándose perfectamente en el paisaje de poder y dinero de la Puerta Real. Velasco se quedó solo, con el sabor amargo del café y la certeza de que acababan de leerle la cartilla. La maquinaria se había puesto en marcha. Los círculos de influencia empezaban a cerrarse en torno a su cuello como una soga de seda.

***

Velasco salió del café y caminó hacia la Gran Vía. Necesitaba aire, aunque el aire de Granada estuviera viciado de humo de autobuses y mentiras. La

arquitectura monumental de la calle, esos edificios eclécticos de principios de siglo construidos sobre las ruinas de la medina árabe, le parecía ahora más opresiva que nunca. Era una fachada. Todo en esa ciudad era una maldita fachada.

Decidió que si Mahoma no iba a la montaña, la montaña iría a la obra.

Cogió su coche y se dirigió hacia las oficinas centrales de *Construcciones Torres*, situadas en un edificio moderno y acristalamiento cerca del Camino de Ronda, esa cicatriz de asfalto que cercaba la ciudad por el oeste. El edificio era una mole de hormigón y cristal tintado, un monumento a la nueva riqueza del ladrillo que empezaba a devorar la Vega.

Entró en el vestíbulo. El aire acondicionado estaba tan alto que hacía frío. Una recepcionista joven y guapa, que parecía clonada de una revista de modas, le bloqueó el paso con una sonrisa de barrera.

—Buenos días. ¿Tiene cita?

—Tengo placa. Comisario Velasco. Quiero ver a Anselmo Torres.

—El señor Torres está en una reunión muy importante. No puede...

—Dígale que vengo a hablar de la boda. Y del regalo que le ha dejado Sandra Méndez.

La chica parpadeó, confundida, pero algo en la mirada de Velasco la hizo coger el teléfono. Murmuró unas palabras y escuchó. Colgó y miró al comisario con nuevos ojos, una mezcla de respeto y temor.

—Planta cuarta. Al fondo del pasillo.

Velasco subió en el ascensor, observando su propio reflejo distorsionado en el metal pulido de las puertas. Se veía cansado, con el traje arrugado y la barba de dos días ganando terreno. Parecía un perro callejero colándose en una exposición canina de pedigree.

La cuarta planta era el sanctasanctórum. Moqueta espesa, cuadros

abstractos originales en las paredes, silencio monacal. Al final del pasillo, una puerta doble de roble estaba abierta.

Anselmo Torres estaba de pie junto a un ventanal que ofrecía una vista panorámica de la ciudad en expansión. Era un hombre bajo, robusto, con el pelo blanco cortado a cepillo y unas manos grandes y toscas que delataban un origen humilde, manos de albañil que habían aprendido a firmar cheques. Vestía un traje gris marengo que costaba una fortuna, pero lo llevaba con la incomodidad de quien prefiere el mono de trabajo.

Se giró cuando Velasco entró. Sus ojos eran negros, duros como piedras de río. No se parecían a los de Ricardo; en los de Anselmo no había debilidad ni duda, solo una voluntad de hierro forjada a base de hormigón y ambición.

—Comisario Velasco —dijo, sin tenderle la mano—. Tiene usted agallas. O es muy estúpido. Venir a mi casa a insultarme.

—No vengo a insultarle, Don Anselmo. Vengo a darle una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —Anselmo soltó una carcajada seca—. ¿Usted a mí? Mire por esa ventana, comisario. ¿Ve esas grúas? Son mías. ¿Ve esos edificios del Zaidín? Míos. Yo he construido media Granada. Doy de comer a trescientas familias. ¿Quién es usted para darme oportunidades?

—Soy el hombre que sabe que su hijo mató a Sandra Méndez.

Anselmo caminó hacia su escritorio, un bloque macizo de caoba, y se apoyó en él con los puños cerrados.

—Ricardo es un inútil, comisario. Un niño mimado que no sabe ni atarse los zapatos sin ayuda. Pero no es un asesino. No tiene estómago para eso.

—Quizás no lo hizo solo. Quizás tuvo ayuda. De su prometida, por ejemplo. O de profesionales pagados con el dinero de esta empresa.

—Cuidado —gruñó Anselmo—. Helena es una mujer respetable. Y mi dinero es limpio.

—Su dinero tiene manchas de sangre, Torres. Sandra Méndez estaba embarazada de su hijo. Un nieto, Anselmo. Un varón. Iba a ser su heredero de sangre, no el matrimonio de conveniencia que están montando con los L.

Anselmo se quedó inmóvil. Un tic nervioso le saltó en la mandíbula. Velasco vio que el golpe había entrado. Anselmo sabía lo del embarazo. O lo sospechaba.

—Esa chica era una buscavidas —dijo Anselmo con voz ronca—. Quería dinero. Chantaje. Ricardo me lo contó. Dijo que se había inventado un embarazo para sacarnos los cuartos.

—No era un invento. Tengo el informe médico. Y tengo los diarios donde explica cómo ustedes la amenazaron. Cómo la acorralaron.

—¡Nosotros no hicimos nada! —gritó Anselmo, perdiendo la compostura —. Ricardo cometió un error de juventud, sí. Se encaprichó de la sirvienta, metafóricamente hablando. Pero eso se arregla. Siempre se arregla.

—Esta vez lo arreglaron con una piedra en la cabeza.

Anselmo respiró hondo, recuperando el control. Caminó hacia el comisario hasta quedar a un palmo de su cara. Velasco olió su aliento a café y tabaco puro, el olor del poder rancio.

—Escúcheme bien, catalán. Usted no es de aquí. No entiende cómo funcionan las cosas. Aquí nos protegemos. La familia es lo primero. Ricardo se va a casar. Esa fusión con los L. es vital para el futuro de esta empresa y de esta ciudad. No voy a dejar que un policía fracasado y una puta muerta lo arruinen.

—La justicia no entiende de fusiones, Torres.

—La justicia es ciega, pero no es sorda. Y escucha el sonido de las monedas. Ya he hablado con quien tenía que hablar. Su "investigación" paralela se ha acabado. El juez ha cerrado el sumario. El músico será condenado. Y usted... usted debería preocuparse por su pensión.

Velasco sonrió, una sonrisa fría y peligrosa.

—Si el juez ha cerrado el sumario, se va a encontrar con una sorpresa cuando la prensa reciba copia de ciertos documentos que tengo guardados. No en la comisaría, por supuesto. En lugares seguros.

Anselmo entrecerró los ojos.

—¿Me está chantajeando usted a mí ahora?

—No. Le estoy avisando. Si tocan un pelo a David, o a cualquier testigo, todo sale a la luz. El embarazo, los materiales defectuosos del Zaidín, todo. Su imperio de hormigón se vendrá abajo, Don Anselmo. Y le aseguro que el ruido se oirá hasta en Madrid.

Anselmo Torres se quedó en silencio, evaluando a su oponente. Por primera vez, vio en Velasco algo que no esperaba: no era solo un funcionario; era un creyente. Y los creyentes son peligrosos porque no tienen precio.

—Váyase de mi oficina —dijo Anselmo finalmente, con voz gélida—. Y rece para que no tenga usted ningún esqueleto en el armario, Velasco. Porque mis abogados van a escarbar hasta encontrar sus empastes de la primera comunión.

Velasco se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo.

—Por cierto, Don Anselmo. Su nieto... el que mataron. Habría tenido sus ojos.

Salió al pasillo dejando atrás a un hombre poderoso que, por un instante, pareció muy viejo y muy cansado. Pero Velasco sabía que la debilidad era momentánea. Había pinchado a la bestia, y ahora la bestia atacaría con todo lo que tenía.

***

El regreso a la Jefatura fue una confirmación de sus peores temores. Cuando entró en la sala de operaciones, el silencio cayó como una manta

pesada. Sus compañeros, hombres con los que había compartido cafés y guardias, apartaban la mirada o se sumergían repentinamente en papeles irrelevantes. Era el vacío social, el ostracismo del que se ha convertido en radiactivo.

Ramírez se acercó a él con cara de circunstancias.

—Jefe... el Juez Decano ha llamado. Ha denegado la orden de registro para el Carmen de los Cipreses. Dice que es "prospectiva e infundada". Y... ha revocado su autorización para interrogar a Ricardo Torres.

—Por supuesto que lo ha hecho —dijo Velasco, sin sorpresa—. ¿Y el Jefe?

—Se ha ido a comer con el Alcalde. Ha dejado dicho que no le pasen llamadas suyas hasta el lunes.

—Me están aislando, Ramírez. Están levantando un muro alrededor del caso.

—Hay más, jefe. —Ramírez bajó la voz, mirando a los lados—. Han pedido su expediente a Barcelona. Asuntos Internos. Están buscando... mierda. Cualquier cosa. Una multa sin pagar, una queja antigua...

Velasco asintió. Era el procedimiento estándar. Si no puedes matar el mensaje, mata al mensajero. Desacreditarlo, convertirlo en un policía corrupto o incompetente, para que cualquier cosa que revelara después pareciera la venganza de un hombre acabado.

—Que busquen. Mi vida es tan aburrida que se van a dormir leyendo los informes. ¿Y David?

—Sigue en el agujero. Está mal, jefe. El mono le está pegando fuerte. Y el abogado de oficio que le han asignado... bueno, digamos que parece más interesado en terminar rápido para irse a jugar al mus que en defenderlo. Le está aconsejando que se declare culpable a cambio de una reducción de pena por enajenación mental.

—¡Malditos bastardos! —Velasco golpeó la mesa con el puño—. Quieren

que firme su propia sentencia.

—¿Qué hacemos, Carlos? —preguntó Ramírez, usando su nombre de pila por primera vez. El inspector joven, ambicioso, empezaba a ver que esto no iba de leyes, sino de poder. Y empezaba a asustarse, pero también a enfadarse.

—Tú no haces nada, Ramírez. Tú sigues el protocolo. No te quemes por mí.

—Jefe, a mí también me gusta dormir tranquilo. Y sabiendo que ese chaval va a pagar el pato... no duermo.

Velasco le puso una mano en el hombro.

—Gracias, chaval. Mantén los ojos abiertos. Y si ves que trasladan a David o que pasa algo raro en los calabozos, llámame. A casa. O al Liberry. No uses el teléfono de aquí.

Velasco recogió su gabardina y salió de la Jefatura. Se sentía asfixiado. Necesitaba terreno neutral.

***

La tarde caía sobre Granada, tiñendo el cielo de tonos violáceos y naranjas que se reflejaban en la nieve de la Sierra. Velasco caminó hacia el Realejo, subiendo por la Cuesta del Realejo hacia su apartamento. El barrio judío, con sus calles estrechas y empinadas, sus cármenes ocultos tras muros altos y sus cipreses apuntando al cielo como dedos acusadores, parecía observarle.

Cada sombra podía esconder a un observador. Cada coche aparcado podía ser un aviso. La paranoia, esa vieja amiga de sus años en la brigada antivicio de Barcelona, volvía a susurrarle al oído.

Llegó a su calle, la calle Molinos. Su edificio era antiguo, una casa de vecinos rehabilitada sin mucha gracia. Al meter la llave en el portal, notó algo. Un papel doblado, pillado en el marco de la puerta de madera. No era publicidad. Era un sobre blanco, sin remitente.

Lo cogió con cuidado. Miró a la calle. Un Renault 5 negro estaba aparcado en la esquina, con el motor apagado pero dos figuras en el interior. Velasco sostuvo la mirada del coche un instante, desafiante, y entró en el portal.

Subió las escaleras con el corazón golpeándole las costillas. Entró en su apartamento, echó el cerrojo y dejó la pistola sobre la mesa de la entrada. Solo entonces abrió el sobre.

Dentro había una fotografía. Una polaroid. Era de su hija, Marta, que vivía en Barcelona con su exmujer. La foto era reciente, de hacía un par de días. Marta salía del instituto, riendo con unas amigas.

Detrás de la foto, una frase escrita con rotulador negro, en letras mayúsculas e impersonales: *"BARCELONA ESTÁ LEJOS, PERO NUESTROS BRAZOS SON LARGOS. EL DESCANDO DEL GUERRERO ES MERECIDO. DÉJALO ESTAR."*

Velasco se dejó caer en el sofá, con la foto temblando en su mano. El aire se le escapó de los pulmones. Habían cruzado la línea. No iban a por su carrera; iban a por su sangre.

Sintió una oleada de terror puro, frío y paralizante. Podía soportar que le arruinaran la vida, que le echaran del cuerpo, incluso que le dieran una paliza en un callejón oscuro. Pero Marta... Marta era sagrada.

Se levantó y fue a la cocina. Se sirvió un vaso de whisky, llenándolo hasta el borde. Se lo bebió de un trago, buscando el fuego que quemara el miedo.

Sonó el teléfono. Velasco miró el aparato como si fuera una bomba. Lo descolgó.

—¿Sí?

—¿Ha recibido el correo, comisario? —La voz era distorsionada, metálica, pero tenía ese deje educado y siniestro que Velasco empezaba a asociar con el entorno de los Torres.

—Si tocan a mi hija, les juro que no habrá agujero en la tierra donde puedan esconderse.

—Nadie quiere hacer daño a nadie, Sr. Velasco. Solo queremos paz. Queremos que la boda se celebre. Queremos que el asesino confeso pague su deuda. Y queremos que usted disfrute de una jubilación tranquila. Quizás en la costa. Le gusta el mar, ¿verdad?

—Váyanse al infierno.

—Piénselo. Tiene 24 horas para entregar esas "pruebas" que dice tener. Si lo hace, la foto será solo un recuerdo. Si no... bueno, los accidentes ocurren. Buenas noches, comisario.

La línea se cortó.

Velasco se quedó con el auricular en la mano, oyendo el tono de comunicando. La rabia empezó a sustituir al miedo. Una rabia caliente, volcánica. Habían cometido un error. Al amenazar a su hija, no le habían disuadido; le habían liberado. Ya no tenía nada que perder. Si se retiraba ahora, viviría con el miedo para siempre. Si atacaba, al menos tendría una oportunidad de acabar con ellos antes de que ellos acabaran con él.

Cogió su chaqueta. No podía quedarse en casa. El apartamento era una ratonera. Necesitaba moverse. Necesitaba aliados, aunque fueran pocos y extraños.

Salió a la calle, ignorando al coche negro de la esquina. Caminó rápido, bajando hacia el centro, hacia la única iglesia donde aún podía rezar: el *Liberry*.

***

Manuel estaba detrás de la barra, como siempre, el eterno guardián de los secretos nocturnos. Cuando vio entrar a Velasco, con la cara desencajada y los ojos inyectados en sangre, supo que algo se había roto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Manuel, sirviendo un vaso de agua sin que

Velasco lo pidiera.

Velasco puso la foto de su hija sobre la barra, boca abajo.

—Han ido a por mi familia, Manuel. Han amenazado a mi niña en Barcelona.

Manuel miró la foto. Su rostro se oscureció.

—Hijos de puta. Sabía que eran sucios, pero esto... esto es mafia, Carlos.

—Son peores que la mafia. La mafia tiene códigos. Estos creen que son dueños del mundo por derecho divino. Creen que pueden comprar o matar lo que les estorba.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a quemarlos. Voy a quemarlos a todos. Pero necesito ayuda. No puedo hacerlo solo. El sistema me ha bloqueado. El juez, el jefe, todos están en nómina o acojonados. Necesito salirme del tablero.

Manuel asintió lentamente. Se secó las manos en el trapo.

—¿Recuerdas lo que te dije de David? Que no estaba solo. Que tenía amigos en el mundo de la música, en la calle. Gente que no existe para los Torres, gente invisible.

—Los invisibles a veces ven más que nadie.

—Exacto. Y hay alguien más. Alguien que odia a los Torres tanto como tú, o más.

—¿Quién?

—¿Conoces a la "Tía" Angustias? No la criada, otra. Una mujer del Albaicín. Gitana vieja. Dicen que sabe cosas. Dicen que su nieta trabajaba en una de las obras de los Torres y tuvo un "accidente" hace años. Nunca se probó nada, pero la vieja nunca olvidó.

—¿Y qué puede hacer una vieja gitana contra Anselmo Torres?

—La información fluye de maneras extrañas en Granada, Carlos. Los Torres tienen criados, chóferes, jardineros... mucha de esa gente es familia o conocida de la gente del Albaicín y el Sacromonte. Si alguien sabe dónde están los esqueletos de Anselmo, es esa gente. Pero no hablan con la policía.

—Hablarán conmigo. Ya no soy policía, Manuel. A partir de esta noche, soy solo un padre cabreado con una pistola.

Manuel sonrió tristemente.

—Entonces te escucharán. Vamos a ver a la Tía. Vive en la Cuesta del Chapiz.

—¿Ahora?

—La noche es el mejor momento para las brujas, comisario. Y para cazar demonios.

Salieron del Liberry, dejando atrás la seguridad del jazz y el humo. Fuera, Granada dormía bajo un manto de estrellas indiferentes. Pero en las sombras, los engranajes del poder chirriaban, y Carlos Velasco, el 'charnego', el foráneo, se disponía a meter la mano en la maquinaria para detenerla, aunque le costara el brazo.

Mientras caminaban hacia el Albaicín, Velasco miró hacia arriba, hacia el Carmen de los Cipreses, que se adivinaba como una mancha oscura en la colina.

—Disfrutad de vuestro sueño, bastardos —pensó—. Porque la pesadilla está subiendo la cuesta.

El círculo se cerraba, sí. Pero Velasco no estaba dentro. Estaba fuera, con un martillo, dispuesto a romperlo.

11

La madrugada se había instalado en el sótano del *Café Pub Liberry* con la densidad de un jarabe oscuro. Fuera, en la calle Duquesa, el silencio de Granada era engañoso, roto solo por el paso ocasional de algún coche patrulla o el taconeo lejano de los últimos noctámbulos. Dentro, bajo la bóveda de ladrillo visto que sudaba humedad y años de jazz, Carlos y Manuel eran los únicos habitantes de un mundo suspendido en el tiempo.

Manuel había cerrado la persiana metálica, dejando el cartel de *Cerrado* como una advertencia para las almas perdidas. Sobre una de las mesas de mármol, bajo la luz amarillenta de una lámpara de estilo Tiffany que había visto mejores días, se esparcían los papeles que Velasco había rescatado de la taquilla 407. No eran solo los cuadernos; entre las páginas del atlas de anatomía mutilado, Sandra había escondido un sobre de papel manila, sellado con celo y marcado con una única palabra escrita con rotulador rojo: *VERDAD*.

Velasco se sirvió otro whisky, ignorando el ardor en su esófago que ya era crónico. Sus manos, habitualmente firmes, mostraban un leve temblor. No era miedo por la amenaza a su hija —esa furia la había guardado en un compartimento estanco de su mente para usarla luego; era el peso de la intimidad violada. Iba a leer las palabras de una muerta, a escuchar sus susurros no pronunciados.

—¿Estás listo? —preguntó Manuel, sentado frente a él, con un cigarro negro humeando en la comisura de los labios.

—Nunca se está listo para mirar dentro de la cabeza de alguien que sabía que iba a morir, Manuel. Pero no tenemos opción.

Velasco rasgó el sobre. Dentro había un fajo de cartas. No tenían sello ni dirección postal. Eran borradores, misivas escritas en momentos de desesperación o claridad, destinadas a destinatarios que nunca las recibirían por correo ordinario. El papel era variado: hojas arrancadas de cuadernos de espiral, servilletas de cafetería, folios con el membrete de la Universidad.

El comisario cogió la primera. Estaba fechada el 20 de diciembre de 1986. Iba dirigida a sus padres.

«Queridos mamá y papá:

Os escribo esto desde la biblioteca de la Facultad, mirando por la ventana cómo llueve sobre la Avenida de Madrid. Me preguntáis siempre si como bien, si me abrigo. Sí, mamá, como bien. Pero tengo frío. Un frío que no se quita con los jerséis de lana que me tejiste.

Granada no es lo que pensábamos. No es solo la Alhambra y los poetas. Es una boca grande con dientes de oro. Me he metido en la boca, papá. Quería ver las amígdalas del monstruo, quería saber cómo funcionaba su garganta. Pensé que podía ser una de ellos sin dejar de ser yo, la hija de Paco el de las chirimoyas. Qué estúpida fui.

He conocido a gente que tiene tanto dinero que no saben cuánto cuesta el pan, pero saben cuánto cuesta una persona. Me he vestido con sus sedas y he bebido su vino. Y me siento sucia. No sucia de tierra, como cuando ayudaba en la finca, que eso se quita con agua y jabón. Sucia por dentro. He visto cómo miran a los camareros, a los pobres, a nosotros. Para ellos somos mobiliario. Somos atrezzo en su obra de teatro.

Si algo me pasa, quiero que sepáis que no me perdí por vicio. Me perdí por querer subir demasiado alto para ver el paisaje, y descubrí que desde arriba, el paisaje está lleno de buitres. Os quiero. Perdonadme por no ser la doctora que soñabais. Creo que, al final, solo soy la chica que no supo decir que no a la manzana envenenada.»

Velasco dejó la carta sobre la mesa. Manuel, que había leído por encima de su hombro, se pasó una mano por los ojos.

—Pobre criatura —murmuró el tabernero—. Se dio cuenta tarde de que la lucha de clases no se gana poniéndose un vestido de Loewe.

—Sigue —dijo Velasco, cogiendo el siguiente papel. Era una hoja arrugada, con manchas que parecían de lágrimas secas o de vino. Iba dirigida a David.

«Mi amor desastre:

Te he gritado hoy. Te he dicho que eres un lastre, que no tienes futuro. Era mentira, David. Todo era mentira. Te grité para que te fueras, para que te alejaras de mí. Porque estoy radiactiva. Lo que llevo dentro, lo que sé, es veneno. Y no quiero que te salpique.

Ellos no son como tú. Tú te metes heroína para escapar del dolor; ellos se meten cocaína para sentirse dioses y poder pisar a los demás sin remordimientos. Me he acostado con el diablo, David. Literalmente. Y ahora el diablo quiere cobrar su deuda. No me busques. Si salgo de esta, volveré a la cueva y tocaremos esa canción que compusiste. Pero ahora mismo, quererte es ponerte una diana en el pecho.»

Velasco sintió una punzada de culpa. Había dudado del chico. Había dejado que el sistema lo triturara durante cuarenta y ocho horas, cuando la única culpa de David había sido amar a una mujer que intentaba protegerlo a empujones.

—Esto exculpa a David moralmente —dijo Velasco—, pero necesitamos algo que incrimine a Torres. Algo concreto.

Quedaba una última carta. Era la más gruesa. Estaba escrita en papel de alto gramaje, doblada meticulosamente en tres partes. No tenía fecha, pero la caligrafía era apresurada, angulosa, como si la mano que empuñaba el bolígrafo hubiera estado temblando de rabia o terror.

El encabezado heló la sangre de Velasco: *«Para Ricardo. Borrador de carta de despedida (o de sentencia).»*

Velasco ajustó la lámpara y empezó a leer en voz alta. Su voz, ronca por el tabaco, resonó en el sótano como la de un fiscal leyendo un acta de acusación.

«Ricardo:

*Crees que el problema es el embarazo. Crees que te estoy presionando porque llevo a tu heredero bastardo en el vientre y eso mancha tu inmaculado traje de novio para la boda con Clara López de la Serna. Eres

tan simple, tan básico en tu arrogancia, que piensas que todo se reduce a un escándalo de faldas.*

Pero el embarazo es solo la consecuencia. El verdadero problema, Ricardo, es lo que encontré en el Carmen. En esa habitación que siempre cierras con llave, la del torreón. La semana pasada, cuando te quedaste dormido después de la fiesta, borracho de ego y ginebra, cogí tus llaves.

Entré. Esperaba encontrar drogas, dinero negro, quizás contabilidad b de la constructora. Pero encontré tu colección. Tu "biblioteca", como la llamaste una vez riéndote.

Vídeos, Ricardo. Cintas Betamax alineadas en la estantería. Y álbumes de fotos. No podía creerlo. Al principio pensé que era pornografía común, vicios de niño rico aburrido. Pero luego empecé a mirar las etiquetas. Nombres. Fechas. "Elena G. - Noviembre 85". "Marta S. - Febrero 86".

Puse una cinta. Vi lo que haces. No es sexo, Ricardo. Es caza. Vi cómo les dabas esa bebida "especial", esa mezcla que Helena consigue, supongo. Vi cómo se quedaban muñecas, sin voluntad, con los ojos abiertos pero la mente apagada. Y vi lo que les hacías. No buscas placer; buscas humillación. Te excita el control total, la anulación de la persona. Las tratas como cosas. Las rompes y luego las grabas rotas, como un cazador posando con el león muerto.

Pero lo que me hizo vomitar no fue eso. Fue cuando abrí el álbum rojo. El antiguo. El de 1982. Allí estaba ella. Lucía. La hermana pequeña de Clara. Tu futura cuñada. La chica que "se fue a un internado en Suiza por problemas nerviosos", según la versión oficial de las familias.

Vi las fotos, Ricardo. Vi a Lucía en esa cama, en ese mismo cuarto, con la mirada perdida y moretones en los muslos. Tú la rompiste. Tú, el prometido perfecto, el yerno ideal de los López de la Serna, violaste y destruiste a la hermana pequeña de tu mujer, la grabaste y te guardaste las fotos como trofeo. Y ahora te vas a casar con la mayor para fusionar las empresas, mientras la pequeña se pudre en un sanatorio mental en Zúrich, muda por el trauma.

*Esa es tu perversión, Ricardo. No es solo el sadismo; es la endogamia de

tu maldad. Te alimentas de los tuyos. Te gusta destruir lo que se supone que debes proteger.*

Si Clara supiera esto... Si Don Anselmo supiera que su fusión millonaria depende de que nadie sepa que su hijo es un depredador que se comió a la hermana de la novia... no habría boda. No habría negocio. Habría sangre.

El bebé que llevo dentro es mi seguro. Pero esta información es mi arma nuclear. No quiero dinero, Ricardo. Quiero que pares. Quiero que dejes de cazar. Y quiero una salida segura para mí y para mi hijo. Si intentas tocarme, si veo un solo coche negro siguiéndome, enviaré copias de esas fotos al padre de Clara. Y entonces, Dios te asista, porque ni todo el dinero de Granada podrá salvarte de la ira de una familia del Opus Dei que descubre que ha metido al diablo en su casa.

Nos vemos en el Salón. Ven solo. Y trae una solución, no una amenaza.»

Velasco dejó caer la carta. El silencio en el Liberry era ahora absoluto, denso como el plomo. Manuel tenía la boca ligeramente abierta y el cigarro se había consumido hasta quemarle los dedos sin que se diera cuenta.

—Madre de Dios... —susurró Manuel, soltando la colilla—. Lucía López de la Serna. Recuerdo eso. Hace cinco años. Se dijo que la niña tuvo una crisis nerviosa, que se volvió loca de repente. Desapareció de la vida social de la noche a la mañana.

—No se volvió loca —dijo Velasco, con una frialdad que le asustaba a él mismo—. La rompieron. Ricardo la rompió, la grabó y se guardó la prueba para masturbarse con su recuerdo.

—Es una perversión bíblica, Carlos. Destruir a la hermana para casarse con la primogénita y quedarse con el reino.

Velasco se puso de pie y empezó a caminar en círculos por el pequeño espacio, impulsado por una energía cinética nacida del asco.

—Esto es. Esto es lo que los tiene aterrorizados. No es el embarazo de

Sandra. Un hijo bastardo se puede tapar con dinero. Pero esto... esto destruye la alianza. Los López de la Serna son ultraconservadores, gente de misa diaria y moral estricta. Si descubren que Ricardo es el responsable de la "locura" de su hija pequeña, la fusión de las constructoras se va al infierno y Anselmo Torres pierde millones. Y Ricardo... Ricardo podría aparecer flotando en el Genil, pero esta vez no sería un suicidio.

—Por eso la mataron. —Manuel sirvió más whisky, esta vez para él—. Sandra no solo amenazaba con un escándalo; amenazaba con detonar una guerra civil entre las dos familias más poderosas de la ciudad.

—Y Helena... —Velasco se detuvo—. La carta menciona que Helena consigue la "mezcla". Ella lo sabe. Ella sabe lo de su hermana pequeña. No, espera... Helena no es hermana de Clara. Helena es la "novia oficial" actual en las revistas, la modelo, pero la boda... la boda es con Clara López de la Serna.

Velasco revisó sus notas mentales. Sí. Helena era la amante, la compañera de crímenes, la socia. Pero el matrimonio era con Clara, la heredera de los terrenos. Helena estaba ayudando a Ricardo a casarse con otra para asegurar el negocio, sabiendo que Ricardo era un monstruo que había devorado a la hermana de su futura esposa.

—Helena es aún peor de lo que pensaba —dijo Velasco—. Es la facilitadora. Ella le consigue las drogas para anular a las chicas. Ella limpia el desastre. Y ella orquestó la muerte de Sandra para proteger el negocio en el que ella también tendrá su parte.

—¿Qué vas a hacer con esa carta, Carlos? No es una prueba legal. Es un borrador no enviado. Un abogado como Castillo la destrozaría en un juicio. Diría que son fantasías de una chica despechada y drog adicta.

—Legalmente vale poco, es cierto. Pero tácticamente... tácticamente es una bomba de neutrones.

Velasco cogió la carta y la dobló con cuidado, guardándola en su bolsillo interior, junto a su corazón que latía demasiado rápido.

—No necesito que esta carta llegue a un juez todavía, Manuel. Necesito

que llegue a la persona adecuada.

—¿A quién?

—A Clara López de la Serna. La novia.

Manuel le miró con alarma.

—Eso es peligroso, Carlos. Clara vive en una burbuja. Su familia la protege. Si intentas acercarte a ella, te detendrán antes de que puedas decir "buenas tardes".

—No si lo hago en público. No si lo hago en un lugar donde no puedan montar una escena.

—¿Dónde?

Velasco miró el calendario colgado en la pared del pub. Febrero. Faltaba poco para la Semana Santa, pero antes había eventos previos. Actos de caridad, besamanos, exposiciones de cofradías.

—Mañana es viernes. Hay un acto en la Basílica de las Angustias. La alta sociedad granadina va a rezarle a la Patrona. Los Torres estarán allí. Los López de la Serna estarán allí. Será el ensayo general de la hipocresía.

—¿Vas a ir allí y dárselo?

—No. Voy a hacer que Ricardo crea que se lo voy a dar. Voy a hacer que el pánico le haga cometer un error. Ricardo es débil. Helena es la fuerte, pero Ricardo es el eslabón que se rompe bajo presión. Si cree que su secreto sobre Lucía va a salir a la luz, perderá la cabeza.

Velasco se terminó el whisky. El sabor a turba y madera le limpió la boca, pero no el alma. Se sentía como si hubiera estado nadando en una fosa séptica.

—Esa habitación... —dijo Manuel, rompiendo el silencio—. El cuarto del torreón en el Carmen de los Cipreses. Si Sandra dijo la verdad, las cintas siguen allí. Ricardo es demasiado arrogante para deshacerse de sus trofeos.

Cree que es intocable.

—Necesito entrar en ese Carmen. El juez me denegó la orden, pero eso fue antes de saber esto.

—Ningún juez de Granada te va a dar una orden basándose en una carta sin firmar, Carlos. Lo sabes.

—Entonces tendré que entrar sin orden.

Manuel negó con la cabeza, aunque había una chispa de admiración en sus ojos cansados.

—Eso es allanamiento, robo y destrucción de pruebas si te pillan. Te costará la placa y la libertad.

—Ya han amenazado a mi hija, Manuel. La placa me importa una mierda. Lo único que me importa es ver la cara de Ricardo Torres cuando le ponga las esposas. Y ver la cara de Helena cuando se dé cuenta de que su juego de ajedrez se ha acabado.

Velasco recogió los papeles. Metió todo en una carpeta de plástico.

—Guárdame esto, Manuel. En tu caja fuerte, si tienes. O entiérralo bajo los barriles de cerveza. Si mañana me pasa algo, si tengo un "accidente" de coche o me detienen, quiero que este sobre llegue al despacho del director del *Ideal*. Y copia al *El País* en Madrid.

—Cuenta con ello. —Manuel cogió la carpeta con reverencia—. Pero ten cuidado, Carlos. Estás cazando tiburones con un arpón oxidado.

—Es el único que tengo.

Velasco subió las escaleras del Liberry. Al salir a la calle, el aire frío de la madrugada le golpeó la cara. La ciudad dormía, ajena a la podredumbre que corría por sus venas de alcantarilla.

Miró hacia el norte, hacia donde David dormía en una celda de cemento, soñando con acordes de guitarra. Miró hacia el sur, hacia la Vega, donde

Sandra descansaba para siempre. Y luego miró hacia arriba, hacia el Realejo, donde Ricardo Torres dormía en sábanas de hilo, quizás soñando con cuerpos rotos y cintas de vídeo.

—Disfruta de tu sueño, depredador —susurró Velasco—. Porque acabo de encontrar tus colmillos. Y te los voy a arrancar uno a uno.

El comisario se abrochó la gabardina y echó a andar. Ya no era un policía investigando un crimen. Era un hombre con una misión de limpieza. Y Granada, esa ciudad hermosa y terrible, estaba a punto de ver cómo se levantaban sus alfombras persas para mostrar la sangre que había debajo.

12

El descenso desde Granada hacia la Costa Tropical por la carretera de la Cabra era un viaje geológico y espiritual. Carlos Velasco conducía el Seat 131 con la ventanilla bajada, sintiendo cómo el aire afilado y serrano del Suspiro del Moro se iba transformando, curva tras curva, barranco tras barranco, en una atmósfera densa, salina y pegajosa. Dejaba atrás la ciudad de piedra y sombra para adentrarse en el reino de la luz excesiva.

Almuñécar apareció ante sus ojos como un espejismo de cal y ladrillo agolpado frente a un Mediterráneo que, ese viernes de febrero, lucía un color acero bruñido, picado por el viento de levante. No era el paraíso de los turistas estivales; era un pueblo de trabajadores del mar y de la tierra que vivía su letargo invernal con la paciencia de los viejos pescadores.

Velasco no iba a la playa. Siguió las indicaciones que había anotado en su libreta, desviándose hacia el interior del valle, hacia la vega del Río Verde. Allí, el paisaje cambiaba radicalmente. Los chirimoyos y los aguacates formaban un manto verde oscuro, casi negro, que cubría las laderas abancaladas. El aire olía a descomposición dulce, a fruta madura que cae al suelo y fermenta al sol, un aroma empalagoso que a Velasco siempre le recordaba a la muerte disfrazada de vida.

La finca de los Méndez era modesta pero cuidada. Una casa de una planta, encalada hace años, con un porche cubierto por una parra esquelética. En los terrenos circundantes, los árboles se alineaban con precisión militar, fruto del trabajo de generaciones de espaldas dobladas.

Velasco aparcó junto a un tractor Ebro oxidado. El silencio del campo era absoluto, solo roto por el zumbido de algún insecto despistado y el ladrido lejano de un perro que no tenía ganas de morder.

Paco Méndez salió a recibirle antes de que llegara a la puerta. El padre de Sandra parecía haber envejecido diez años en los tres días que habían pasado desde que identificó el cadáver de su hija. Llevaba ropa de faena, un pantalón de pana manchado de tierra y una camisa a cuadros, pero sus manos colgaban a los costados, inútiles, como herramientas que han perdido su propósito.

—Comisario —saludó Paco. Su voz sonaba hueca, como si viniera del fondo de un pozo seco—. ¿Trae noticias? ¿Han soltado ya a ese desgraciado del músico?

Velasco se quitó las gafas de sol. El sol de la costa le hacía daño en los ojos, acostumbrados a la penumbra de los bares y las comisarías.

—Aún no, Paco. Pero estoy en ello. No he venido a hablar de David. He venido porque necesito saber si Sandra dejó algo aquí. Algo que no estuviera en Granada.

Paco negó con la cabeza, con un gesto de cansancio infinito.

—Aquí solo dejó su infancia, comisario. Y sus libros del colegio. Sandra... Sandra ya no venía mucho. Decía que tenía que estudiar. Que tenía exámenes. Mentiras. Todo eran mentiras para no venir a ver a sus viejos, que no sabemos de tenedores finos ni de vinos caros.

Ana apareció en el umbral. Llevaba un pañuelo negro en la cabeza y los ojos rojos, inyectados en sangre y dolor.

—Pase, por favor. No se quede al sol. El sol de aquí engaña, parece que calienta pero quema la piel.

Entraron en el salón. Era una estancia fresca, en penumbra, decorada con muebles de madera oscura y fotos de familia. Velasco se fijó en una repisa. Sandra, vestida de primera comunión. Sandra, con el diploma del instituto. Sandra, riendo en la playa con un niño más pequeño. Javier.

—¿Dónde está su hijo? —preguntó Velasco.

—Javier está en su cuarto —dijo Ana, sirviendo un vaso de agua fría de un botijo de barro—. No quiere salir. No quiere comer. Adoraba a su hermana. Ella era... ella era su mundo. Sandra siempre le decía que él sería el primero de la familia en viajar, en ver cosas. Ella le prometía el cielo y ahora... ahora le ha dejado el infierno.

Velasco bebió el agua. Sabía a barro y a minerales, un sabor antiguo.

—Necesito hablar con él.

Paco frunció el ceño.

—Es un crío, comisario. Tiene quince años. Está destrozado. No sabe nada de los líos de su hermana en Granada. Sandra lo protegía mucho.

—A veces, los hermanos pequeños ven cosas que los padres no ven, Paco. Porque miran desde abajo, desde el silencio. Y Sandra vino aquí hace poco, ¿verdad?

Paco y Ana intercambiaron una mirada rápida.

—Vino hace dos fines de semana —admitió Ana—. Fue... una visita rara. Llegó en autobús, sin avisar. Estaba nerviosa. No paraba de mirar por la ventana. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que era el estrés de la carrera. Que la medicina es muy dura.

—¿Se trajo algo? ¿Una maleta, una caja?

—Solo una mochila pequeña. Dijo que venía a respirar. Se pasó la tarde paseando por la playa con Javier. Hablaron mucho. Luego se fue el domingo temprano. Me dio un beso tan fuerte que... —Ana se rompió, cubriéndose la cara con el delantal—. Me dio un beso de despedida, comisario. Y yo no me di cuenta.

Velasco puso una mano sobre el brazo de la mujer. El contacto era torpe, pero sincero.

—Déjenme hablar con Javier. Por favor. Si Sandra le dijo algo, necesito saberlo. La gente que le hizo esto... es gente peligrosa. Y no quiero que quede ni un cabo suelto.

Paco asintió lentamente y señaló un pasillo al fondo de la casa.

—La última puerta a la derecha. Sea suave con él, comisario. Es de cristal ahora mismo.

***

La habitación de Javier era el santuario típico de un adolescente de 1987 que soñaba con escapar de un pueblo agrícola. Pósters de motos, un mapa del mundo con chinchetas en lugares exóticos, una estantería llena de cómics y libros de aventuras.

El chico estaba sentado en la cama, mirando por la ventana hacia los chirimoyos. Tenía el mismo pelo castaño que Sandra y la misma estructura facial, pero en él los rasgos eran aún blandos, indefinidos. Al oír entrar a Velasco, se giró. Sus ojos no tenían el rojo del llanto reciente, sino la oscuridad seca del odio y el miedo macerados.

—Tú eres el policía —dijo Javier. No era una pregunta.

—Soy Velasco. Carlos.

—Mi padre dice que van a meter en la cárcel al novio de Sandra. Al músico.

—Tu padre lee los periódicos, Javier. Y los periódicos a veces mienten. Yo no creo que fuera el músico.

Javier le sostuvo la mirada. Había una inteligencia aguda en ese chico, la misma que había llevado a Sandra a la facultad de medicina, pero en él estaba mezclada con una desconfianza rural, instintiva.

—Sandra me dijo que si venía alguien preguntando por ella, que no me fiara. Que en Granada todos son lobos.

Velasco se sentó en la silla del escritorio, girándola para quedar frente al chico.

—Tu hermana tenía razón. Hay muchos lobos. Y yo soy un perro viejo que intenta cazar a esos lobos. Pero necesito un rastro.

Javier miró hacia la puerta, asegurándose de que sus padres no estaban escuchando. Se levantó y cerró el pestillo con un clic silencioso.

—Ella sabía que iba a pasar algo —susurró el chico—. Cuando vino hace dos semanas... no era Sandra. Parecía un fantasma. Estaba... apagada.

—¿Te dijo de qué tenía miedo?

—Me dijo que se había metido en la cueva del dragón y que le había robado el tesoro. Pero que el dragón se había despertado. —Javier se pasó la mano por el pelo, un gesto nervioso—. Sandra hablaba así a veces. Como en los libros. Pero esta vez no era un juego. Me llevó a la playa, al Peñón del Santo. Nos sentamos allí, mirando el mar.

Velasco esperó, dejando que el silencio invitara a la confesión.

—Me dio algo —dijo Javier finalmente—. Me dijo: "Javi, guárdame esto. No se lo digas a papá ni a mamá. Ellos se asustarían. Guárdalo donde guardamos nuestros secretos".

—¿Y dónde es eso?

Javier se agachó y metió la mano debajo de la cama. Apartó una caja de zapatos llena de viejos soldaditos de plástico y levantó una tabla del suelo de madera, una de esas tablas sueltas que todos los niños descubren y convierten en su cámara acorazada personal.

Sacó un paquete envuelto en una bolsa de plástico de supermercado, sellada con cinta aislante. Era pequeño, rectangular y pesado.

—Me dijo: "Si alguna vez no vuelvo, o si me pasa algo malo, dáselo a alguien que no tenga miedo de mancharse las manos".

Javier le tendió el paquete a Velasco. El comisario lo cogió. Pesaba más de lo que aparentaba por su tamaño.

—¿Tú tienes miedo de mancharte las manos? —preguntó el chico, desafiante.

—Las tengo manchadas hasta los codos desde hace veinte años, chaval. No te preocupes por eso.

Velasco sacó una navaja del bolsillo y cortó la cinta aislante. Retiró el plástico. Dentro había una caja de metal, de las de puros, oxidada en las esquinas. La abrió.

En su interior, descansaba un objeto envuelto en un pañuelo de seda azul. Velasco retiró la tela.

Era una pistola.

Una pistola pequeña, una *Astra* del calibre 6.35, niquelada, con cachas de nácar. Un arma de dama, o de proxeneta elegante. Un arma para matar de cerca y con estilo.

Pero había algo más. Debajo de la pistola, había un sobre pequeño y un carrete de fotos sin revelar, de la marca Kodak.

Velasco miró la pistola con sorpresa. Esto cambiaba las cosas. Sandra no solo tenía información; Sandra estaba armada. O había robado el arma a alguien.

—¿Sabes de quién es esto? —preguntó Velasco.

Javier negó con la cabeza.

—Sandra odiaba las armas. Decía que eran de cobardes. Si tenía eso... es porque pensaba que iba a necesitarla. Me dijo que la robó. Que la cogió de la misma habitación de donde sacó las fotos.

—¿Qué fotos?

—No lo sé. El carrete está sin revelar. Me dijo que esas fotos eran su seguro de vida y su sentencia de muerte a la vez.

Velasco cogió el sobre. No estaba cerrado. Dentro había una nota manuscrita, breve, con la letra picuda de Sandra:

*«La pistola es de Ricardo. La guarda en la mesita de noche del carmen. Dice que es para protección, pero la acaricia como si fuera una mascota. Tiene el número de serie borrado. Si me pasa algo, buscad las huellas en el

arma. Si me mata, seguramente usará sus manos, le gusta sentir. Pero si me suicidan... esta será la herramienta.»*

Velasco cerró la caja metálica. El aire de la habitación parecía haberse vuelto más denso. Sandra había previsto su final con una lucidez escalofriante. Había robado el arma de Ricardo para protegerse, o quizás para incriminarlo si las cosas se ponían feas. O tal vez, en un momento de desesperación, pensó en usarla.

Pero no la usó. Se la dio a su hermano para que la custodiara. ¿Por qué?

—¿Por qué te dio esto, Javier? ¿Por qué no se la quedó para defenderse?

Javier miró sus propias manos, las manos de un niño que acababa de heredar una guerra de adultos.

—Porque me dijo que si la encontraban con eso encima, la matarían allí mismo. Dijo que quería tener una copia de seguridad. Que yo era su copia de seguridad. —Javier levantó la vista, y sus ojos brillaron con lágrimas de rabia—. Ella quería que yo se la guardara para cuando todo acabara. Iba a vender esa información, comisario. Iba a sacar dinero para irnos. Para que yo pudiera estudiar fuera. Lo hizo por mí.

Velasco sintió un nudo en la garganta. La ambición de Sandra no era solo egoísmo; era supervivencia familiar. Quería sacar a su hermano del destino de la tierra y el sudor.

—Lo hizo por todos vosotros, Javier. Tu hermana era muy valiente. Más valiente de lo que debería haber sido.

Velasco guardó la caja bajo el brazo. Era la prueba definitiva. Un arma ilegal vinculada a Ricardo Torres (si conseguían probarlo, y Velasco sabía cómo presionar) y, sobre todo, ese carrete. El carrete que Sandra mencionaba en la carta del Liberry. Las fotos de la hermana de Clara López de la Serna. La prueba de la depravación.

—Gracias, Javier. Has hecho lo correcto.

El chico se puso de pie. Parecía más alto de repente, endurecido por el

secreto compartido.

—Prométame una cosa —dijo Javier—. Prométame que el que hizo esto va a sufrir. No quiero que vaya a la cárcel a jugar al tenis. Quiero que sufra como está sufriendo mi madre.

Velasco se acercó a la puerta y la abrió. Se giró una última vez.

—La justicia es lenta y a veces decepcionante, Javier. Pero te prometo que el hombre que mató a tu hermana va a desear no haber nacido. Y va a perder todo lo que le importa antes de que yo termine con él.

Salió al pasillo. Paco y Ana esperaban en el salón, como dos estatuas de sal.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó Paco.

—He encontrado la verdad, Paco. Ahora solo tengo que hacer que la escuchen en Granada. Cuide de su hijo. Es un buen chico. Y fuerte.

Velasco salió de la casa sin mirar atrás. El sol de la tarde empezaba a caer, tiñendo el valle de Río Verde de sombras alargadas. Se subió al Seat 131 y colocó la caja metálica en el asiento del copiloto, como si fuera un pasajero frágil y peligroso.

El camino de vuelta hacia Granada fue distinto. La subida por la carretera de la Cabra ya no era un viaje; era una ascensión a la batalla. El motor del coche rugía en las curvas, protestando contra la pendiente, mientras Velasco pensaba en Ricardo Torres.

El "niño bien" tenía una pistola ilegal y vicios inconfesables. Sandra le había robado su seguridad y se la había entregado a un niño de quince años en Almuñécar. La ironía era brutal. El destino de la dinastía Torres-López de la Serna había estado enterrado bajo el suelo de una habitación adolescente, junto a unos soldaditos de plástico.

Al llegar al Suspiro del Moro, Velasco detuvo el coche un momento. Miró hacia atrás, hacia el mar que brillaba a lo lejos, una línea plateada en el horizonte. Y luego miró hacia adelante, hacia la Vega de Granada, cubierta

por esa neblina eterna que ocultaba la ciudad.

—Ya voy, Sandra —dijo en voz alta—. Y llevo la artillería.

Arrancó el coche y se lanzó cuesta abajo, hacia la ciudad que se preparaba para la noche, ignorante de que un policía con una pistola robada y un carrete de fotos estaba a punto de reventar sus cimientos.

El carrete... tenía que revelarlo. No podía llevarlo a una tienda normal. Necesitaba a alguien de confianza. Alguien que no hiciera preguntas y que supiera mirar el horror sin parpadear.

Pensó en *El Rubio*, un fotógrafo viejo que tenía un estudio en la Cuesta de Gomérez, un tipo que había hecho fotos de sucesos durante el franquismo y que había visto más cadáveres que bodas. Él lo haría. Y lo haría callado.

Velasco entró en Granada por la Avenida de Cervantes. Las luces de la ciudad se encendían. Pasó por delante del Paseo del Salón. El Kiosco de las Titas estaba iluminado, gente elegante tomaba café donde días antes había un cadáver. La vida seguía, insultante.

Pero en el asiento del copiloto, la caja metálica vibraba con la promesa de justicia. Velasco sonrió. Era una sonrisa triste, cansada, pero real.

Esa noche, Ricardo Torres no dormiría tranquilo. Y mañana... mañana sería el día de la ira.

Llegó a la Cuesta de Gomérez y aparcó mal, subiendo dos ruedas a la acera. Cogió la caja y el carrete. El estudio de *El Rubio* estaba abierto, una luz roja brillaba en el escaparate polvoriento.

—Buenas noches, Alfonso —dijo al entrar. El olor a químicos de revelado le golpeó la nariz, un olor agrio y picante.

El fotógrafo, un hombre con los dedos manchados de amarillo por los ácidos, salió de la trastienda.

—Comisario. ¿Vienes a hacerte la foto para el carnet de jubilado?

—Vengo a traerte trabajo, Alfonso. Quiero que reveles esto. Ahora mismo. Y quiero que cierres la puerta con llave mientras lo haces.

Le tendió el carrete Kodak. Alfonso lo sopesó en la mano.

—¿Es por lo de la chica?

—Es por lo de todas las chicas, Alfonso. Por las que están y por las que ya no están.

El fotógrafo asintió y se metió en el cuarto oscuro. Velasco se quedó fuera, esperando, escuchando el sonido de los líquidos moviéndose, el ritual químico que transformaría la luz latente en verdad visible.

Diez minutos después, Alfonso salió. Tenía la cara pálida, cerúlea bajo la luz de neón. Llevaba unas fotos húmedas sujetas con pinzas.

—Madre de Dios, Carlos... —dijo el fotógrafo, con la voz quebrada—. ¿Quién es este animal?

Velasco miró las fotos. Eran peores de lo que imaginaba. Eran la prueba de que el mal no es un concepto abstracto, sino algo que se puede capturar en haluro de plata. Allí estaba Ricardo. Y allí estaba Lucía. Y el horror, congelado en el tiempo.

—Es el hombre que va a caer, Alfonso. Es el hombre que va a caer.

Velasco guardó las fotos en el sobre, junto a la pistola. Ahora tenía el arma del crimen moral y el arma del crimen potencial. Tenía a Ricardo cogido por el cuello.

Salió a la noche granadina. El aire estaba helado, pero Velasco sentía calor. El calor de la caza que llega a su fin. Mañana, en la procesión o en la iglesia, donde fuera, se lo entregaría a Clara. Y vería cómo el mundo de Ricardo Torres ardía hasta los cimientos.
El charnego sonrió al cielo oscuro.
—Se acabó el juego, Ricky. Jaque mate.

13

El humo del cigarrillo ascendía en espirales perezosas hacia el techo manchado de humedad del apartamento del Realejo, pero Velasco no lo veía. Sus ojos, enrojecidos por la falta de sueño y el exceso de cafeína y whisky, estaban clavados en las fotografías que Alfonso, el fotógrafo de la Cuesta de Gomérez, había revelado minutos antes. Estaban esparcidas sobre la mesa camilla como una baraja de tarot maldita, presagiando no el futuro, sino un pasado que se negaba a ser enterrado.

Las imágenes tenían ese grano grueso y esa iluminación cruda de los carretes de alta sensibilidad forzados en la penumbra. No eran artísticas. Eran forenses. Documentaban la degradación sistemática de un ser humano. En ellas, Lucía López de la Serna, la hermana "loca" de la futura esposa de Ricardo, aparecía reducida a un objeto, una muñeca rota en escenarios que destilaban una opulencia rancia y perversa. Y en el borde de una de las tomas, reflejado en un espejo barroco, el rostro de Ricardo Torres: no había lujuria en su expresión, ni siquiera ira. Había aburrimiento. Una curiosidad científica y desapegada, como la del niño que arranca las alas a una mosca solo para ver cómo camina sin ellas.

Velasco dio un trago largo a su copa. El líquido ámbar le quemó la garganta, pero no logró calentarle el frío que se le había instalado en el estómago.

Fue en ese instante, bajo la luz amarillenta de la bombilla desnuda, cuando el comisario comprendió la verdadera naturaleza de la relación entre Ricardo y Sandra. No había sido un romance prohibido, ni una pasión desmedida que se salió de control. Para Ricardo, Sandra Méndez Nebot, la hija de los agricultores de la costa, la chica que olía a salitre y ambición, nunca había sido una persona.

Había sido un safari.

Sandra era el exotismo accesible. Una pieza de caza mayor traída de la "selva" de la clase media-baja para entretener al príncipe en su palacio de invierno. Ricardo la había exhibido en sus fiestas como quien exhibe una máscara tribal o una joya robada de una tumba egipcia: algo valioso por su

rareza, por su contraste con el aburrimiento beige de su propia clase social. Le divertía su acento cuando se enfadaba, su voracidad por aprender, su ingenuidad al creer que podía mimetizarse con ellos poniéndose una blusa de seda prestada.

Pero las mascotas exóticas tienen un problema: crecen. Y a veces, muerden. Sandra había dejado de ser el entretenimiento divertido para convertirse en un testigo incómodo, y finalmente, en una amenaza biológica. El embarazo no era un "problema familiar"; era la prueba viviente de que el señorito se había mezclado con la plebe, manchando el linaje justo antes de la fusión empresarial más importante de la década.

—La mataste como quien sacrifica a un perro que ha contraído la rabia —murmuró Velasco a la foto donde Ricardo sonreía con frialdad—. Sin odio. Por higiene.

El comisario recogió las fotos y las guardó en el sobre, junto a la pequeña pistola Astra niquelada. Se levantó. El crujido de sus rodillas sonó como madera seca partiéndose. Se sentía viejo, sucio y cansado, pero su mente estaba afilada como una navaja barbera.

La investigación policial había terminado. El juez estaba comprado, el jefe de policía estaba asustado y el sistema había elegido a su culpable perfecto en la figura del pobre David. Ya no había atestados que rellenar ni procedimientos que seguir.

Ahora empezaba la cacería.

Velasco se duchó con agua casi hirviendo, intentando quitarse la sensación de mugre que le dejaban las imágenes. Se afeitó con cuidado, apurando la cuchilla hasta que la piel quedó enrojecida. Se puso su mejor camisa, una blanca que guardaba para los juicios, y su corbata menos ajada. Se enfundó la sobaquera con su arma reglamentaria —la Astra robada se quedaba bien guardada como prueba— y se echó la gabardina al hombro.

Salió a la calle Molinos. La noche granadina era un manto de terciopelo negro picado por las luces de las farolas. El aire olía a invierno y a jazmín temprano, esa mezcla contradictoria que solo Granada podía ofrecer.

No cogió el coche. Quería caminar. Quería sentir la ciudad bajo sus suelas, medir el terreno. Sabía dónde encontrar a su presa. Ricardo Torres no se escondería en su casa después de la "limpieza". La arrogancia de su clase exigía normalidad, exhibición pública de impunidad. Era viernes por la noche. La "gente bien" no se quedaba en casa los viernes.

Bajó hacia el centro, cruzando el Campo del Príncipe. La plaza estaba animada, los bares llenos de gente que comía caracoles y bebía vino de la tierra, ajenos a que un depredador y su cazador compartían la misma ciudad. Velasco observó la estatua del Cristo de los Favores, iluminada tenuemente.

—Hazme un favor tú a mí esta noche, jefe —le susurró al Cristo de piedra —. Haz que no falle el tiro.

Continuó su descenso hacia la calle San Matías, pasando por delante de la antigua Capitanía General y los palacios renacentistas que ahora albergaban oficinas administrativas. La arquitectura de Granada, pesada, histórica, llena de escudos nobiliarios y rejas carcelarias, le parecía esa noche un decorado diseñado para proteger a los monstruos.

Llegó a la Plaza de Bib-Rambla. Las flores de los puestos estaban cerradas, pero las terrazas de los cafés seguían abiertas, desafiando al frío con estufas de butano. Y allí, en la esquina de la calle Salamanca, vio lo que buscaba.

No estaba Ricardo, pero estaba su rastro. Un BMW negro, reluciente, aparcado en doble fila con los intermitentes de emergencia puestos, como si las normas de tráfico fueran sugerencias para los que conducen coches alemanes de gran cilindrada.

Velasco se acercó. El coche estaba vacío. Miró hacia el local frente al que estaba aparcado: *El Chicote*, un bar clásico, de esos con camareros de pajarita y espejos ahumados, donde la élite se reunía para beber coñac y arreglar el mundo, o al menos su parte del mundo.

Entró. El murmullo de las conversaciones bajó un decibelio, una reacción instintiva ante la entrada de alguien que no pertenecía al club. Velasco, con su gabardina barata y su cara de pocos amigos, desentonaba entre los

abrigos de loden y las bufandas de cachemira.

Escaneó el local. Al fondo, en una mesa reservada, bajo un cuadro de una cacería de zorros, estaba Ricardo Torres.

No estaba solo. Estaba rodeado de su corte habitual: tres jóvenes clones vestidos con el uniforme de la pijería granadina —camisa azul, pantalón beige, mocasines— que reían con fuerza excesiva alguna gracia del líder. Ricardo parecía relajado. Tenía una copa de balón en la mano y un cigarrillo rubio en la otra. Se le veía pletórico, con esa euforia química que da la cocaína o la sensación de haber esquivado una bala mortal.

Velasco caminó hacia la mesa. No se apresuró. Su paso era el de un verdugo que cobra por horas.

Cuando llegó a la mesa, la risa se cortó de golpe. Uno de los amigos de Ricardo, un chico con cara de caballo y apellido compuesto, intentó levantarse para bloquearle el paso.

—Oiga, ¿quién es usted? Esto es una mesa priva...

Velasco ni siquiera lo miró. Le puso una mano en el pecho y lo empujó suavemente, pero con la firmeza de quien mueve un mueble molesto, devolviéndolo a su silla.

—Siéntate, niño. Los mayores tienen que hablar.

Ricardo levantó la vista. Por una fracción de segundo, el miedo cruzó sus ojos, un destello animal y primario. Pero lo recuperó enseguida, cubriéndolo con esa capa de desdén que le habían enseñado en los mejores colegios privados.

—Vaya, vaya. El famoso comisario Velasco. —Ricardo dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo hacia arriba—. ¿Se le ha perdido algo por aquí? Creía que los de su clase preferían las tabernas del Albaicín.

—Mi clase prefiere la justicia, Torres. Pero a veces tenemos que bajar a las alcantarillas para encontrarla. Y hoy, la alcantarilla huele a perfume caro.

Velasco arrastró una silla vacía de la mesa contigua y se sentó frente a Ricardo, invadiendo su espacio personal. Los amigos de Ricardo intercambiaron miradas nerviosas, sin saber si llamar al encargado o salir corriendo.

—Largo —dijo Velasco sin apartar la vista de Ricardo—. Todos. Ahora.

Hubo un momento de duda. Ricardo asintió levemente a sus acompañantes.

—Id a la barra, chicos. Pedid otra ronda. El comisario y yo tenemos un asunto burocrático que discutir. Seguramente quiere pedirme una donación para el baile de la policía.

Los amigos se levantaron y se alejaron, dejando un vacío alrededor de la mesa que parecía un campo de fuerza.

Ricardo sonrió, mostrando unos dientes perfectos.

—Tiene agallas, Velasco. Venir a acosarme en público. Mi abogado, el señor Castillo, dice que usted está obsesionado. Que debería tener cuidado con el acoso policial. Podría costarle la placa.

—La placa ya me la he jugado, Ricardo. Ahora juego con mis propias fichas.

Velasco metió la mano en el bolsillo interior de la gabardina. Ricardo se tensó, sus ojos fijos en el movimiento, quizás esperando un arma. Velasco sacó el sobre con las fotos, pero no lo abrió. Lo dejó sobre la mesa, con la mano encima.

—¿Sabes qué es lo fascinante de la fotografía, Ricardo? Que captura el alma. O la ausencia de ella.

—No sé de qué me habla. No me interesa la fotografía.

—Debería. Porque a Sandra le interesaba mucho. Especialmente tu colección privada. Esa que guardas en el torreón del Carmen. La de las cintas Betamax y los álbumes rojos.

La sonrisa de Ricardo se congeló. Fue como ver una grieta expandirse en un parabrisas. Su piel, bronceada artificialmente, adquirió un tono pálido bajo la luz de las lámparas.

—Sandra era una mentirosa compulsiva. Una drogadicta. Todo lo que dijera...

—Sandra está muerta, Ricardo. Tú te encargaste de eso. O tu novia Helena te ayudó a planificarlo. Pero los muertos tienen la mala costumbre de dejar herencias. Y Sandra me dejó una herencia muy interesante.

Velasco levantó una esquina del sobre, lo justo para que Ricardo viera el brillo del papel fotográfico.

—Lucía López de la Serna. 1982.

Ricardo dejó caer el cigarrillo. Cayó sobre el mantel blanco, quemando la tela, pero él no pareció notarlo. Su respiración se aceleró.

—Eso es mentira. Es un montaje.

—No es un montaje. Es historia. La historia de cómo rompiste a la hermana de tu futura mujer. La historia de cómo la convertiste en un juguete roto para luego encerrarla en un manicomio suizo y casarte con la heredera principal. Es una jugada maestra, Ricardo. De sociópata de manual, pero maestra.

Ricardo miró alrededor, frenético, buscando una salida, buscando a alguien que le sacara de allí. Pero el bar seguía con su murmullo, indiferente.

—¿Cuánto quieres? —susurró Ricardo. Su voz temblaba—. ¿Cuánto dinero quieres por ese sobre? Mi padre te pagará. Te daremos lo que pidas. Un millón. Cinco millones.

Velasco se rió. Una risa seca, sin humor.

—¿Ves? Ese es vuestro problema. Creéis que todo se compra. Sandra pensó que podía negociar con vosotros, y acabó en una bolsa de plástico.

Yo no quiero tu dinero, Ricardo. Tu dinero está sucio.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero ver cómo te caes. Quiero ver cómo tu mundo perfecto se desmorona. Mañana hay un acto en la Basílica de las Angustias, ¿verdad? La presentación de los cofrades. Estará Clara. Estará tu padre. Estará el padre de Clara.

Ricardo palideció aún más.

—No... no te atreverás.

—Voy a ir, Ricardo. Y le voy a dar este sobre a Clara. Delante de todos. Delante de la Virgen y de los fotógrafos de sociedad. Y ella verá lo que le hiciste a su hermanita. Verá al monstruo con el que se va a casar.

—¡Me matarán! —gimió Ricardo. La máscara de arrogancia había desaparecido por completo, dejando ver al niño asustado y cruel que había debajo—. Los López de la Serna... son fanáticos. Si ven eso... mi padre me desheredará. Me arruinarás la vida.

—Tú le quitaste la vida a Sandra. Y le quitaste el alma a Lucía. Arruinarte la vida me parece un precio de saldo.

Velasco retiró el sobre y lo guardó de nuevo en su bolsillo. Se levantó. Ricardo seguía sentado, encogido, mirando el agujero quemado en el mantel como si fuera el abismo de su futuro.

—Tienes hasta mañana, Ricardo. Disfruta de tu última noche de libertad. O de vida. Porque cuando tu padre y tus suegros sepan esto, la cárcel te parecerá un hotel de cinco estrellas comparado con lo que te espera.

Velasco se dio la vuelta y salió del bar. No miró atrás. No necesitaba hacerlo para saber que había dejado a un hombre destruido.

Salió a la Plaza de Bib-Rambla. El frío le pareció ahora reconfortante. Había sembrado el pánico. Ricardo era un eslabón débil. Bajo presión, cometería un error. Intentaría huir, o intentaría recuperar las pruebas, o

intentaría algo desesperado. Y Velasco estaría esperando.

Caminó hacia la Catedral. La mole renacentista se alzaba en la oscuridad, imponente. Pensó en Sandra. En cómo la había descrito Manuel: una chica que quería comerse el mundo. Ricardo la había visto como una fruta exótica, algo para consumir y tirar la cáscara. Pero la cáscara se le había atragantado.

Velasco sabía que la jugada era arriesgada. Ricardo podía llamar a su padre. Podían intentar matarlo esa misma noche. Pero tenía la pistola de Ricardo, la Astra, escondida en el maletero de su coche, y tenía copias de las fotos (gracias a la previsión de Alfonso) en tres lugares distintos.

Su coche estaba aparcado en la Gran Vía. Se subió y condujo hacia el Realejo, pero no a su casa. Aparcó en una calle lateral, desde donde tenía visión directa a la entrada del carril que llevaba al Carmen de los Cipreses.

Apagó el motor y las luces. Encendió un cigarrillo. Y esperó.

No tuvo que esperar mucho. A la media hora, el BMW negro de Ricardo subió la cuesta a toda velocidad, derrapando en la curva. Entró en la propiedad casi arrancando la verja.

Diez minutos después, otro coche llegó. Un Mercedes blanco descapotable. Helena.

Velasco sonrió en la oscuridad.

—Reunión de gabinete de crisis —murmuró—. Ahora es cuando las ratas empiezan a morderse entre ellas.

Sacó unos prismáticos de la guantera. Desde su posición, podía ver las ventanas del salón principal del Carmen. Estaban iluminadas. Vio siluetas moviéndose con agitación. Ricardo gesticulaba, caminaba de un lado a otro. Helena estaba quieta, sentada, como una esfinge.

Luego, Ricardo desapareció de la vista y volvió con algo en la mano. Una botella. Bebía directamente del cuello. Helena se levantó y le dio una bofetada. El movimiento fue nítido incluso a distancia. Ricardo se

tambaleó, pero no reaccionó. Se dejó caer en un sofá, con la cabeza entre las manos.

Helena cogió el teléfono.

Velasco bajó los prismáticos. Helena estaba llamando a alguien. ¿A su padre? ¿A un sicario? ¿A un abogado?

Decidió que era el momento de aumentar la presión. Arrancó el coche, encendió las luces y pasó lentamente por delante de la puerta del Carmen. Hizo sonar el claxon dos veces, un sonido corto y seco, un saludo burlón. Sabía que ellos lo oirían. Sabía que sabrían que él estaba ahí fuera, como el lobo soplando la casa de los tres cerditos.

Siguió conduciendo, bajando de nuevo hacia la ciudad. No iba a dormir. Esa noche no. Tenía que preparar el escenario final. La procesión de mañana, o mejor dicho, el acto en la Basílica, sería el clímax.

Pero antes, tenía que asegurarse de que David estuviera a salvo. Si los Torres se sentían acorralados, podían intentar silenciar al chivo expiatorio para cerrar el caso a la fuerza.

Condujo hasta la Plaza de los Campos. Aparcó en una esquina discreta y entró por la puerta trasera de la Jefatura, usando una llave que se suponía que debía haber devuelto hacía años. El edificio estaba en silencio, con el retén de guardia dormitando en la entrada principal.

Bajó a los calabozos. El agente de custodia, un veterano llamado Gutiérrez que le debía un par de favores a Velasco de los viejos tiempos, levantó la vista de su revista de crucigramas.

—Hombre, el proscrito. ¿Qué haces aquí, Carlos? Si el Jefe te ve, te fusila al amanecer.

—Necesito ver al chaval, Gutiérrez. Cinco minutos.

—Está prohibido. Tiene incomunicación.

—Gutiérrez, recuerdas aquel asunto en el club de alterne de la carretera de

Málaga...

Gutiérrez suspiró y sacó las llaves.

—Cinco minutos. Y yo no te he visto.

Velasco entró en la zona de celdas. Olía a orina y desesperación. David estaba en la celda 3, ovillado en el catre, tiritando bajo una manta gris.

—David —susurró Velasco a través de los barrotes.

El chico abrió un ojo. Estaba pálido, sudoroso. El síndrome de abstinencia estaba en su punto álgido.

—¿Comisario? —su voz era un graznido.

—Escúchame bien. Mañana vas a salir de aquí. Te lo prometo. Pero esta noche es peligrosa. No comas nada que te traigan que no venga envasado. No bebas nada que no veas abrir. Y no hables con nadie.

—¿Me van a matar? —preguntó el chico, con el terror dilatándole las pupilas.

—Van a intentarlo todo para que parezca que te has suicidado o que te ha dado una sobredosis. Pero he dejado avisado a Gutiérrez. Él te vigilará.

—¿Por qué hace esto? —preguntó David—. Yo no soy nadie. Soy un yonqui.

—Porque Sandra no era un juguete exótico, David. Era una persona. Y tú la querías. Y eso, en esta ciudad de mierda, tiene valor.

Velasco sacó un paquete de tabaco y un mechero y se los pasó a través de los barrotes.

—Aguanta, chaval. La caballería ya ha llegado.

Salió de los calabozos, le dio una palmada en el hombro a Gutiérrez y desapareció en la noche.

Volvió a su coche. Estaba agotado, pero su mente no paraba. Tenía que ir a la Basílica de las Angustias. Tenía que estudiar el terreno. Mañana, la élite de Granada se reuniría para rezar y lucirse. Velasco iba a convertir su templo en una ratonera.

Condujo hacia la Carrera de la Virgen. La Basílica se alzaba majestuosa, con su fachada barroca iluminada por focos. Los operarios estaban montando vallas para el evento del día siguiente.

Velasco aparcó y se sentó en un banco del paseo, mirando la iglesia. Encendió otro cigarrillo.

Sandra había muerto cerca de allí, bajo el puente, a pocos metros del agua que bajaba de la Sierra. Ricardo la había matado porque la consideraba un objeto desechable que se había vuelto peligroso.

—Mañana, Ricardo —dijo Velasco al humo—. Mañana vas a descubrir que los objetos desechables a veces son explosivos.

Sacó la pistola Astra de la guantera, donde la había escondido envuelta en un trapo. Comprobó el cargador. Estaba lleno. Esperaba no tener que usarla, pero si Ricardo perdía los estribos... si intentaba algo...

Velasco acarició el metal frío. No era su arma reglamentaria. Era un arma ilegal, un arma "fantasma". Poética justicia.

Se quedó allí, vigilando la iglesia, vigilando la ciudad, vigilando sus propios demonios, hasta que el cielo empezó a clarear sobre los picos de Sierra Nevada, tiñendo de rosa la nieve eterna. El día de la cacería había llegado. Y Carlos Velasco, el charnego, el cínico, estaba listo para cobrar la pieza mayor.

14

El Domingo de Ramos amaneció en Granada no con la luz limpia que prometía la primavera, sino con una atmósfera densa, casi sólida, tejida con hilos de incienso quemado y expectación histérica. La ciudad, que durante el resto del año fingía ser una urbe moderna y europea, había decidido esa mañana quitarse la máscara de la civilización para ponerse el capirote del fanatismo estético.

Carlos Velasco despertó con el sonido. No era el ruido del tráfico ni el de los vecinos; era un redoble sordo, lejano pero constante, como el latido de un corazón gigantesco enterrado bajo el asfalto. Los tambores. El sonido de la Semana Santa. Un ritmo tribal que se metía en el pecho y alteraba la respiración, marcando el paso de una penitencia que, para la mayoría, no era más que una excusa para la vanidad.

Salió a la calle Molinos. El Realejo había cambiado. Las fachadas desconchadas estaban engalanadas con colgaduras de terciopelo granate y oro. El aire, habitualmente cargado de humedad del río, olía ahora a cera derretida, a azahar y a ese aroma dulzón y empalagoso de las torrijas y los pestiños que salía de las ventanas abiertas.

Velasco intentó bajar hacia el centro con el coche, pero a los cien metros tuvo que desistir. Una valla municipal y dos policías locales con cara de pocos amigos le cortaban el paso.

—Está cortado, caballero. Procesión.

—Soy el comisario Velasco. Tengo una investigación en curso.

—Me da igual si es usted el Papa, comisario. Por aquí pasa la Borriquilla en veinte minutos. No pasa ni Dios, con perdón.

Velasco golpeó el volante con frustración. La ciudad se había cerrado sobre sí misma. Las calles, antes vías de comunicación, se habían convertido en arterias obstruidas por trombos de penitentes y turistas. Tuvo que dejar el coche mal aparcado en un callejón y seguir a pie.

Caminar por Granada en Semana Santa era un ejercicio de supervivencia física y psicológica. La masa humana era un fluido viscoso que lo ocupaba todo. Familias enteras vestidas de domingo —los hombres con trajes oscuros, las mujeres con mantilla, los niños con gomina y zapatos que les hacían daño— formaban un muro impenetrable.

Velasco se abrió paso a codazos, ganándose miradas de odio y algún insulto susurrado. Se sentía un extraño, un hereje en medio de la liturgia. Él no veía devoción; veía ceguera. Veía a una ciudad que adoraba imágenes de madera mientras dejaba que sus hijos de carne y hueso se pudrieran en los calabozos o en las cunetas.

Llegó a la calle Ganivet, donde estaba instalada la Tribuna Oficial. Allí, en los palcos alquilados a precio de oro, se sentaba la aristocracia local para ver pasar los pasos sin mezclarse con la plebe. Velasco se detuvo en la esquina, oculto tras un puesto de venta de almendras garrapiñadas.

Necesitaba verlos. Necesitaba saber si su amenaza de la noche del jueves había surtido efecto.

Y allí estaban.

En el palco de honor, junto al Alcalde y al Arzobispo, estaba la familia Torres. Anselmo, con un traje cruzado y una expresión de gravedad patriarcal, saludaba con la mano a un conocido. A su lado, Ricardo.

Velasco sacó los prismáticos pequeños que llevaba en el bolsillo de la gabardina. Enfocó la cara de Ricardo. El chico estaba con cara de muerto. Llevaba gafas de sol oscuras, aunque el cielo estaba encapotado. No miraba a la procesión; miraba a sus propios pies, o al abismo que se había abierto bajo ellos. Sus manos, apoyadas en la barandilla de terciopelo rojo, temblaban visiblemente.

—Estás roto, Ricky —murmuró Velasco—. El traje de Armani ya no te protege del frío.

Junto a Ricardo, Helena. Impecable. Llevaba un vestido negro discreto y una mantilla corta, la imagen perfecta de la devoción elegante. Pero sus ojos... sus ojos verdes escaneaban la multitud con la precisión de un radar.

No buscaba a Dios; buscaba a Velasco. Buscaba la amenaza.

La procesión llegó. El estruendo de la banda de cornetas y tambores rebotó en las fachadas de los edificios, creando una cámara de eco ensordecedora. El paso de la Entrada en Jerusalén, la "Borriquilla", avanzaba con ese movimiento oscilante, casi hipnótico, que le daban los costaleros invisibles bajo los faldones.

La gente aplaudía. Lloraba. Gritaba "¡Guapo!".

Velasco sintió náuseas. Aquella teatralidad barroca, aquella mezcla de sufrimiento y espectáculo, le resultaba obscena. Ricardo Torres, el hombre que había violado y destrozado a su cuñada, el hombre que había ordenado matar a la madre de su hijo, estaba allí arriba, recibiendo el respeto de la ciudad, protegido por la barrera de la tradición y el dinero.

De repente, Helena se inclinó hacia Ricardo y le susurró algo al oído. Ricardo se tensó. Levantó la vista y miró directamente hacia donde estaba Velasco.

Fue imposible que le viera entre la multitud, oculto tras el puesto de almendras y a cincuenta metros de distancia. Pero Velasco sintió el impacto de la mirada como un golpe físico. Sabían que estaba allí. Lo sentían. La paranoia que él había sembrado estaba germinando.

Velasco se retiró, dejándose arrastrar por la corriente humana hacia la calle Mesones. No podía hacer nada allí. El ruido era demasiado fuerte, la multitud demasiado densa. Si intentaba acercarse, la seguridad privada o la policía local lo detendría antes de llegar al palco. El escenario no era el adecuado. La Semana Santa, con su caos organizado, era el escudo perfecto para los Torres.

—Cera y penitencia —pensó Velasco con amargura—. Cera para tapar los oídos y penitencia para los pobres. Para los ricos, solo hay palco y copas después de la procesión.

Se refugió en un bar lateral, huyendo del ruido. Pidió un café y un coñac. Necesitaba pensar. El plan de entregar las fotos a Clara en la Basílica el viernes había fallado; el evento había sido cancelado a última hora por

"indisposición de la homenajeada". Los Torres se habían replegado, habían cerrado filas. Ahora se exhibían en público, sí, pero en un entorno controlado, inaccesible.

Estaban ganando tiempo. Tiempo para que el abogado Castillo moviera hilos en el juzgado. Tiempo para que los sicarios encontraran a Velasco en un momento de vulnerabilidad. O tiempo para que David se "suicidara" en su celda.

Velasco apuró el coñac. Tenía que cambiar de táctica. Si no podía llegar a ellos físicamente, tendría que llegar a ellos psicológicamente. Tenía que hacer que el ruido de los tambores no fuera una celebración, sino una cuenta atrás.

Salió del bar. La tarde caía y las velas de los nazarenos empezaban a encenderse, creando ríos de fuego fatuo por las calles estrechas. Los capirotes cónicos, blancos, morados, negros, parecían fantasmas de la Inquisición que habían vuelto para reclamar la ciudad.

Velasco se dirigió hacia la Plaza de la Trinidad. Necesitaba hablar con Manuel. Necesitaba saber si el paquete estaba seguro. Y necesitaba saber si la "Tía" Angustias, la gitana del Albaicín, había averiguado algo sobre el BMW negro y el Rubio.

El camino fue una pesadilla. Cada calle estaba cortada. Cada esquina estaba bloqueada por una cruz de guía o un paso de palio. La ciudad se había convertido en un laberinto de ratones donde el queso estaba envenenado.

En la calle Alhóndiga, quedó atrapado entre la pared y una fila de nazarenos de túnica negra y cinturón de esparto. El olor a cera quemada era sofocante. Uno de los nazarenos se detuvo a su altura. A través de los agujeros de la tela del capirote, Velasco vio unos ojos que le miraban fijamente.

El nazareno no llevaba vela. Llevaba una vara de plata. Se inclinó ligeramente hacia Velasco.

—El Señor le guarde, comisario —dijo una voz susurrante, distorsionada

por la tela—. Pero ni el Señor puede guardar a quien no sabe cuándo retirarse.

Antes de que Velasco pudiera reaccionar, la fila avanzó. El nazareno se perdió en la marea de capuchones negros, indistinguible de los otros cien que le seguían.

Velasco se quedó helado, con la espalda pegada a la pared fría. No era una alucinación. Era un mensaje. Estaban en todas partes. Podían ser cualquiera. Bajo el anonimato del capirote, cualquier sicario, cualquier amigo de Ricardo, cualquier policía corrupto podía acercarse a él con un cuchillo y perderse después en la multitud sin dejar rastro.

La Semana Santa no solo dificultaba la investigación; era el camuflaje perfecto para el asesinato.

Llegó al *Liberry* empapado en sudor frío, a pesar de la temperatura invernal. El pub estaba vacío, salvo por un par de extranjeros despistados que huían del fervor religioso.

Manuel le sirvió un vaso de agua antes de que Velasco pudiera pedir nada.

—Te ves como si hubieras visto a la Santa Compaña, Carlos.

—He visto algo peor. He visto cómo esta ciudad se disfraza de santa para ocultar que es una puta barata. Me han amenazado, Manuel. En plena calle. Un nazareno.

Manuel asintió, sin sorpresa.

—Es la época, Carlos. En Granada, durante esta semana, los demonios salen a pasear vestidos de santos. Es la única forma que tienen de entrar en las iglesias sin quemarse.

—¿Sabemos algo de la Tía Angustias?

—Ha mandado un recado. Dice que el Rubio, el camello del norte, ha desaparecido. Nadie lo ha visto desde el miércoles. Su piso está vacío.

—Lo han limpiado —dijo Velasco, golpeando la barra—. Han cortado el cabo suelto. Si el Rubio está muerto, o en Marbella con una maleta de dinero, pierdo la conexión física entre Ricardo y la droga que usaron para anular a las chicas.

—Pero Angustias dice algo más. Dice que el BMW negro no era de Ricardo.

Velasco levantó la cabeza.

—¿Cómo?

—Dice que los chavales del barrio se fijan en los coches. Y ese coche tenía una abolladura en la aleta trasera izquierda. Pequeña, pero visible. El coche de Ricardo es nuevo, impecable.

—Entonces, ¿de quién es?

—Angustias dice que ha visto ese coche antes. Aparcado en la puerta trasera de la Iglesia de San Justo y Pastor.

—¿La iglesia de los jesuitas? ¿En la plaza de la Universidad?

—Esa misma. Y dice que el que lo conduce no es un niño pijo. Es un hombre mayor. Calvo. Con cara de bulldog.

Velasco cerró los ojos, visualizando la descripción. Calvo. Cara de bulldog. Iglesia de San Justo.

—El chófer —murmuró Velasco—. El chófer de Anselmo Torres. Manolo "El Tuerto". Le llaman así porque tiene un ojo de cristal, aunque no se le nota con las gafas de sol. Es el hombre de confianza del viejo. El que le limpia las botas y le entierra los cadáveres.

—Entonces no fue Ricardo quien fue al norte. Fue el padre.

—O el padre mandó al chófer a arreglar el desastre del hijo. Eso implica a Anselmo directamente. Ya no es solo encubrimiento; es participación necesaria. Anselmo Torres compró el silencio o el material.

Velasco se puso de pie. La fatiga había desaparecido, sustituida por la claridad del cazador que encuentra un rastro de sangre fresca en la nieve.

—Tengo que encontrar ese coche. Si tiene la abolladura, es la prueba.

—Carlos, las calles están cortadas. No puedes moverte.

—No necesito moverme yo. Necesito que el coche se mueva. Y sé dónde va a estar esta noche.

—¿Dónde?

—En la procesión del Silencio. Anselmo Torres es Hermano Mayor Honorario. Sale esta noche. Y su coche estará esperándole cerca de la carrera oficial para recogerlo cuando termine su acto de hipocresía pública.

Manuel le miró con preocupación.

—La procesión del Silencio... apagan el alumbrado público, Carlos. Es oscuridad total. Solo tambores roncos y cadenas arrastradas por el suelo. Es el peor sitio para tender una emboscada.

—O el mejor. Porque en la oscuridad, todos somos iguales. Y yo conozco las sombras mejor que ellos.

Velasco sacó la pistola Astra de su sobaquera, comprobó el seguro y la volvió a guardar. Luego sacó el sobre con las fotos de Lucía y Ricardo.

—Manuel, voy a hacer una copia más de esto. Y quiero que se la des a alguien.

—¿A quién?

—Al cura de San Justo. Al párroco. Es un hombre viejo, pero dicen que todavía cree en Dios. Si le das esto en confesión, bajo secreto, no podrá ir a la policía, pero su conciencia no le dejará callar ante Anselmo Torres. Anselmo va a misa allí. Si el cura le niega la comunión o le mira a los ojos sabiendo lo que sabe... el viejo se romperá. Anselmo teme más al infierno

que a la cárcel.

—Es una jugada retorcida, Carlos. Usar la iglesia contra ellos.
—Es justicia poética. Cera y penitencia, Manuel. Si quieren penitencia, yo se la voy a dar.

Velasco salió del Liberry. La noche había caído por completo. El sonido de los tambores era ahora ensordecedor, omnipresente, una banda sonora de pesadilla que envolvía la ciudad.

Se dirigió hacia Plaza Nueva. La procesión del Silencio salía de la iglesia de Santa Ana, a los pies de la Alhambra. El recorrido pasaría por la Carrera del Darro, un desfiladero de piedra y agua. Allí, entre las sombras del río y los muros del convento de Zafra, Velasco esperaría.

La ciudad se había convertido en un escenario de ópera trágica. Las luces se apagaron en el recorrido oficial. Solo quedaban las velas. Miles de llamas temblorosas que proyectaban sombras gigantescas de los nazarenos sobre las paredes encaladas.

Velasco se deslizó por los callejones traseros del Albaicín, evitando la masa principal. Llegó a la Carrera del Darro. Se ocultó en el hueco de una puerta, frente al Bañuelo.

El silencio se hizo denso cuando la cruz de guía apareció. Un silencio roto solo por el sonido de un tambor destemplado y el arrastrar de cadenas de los penitentes que caminaban descalzos sobre el empedrado frío.

Y entonces lo vio.

En la presidencia del paso, caminando detrás del Cristo de la Misericordia, iba Anselmo Torres. Llevaba una medalla dorada al cuello y un cirio grueso en la mano. Su rostro, iluminado desde abajo por la llama, parecía una máscara de cera derretida. No miraba a la imagen; miraba al frente con la arrogancia de quien cree que su dinero puede comprar incluso la salvación eterna.

Detrás de la comitiva, en una calle lateral reservada para los vehículos de apoyo y autoridades, vislumbró el brillo de una carrocería. Un BMW

negro.

Velasco se movió. Se deslizó entre las sombras, aprovechando la oscuridad que la cofradía exigía. Se acercó al coche. El conductor estaba dentro, fumando, con la ventanilla bajada. La luz del cigarrillo iluminó brevemente su cara. Era Manolo "El Tuerto". Cara de bulldog.

Velasco rodeó el coche por detrás. Se agachó. Pasó la mano por la aleta trasera izquierda.

Allí estaba. Una abolladura. Áspera al tacto.

Sintió una descarga eléctrica. La confirmación.

Se levantó. Manolo seguía fumando, ajeno a que tenía a la muerte a dos metros. Velasco consideró sacarlo del coche a punta de pistola, interrogarlo allí mismo. Pero el riesgo era demasiado alto. Había demasiada gente, demasiada policía en el perímetro de la procesión.

No. Tenía que ser más inteligente.

Sacó una navaja suiza de su bolsillo. Con un movimiento rápido y silencioso, rajó el neumático trasero derecho. El aire salió con un siseo que quedó enmascarado por el redoble de los tambores que pasaban a pocos metros.

—No vas a ir muy lejos esta noche, Manolo —pensó Velasco.

Se alejó, volviendo a las sombras.

La procesión seguía pasando. El Cristo de la Misericordia, clavado en su cruz, pasaba frente a él. Velasco, el ateo, el cínico, sintió un impulso extraño. Se llevó la mano a la frente en un gesto que podría haber sido una señal de la cruz o un saludo militar.

—Misericordia para Sandra —susurró—. Para los demás, fuego.

Regresó a la Jefatura por caminos secundarios. La ciudad seguía sumida en su trance místico. Pero Velasco ya no veía capuchones ni velas. Veía

objetivos.

Al entrar en su despacho, el teléfono estaba sonando de nuevo. Lo dejó sonar. Se sentó y sacó una hoja de papel en blanco.

Escribió una nota. Breve. Concisa.

«Sr. Torres:

Sé que fue su coche el que estuvo en Almanjáyar. Sé que Manolo hizo el trabajo sucio. Y sé que usted lo ordenó. Tengo las fotos de Lucía. Tengo los diarios. Y tengo la cinta.

El Lunes de Pascua, la prensa lo tendrá todo. A menos que Ricardo se entregue antes del Domingo de Resurrección.

No intente buscarme. No intente comprarme. Y si vuelve a acercarse a mi hija, le enviaré las fotos de Lucía a su consuegro antes del desayuno.

Tic, tac.
C. Velasco.»

Metió la nota en un sobre con el membrete de la Jefatura de Policía. Mañana se aseguraría de que le llegara a Anselmo Torres durante el desayuno.

Se reclinó en la silla. El sonido de los tambores se filtraba a través de las ventanas cerradas, un *bum-bum-bum* constante, opresivo, ineludible.

La Semana Santa había convertido a Granada en una cárcel de cera y penitencia. Pero Velasco acababa de encontrar la llave de la celda. Y cuando abriera la puerta, el infierno se desataría sobre los adoquines sagrados de la ciudad.

Cerró los ojos, intentando descansar un poco antes del amanecer. Pero en la oscuridad de sus párpados, solo veía la cara de Sandra Méndez, y el brillo de una abolladura en un BMW negro bajo la luz de la luna.
El juego final había comenzado. Y esta vez, no habría resurrección para los culpables.

15

La mañana del Lunes Santo se desperezó sobre Granada con una resaca de cera y culpa. El sol, pálido y débil, intentaba sin éxito calentar los adoquines de la Plaza de Santo Domingo, donde el olor a incienso quemado de la noche anterior se mezclaba con el aroma rancio de las churrerías que empezaban a freír la masa. La ciudad, tras el éxtasis místico de las procesiones, volvía a su rutina de funcionariado gris y cafés a media mañana, fingiendo que los tambores no seguían resonando en las sienes de todos sus habitantes.

El comisario llevaba una hora apostado en una esquina, oculto tras la estatua de Fray Luis de Granada, observando la puerta lateral de la iglesia. Se sentía sucio, no por falta de higiene, sino por el sedimento moral que la investigación estaba dejando en sus pulmones. La noche anterior, durante la procesión del Silencio, había confirmado la participación del entorno de Anselmo Torres en el encubrimiento gracias a la abolladura del BMW. Pero eso no bastaba. Un coche golpeado y un camello desaparecido eran indicios, no pruebas. Necesitaba romper el tiempo. Necesitaba demostrar que Ricardo Torres no estaba donde decía estar a la hora en que Sandra exhaló su último aliento bajo el puente.

La versión oficial, blindada por el caro bufete de Evaristo Castillo y aceptada con sospechosa celeridad por el juez instructor, era inamovible: Ricardo Torres y su prometida, Helena, habían pasado la noche del crimen en el Carmen de los Cipreses, cenando en la intimidad y revisando los planos de la futura reforma de la casa. Una velada doméstica, aburrida e inocente. Sin testigos, salvo ellos mismos.

O eso creían ellos.

Las ocho y media. Las campanas de la iglesia dieron el toque de misa primera. Velasco tiró el cigarrillo y lo aplastó con la suela del zapato. La puerta de la iglesia se abrió para dejar salir a las beatas madrugadoras, mujeres de negro riguroso que llevaban el luto como un uniforme de combate. Entre ellas, distinguía una figura menuda, encorvada, que caminaba con pasos rápidos y nerviosos, aferrando un bolso de escay

contra el pecho como si llevara las joyas de la Corona.

Angustias. La criada de los Torres. La mujer invisible.

Velasco la siguió a una distancia prudencial. Angustias no se dirigió de vuelta al Carmen inmediatamente. Cruzó la plaza, sorteó los puestos de un mercadillo incipiente y se metió en una panadería de la calle Carniceros. Velasco esperó fuera, mirando el escaparate de una tienda de antigüedades donde un Cristo de marfil con un brazo roto le devolvía la mirada.

Cuando la mujer salió con una barra de pan bajo el brazo, Velasco interceptó su trayectoria. No fue un movimiento brusco; fue una coreografía calculada para parecer casualidad.

—Buenos días, Angustias.

La mujer se detuvo en seco. Sus ojos, rodeados de una red de arrugas finas como papel de fumar, se abrieron con pánico. Intentó esquivarlo, pero Velasco se movió lateralmente, bloqueando el paso con su corpulencia.

—No grite, por favor. No soy un atracador. Soy el policía que estuvo el otro día husmeando cerca de su cocina. El que sabe que usted oye más de lo que dice.

—Déjeme en paz —susurró ella. Su voz temblaba—. Yo no sé nada. El señor Anselmo dijo que no hablara con nadie.

—El señor Anselmo no está aquí, Angustias. Estamos usted, yo y la conciencia que la ha llevado a misa un lunes por la mañana. ¿Ha pedido por el alma de Sandra? ¿O ha pedido perdón por los pecados de los vivos?

La mención del nombre de la chica muerta actuó como un latigazo. Angustias bajó la cabeza, mirando sus zapatos ortopédicos.

—Era una niña... —murmuró, casi para sí misma—. Tenía la edad de mi sobrina. No se merecía eso.

—No, no se lo merecía. Y tampoco se merecía que la mataran como a un perro y luego mintieran sobre ello. Angustias, vamos a tomar un café.

Aquí al lado. Nadie la va a ver.

—Tengo que volver al Carmen. La señorita Helena controla el reloj. Si tardo, sospecha.

—Helena sospecha hasta de su propia sombra. Cinco minutos. Le prometo que será rápido. Depende de esos cinco minutos que el alma de esa niña descanse o que siga vagando por el Salón pidiendo justicia.

Velasco vio la duda en sus ojos. Era la batalla entre la lealtad feudal, inculcada tras décadas de servicio en una casa rica, y la decencia humana básica. Ganó la decencia, o quizás el miedo al infierno.

Entraron en un bar pequeño, oscuro y ruidoso, donde nadie prestaba atención a una criada y a un hombre con gabardina. Se sentaron en una mesa del fondo. Velasco pidió dos cafés con leche.

—Angustias, voy a ser directo. El juez cree que Ricardo estuvo en casa toda la noche del martes. Dice que no salió. Que cenó con Helena y se acostaron temprano.

Angustias apretó el bolso de escay con sus manos nudosas, deformadas por la artrosis y la lejía.

—Mentira —dijo, con una fuerza que sorprendió a Velasco—. Todo mentira.

—Cuéntemelo.

La mujer miró alrededor, como si esperara que las paredes tuvieran oídos o que Helena apareciera de repente tras la máquina de café.

—Esa noche... había tensión. Se notaba en el aire. El señorito Ricardo estaba muy nervioso. No paraba de beber. Y ella... la señorita Helena... ella estaba como un témpano. Cenaron, sí. Pero no fue una cena tranquila. Discutían en susurros. Yo estaba recogiendo la mesa.

—¿Qué hora era?

—Las nueve y media, o las diez. No me acuerdo bien. Pero recuerdo que Ricardo se levantó de golpe. Tiró la servilleta. Dijo que tenía que "acabar con esto de una vez".

—¿Y salió?

—Salió. Cogió el coche. El BMW no, ese lo tenía el chófer en el taller, o eso dijeron. Cogió el deportivo. El descapotable viejo que usa los domingos. Salió derrapando.

Velasco anotó mentalmente. El descapotable. Un coche más llamativo, pero quizás menos rastreable si lo había dejado lejos del Salón.

—¿Y Helena?

—Ella se quedó. Se sentó en el sofá, con un libro, pero no pasaba las páginas. Estaba esperando. Me dijo que me fuera a mi cuarto, que ya terminaba ella. Pero yo no me fui a dormir. Mi cuarto da al patio de entrada. Y tengo el sueño ligero.

—¿A qué hora volvió Ricardo?

Angustias cerró los ojos, reviviendo la escena.

—Tarde. Muy tarde. Pasadas las dos. Oí el motor. Me asomé a la ventana, tras el visillo. El señorito venía... venía mal. Caminaba tropezando.

—¿Iba borracho?

—Iba desencajado. Entró en la casa dando un portazo. Bajé a la cocina a por agua, con la excusa de que tenía sed, para ver. Lo vi en el pasillo. La señorita Helena salió a recibirle. Él estaba llorando, comisario. Lloraba como un niño chico. Decía "se acabó, se acabó".

—¿Vio su ropa?

Angustias asintió lentamente, y una lágrima solitaria rodó por su mejilla arrugada.

—Llevaba unos pantalones claros, de esos de lino que le gustan. Estaban manchados. De barro. Barro oscuro, de río. Y en los bajos... había manchas rojas. Pequeñas, pero se veían. Y la camisa... le faltaba un botón y tenía un desgarro en el hombro.

—¿Qué hicieron?

—Ella... ella le dio una bofetada. Le dijo que se callara. Que dejara de lloriquear. Lo empujó hacia el baño de abajo. Oí la ducha correr. Luego ella salió con la ropa hecha un ovillo. Fue al salón. Encendió la chimenea, aunque no hacía tanto frío. Y echó la ropa al fuego.

—¿Quemó la ropa?

—Quemó la ropa. Y quemó un bolso. Un bolso de mujer, de piel barata, marrón. No era de la señorita Helena; ella solo usa marcas. Olía a cuerno quemado. Un olor espantoso. Tuve que abrir las ventanas a la mañana siguiente para que se fuera la peste.

Velasco sintió la adrenalina dispararse. Ahí estaba. La destrucción de pruebas. El bolso de Sandra, que nunca apareció en la escena del crimen.

—¿Vio algo más? ¿Zapatos?

—Los zapatos... unos mocasines italianos. Estaban llenos de fango. Esos no los quemó. Me los dio a la mañana siguiente. Me dijo: "Angustias, el señorito se metió en un jardín anoche y se puso perdido. Límpialos bien. Con cepillo y betún. Que no quede ni rastro de tierra".

—¿Y usted los limpió?

—Los limpié. —Angustias se miró las manos con asco—. Froté y froté hasta que me dolieron los dedos. El barro estaba seco. Era barro del río, comisario. Huele distinto a la tierra del jardín. Huele a humedad y a podrido.

Velasco se inclinó sobre la mesa.

—Angustias, escúcheme. Los zapatos... ¿siguen en la casa?

—Sí. En el vestidor del señorito. Parecen nuevos. Nadie diría dónde estuvieron.

—¿Y usted estaría dispuesta a contar esto delante de un juez?

El terror volvió a la cara de la mujer.

—¡No! ¡Me matarán! El señor Anselmo... tiene mucho poder. Si hablo, mi familia... tengo un nieto que trabaja en la obra, en la constructora. Lo echarán. O algo peor. No puedo, comisario. Se lo cuento a usted para descargar mi conciencia, pero no me pida que me ponga delante de esa gente. Me aplastarán como a una cucaracha.

Velasco comprendió. No podía forzarla. Si la obligaba a declarar y luego el sistema fallaba —como solía hacer—, la sangre de esa mujer y la ruina de su familia caerían sobre su conciencia. Pero tenía la información. Sabía dónde mirar.

—Está bien, Angustias. No la obligaré. Pero necesito una cosa más. Una cosa pequeña.

—¿Qué?

—El descapotable. El coche que usó Ricardo. ¿Lo ha vuelto a usar?

—No. Está en el garaje del fondo, tapado con una lona. Dijo que le fallaba el motor.

—¿Y las llaves?

—Las llaves están en el cajón de la entrada. Donde siempre.

Velasco sacó un billete de cinco mil pesetas y lo puso sobre la mesa.

—Esto es para el taxi de vuelta. No quiero que vaya andando. Y Angustias... si alguna vez siente que corre peligro, vaya al bar *Liberry*, en la calle Duquesa. Pregunte por Manuel. Dígale que va de mi parte. Él la esconderá.

La mujer miró el billete, luego a Velasco. Asintió, se levantó con dificultad y salió del bar sin despedirse, como un fantasma que se desvanece al amanecer.

Velasco se quedó solo con los cafés fríos. Tenía la secuencia completa. Salida a las nueve y media. Regreso a las dos de la madrugada. Ropa manchada de barro y sangre. Quema de evidencias. Limpieza de zapatos. Y un coche escondido.

La coartada de la "velada íntima" era una farsa insostenible. Pero necesitaba probarlo sin exponer a Angustias. Necesitaba que la contradicción saliera de la boca de Ricardo o de Helena. O encontrar un rastro físico en ese coche tapado con una lona.

Salió del bar y buscó una cabina telefónica. Marcó el número de Ramírez.

—Ramírez. Soy yo. ¿Estás en la Jefatura?

—Sí, jefe. El ambiente está que corta. El Jefe pregunta por ti cada diez minutos con cara de querer morder.

—Escucha. Necesito que hagas algo muy concreto y muy discreto. Busca en los archivos de tráfico de la Guardia Civil. Multas de radar o controles de la noche del martes. Busca un descapotable. Un Triumph Spitfire o un MG, algo clásico. A nombre de Ricardo Torres o de la empresa.

—¿Crees que le multaron?

—Ricardo conducía alterado, borracho o drogado. Salió derrapando del Carmen y volvió igual. Es posible que alguien le viera. Una patrulla, un control de alcoholemia que se saltó... algo.

—Me pongo a ello. ¿Dónde estás?

—Estoy rompiendo huevos para hacer una tortilla, Ramírez. Te llamo luego.

Colgó. Caminó hacia el centro. La ciudad se preparaba para otra jornada

de procesiones, pero Velasco tenía su propio Vía Crucis en mente.

Decidió ir a la Facultad de Derecho. Sabía que Evaristo Castillo, el abogado de los Torres, daba clases allí los lunes por la mañana. Le gustaba pavonearse ante los alumnos, contar sus victorias y lucir sus trajes.

Velasco esperó en el pasillo, junto a la puerta del aula magna. Cuando la clase terminó y los alumnos salieron en tropel, Castillo apareció, sonriente, rodeado de un grupo de admiradores que aspiraban a ser tan caros y amorales como él.

Al ver a Velasco, la sonrisa de Castillo se congeló un milímetro, pero se recuperó al instante.

—Comisario. ¿Ha venido a matricularse? Nunca es tarde para aprender un poco de leyes. Le vendría bien.

—Ya conozco las leyes, Castillo. Lo que me interesa es la física. En concreto, la ley de la impenetrabilidad: dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo.

Castillo despidió a los alumnos con un gesto de la mano y se acercó a Velasco, bajando la voz.

—¿De qué demonios habla?

—Hablo de su cliente. Ricardo Torres. Según su declaración jurada, estuvo en casa toda la noche del martes.

—Y así fue. Tenemos testigos. Su prometida. El servicio.

—El servicio... —Velasco sonrió—. Curioso que mencione al servicio. Porque tengo entendido que la criada, Angustias, tiene una memoria muy viva. Y muy diferente a la de ustedes.

Castillo no se inmutó, pero sus ojos parpadearon.

—El testimonio de una empleada doméstica anciana y posiblemente senil no tiene valor probatorio, comisario. Sobre todo si se contradice con el de

dos ciudadanos respetables.

—¿Y el coche? ¿También es senil el coche?

—¿Qué coche?

—El descapotable que Ricardo usó esa noche. El que está escondido bajo una lona en el garaje del Carmen porque "le falla el motor". ¿Sabe qué pasa con los descapotables clásicos, Castillo? Que tienen moquetas. Y las moquetas guardan cosas. Barro del río Genil. Fibras de la ropa de una chica muerta. Quizás un pelo.

El abogado mantuvo la compostura, pero Velasco vio la tensión en su mandíbula. Castillo no sabía lo del coche. Ricardo o Helena le habían mentido, o le habían dado la versión higienizada. Y a un abogado no le gusta que su cliente le mienta, porque le deja indefenso.

—Si tiene pruebas, preséntelas al juez. Si no, deje de acosar a mi cliente. O le pondré una querella por prevaricación que le hará girar la cabeza.

—No necesito presentar nada todavía. Solo necesito que usted sepa que yo sé. Ricardo salió a las nueve y media. Volvió a las dos, manchado de sangre y barro. Helena quemó su ropa y el bolso de Sandra en la chimenea. Y Angustias limpió los zapatos.

Velasco se acercó hasta que pudo oler la loción de afeitado cara de Castillo.

—Pregúntele a su cliente, abogado. Pregúntele por el descapotable. Y mire su cara cuando se lo pregunte. Verá cómo se le rompe la coartada en mil pedazos. Y cuando eso pase, recuerde que el encubrimiento de asesinato también es un delito. Y mancha la toga.

Velasco se dio la vuelta y se marchó, dejando a Castillo parado en medio del pasillo de la Facultad, rodeado de retratos de juristas ilustres que parecían mirarle con severidad. El comisario sabía que había plantado una semilla de duda. Castillo era un mercenario, sí, pero no era estúpido. Si veía que el barco de los Torres hacía aguas, sería el primero en buscar un bote salvavidas.

Salió a la Plaza de la Universidad. El sol estaba alto. Se sentía un poco mejor. La coartada oficial tenía grietas. Ahora solo tenía que meter la palanca y hacer fuerza.

Fue a una cabina y llamó a Ramírez de nuevo.

—¿Tienes algo del tráfico?

—Bingo, jefe. No hay multas, pero hay un parte de la Guardia Civil de Tráfico. La noche del martes, a las diez y cuarto, una patrulla en la carretera de la Zubia vio un vehículo deportivo antiguo parado en el arcén. Pararon para ayudar. El conductor dijo que se había calentado el motor. No le identificaron formalmente porque no había infracción, pero la descripción del coche coincide: un roadster inglés, color verde oscuro. Y el conductor... joven, bien vestido, nervioso.

—La carretera de la Zubia... —Velasco pensó rápido. La Zubia estaba cerca, pero no era el Salón. ¿Por qué estaba allí?

Entonces lo recordó. Los diarios de Sandra. *"Tengo que saber qué esconden en esa finca de la Zubia"*. La reunión previa. Ricardo no fue directo al Salón. Fue a la finca familiar primero. Quizás a buscar algo. ¿El arma? ¿Dinero? ¿O quizás se citaron allí primero y luego bajaron al río?

—Ramírez, eres un genio. Ese parte sitúa a un coche coincidente con el de Ricardo fuera de su casa a la hora en que supuestamente estaba cenando con Helena. La coartada acaba de saltar por los aires.

—¿Vamos a por él?

—Todavía no. Si vamos ahora, dirá que prestó el coche a un amigo. O que el guardia civil se equivocó de día. Necesitamos vincular ese coche con el crimen. Necesito ver ese coche, Ramírez.

—Sin orden judicial no podemos entrar en el garaje.

—Lo sé. Por eso esta noche voy a cometer un delito.

—Jefe...

—No quiero oírlo, Ramírez. Tú no sabes nada. Si me pillan, yo actúo por libre. Pero si consigo una muestra de ese coche... si encuentro barro del Salón en las alfombrillas... se acabó.

Colgó antes de que Ramírez pudiera protestar.

La tarde avanzaba. Velasco fue a su casa, se cambió de ropa. Se puso ropa oscura, cómoda. Zapatillas de suela de goma. Cogió una linterna, unos guantes de látex y una navaja. También cogió la pistola Astra que Javier le había dado. No pensaba usarla, pero Ricardo estaba desesperado, y los desesperados son peligrosos.

Esperó a que cayera la noche. A las dos de la madrugada, Granada volvería a estar tomada por el silencio, excepto por algún tambor lejano de un ensayo de última hora.

Subió al Realejo. Dejó el coche lejos y se acercó al muro trasero del Carmen de los Cipreses. Era alto, de ladrillo y mampostería, coronado por hiedra, no por cristales, gracias a Dios.

Buscó un punto de apoyo. Trepó con dificultad, jadeando. Sus cincuenta y dos años y el tabaco le pasaban factura. Saltó al interior, cayendo sobre tierra blanda en el huerto.

El jardín estaba oscuro. La casa principal tenía algunas luces encendidas, pero todo estaba en silencio. Se orientó. Angustias había dicho "el garaje del fondo".

Se movió entre los cipreses, evitando las zonas de grava que crujían. Llegó a una edificación baja, separada de la casa. La puerta era de madera, cerrada con un candado simple. Velasco forzó el cierre con la navaja. Cedió con un chasquido sordo.

Entró. Olía a gasolina, aceite y polvo. Encendió la linterna, tapando el foco con la mano para que solo saliera un hilo de luz.

Allí estaba. Un Triumph Spitfire verde inglés, bajo una lona gris.

Velasco levantó la lona. El coche era una belleza mecánica, pero a Velasco solo le interesaba su suciedad.

Abrió la puerta del conductor. Iluminó el interior. Los pedales. Había restos de tierra seca en el pedal del freno y el acelerador. Se agachó para mirar la alfombrilla. Estaba limpia, demasiado limpia. La habían aspirado. Pero en el riel del asiento, donde la aspiradora no llega bien, había un pequeño cúmulo de barro seco y... algo brillante.

Velasco acercó la luz. Cogió unas pinzas que llevaba en el kit. Extrajo el objeto.

Era una lentejuela. Una lentejuela azul eléctrico.

Velasco sonrió en la oscuridad. Recordó la ropa de Sandra. La bisutería barata. Las pulseras de plástico. Y una bufanda o un chal que llevaba esa noche, descrito en el informe policial, con lentejuelas azules.

Sandra había estado en ese coche. O Ricardo había arrastrado la lentejuela en su zapato después de matarla.

Guardó la lentejuela en una bolsa de pruebas. Cogió una muestra del barro seco del riel.

Ya tenía la conexión física. Tenía la prueba de que el coche había sido limpiado. Tenía el testimonio de Angustias (aunque fuera no oficial) y el parte de la Guardia Civil.

La coartada de Ricardo Torres no solo estaba rota; estaba pulverizada.

Salió del garaje, volvió a poner el candado como pudo y regresó al muro. Al saltar a la calle, sintió un alivio inmenso. Tenía las balas de plata.

Mañana, martes, iría a por él. No esperaría al Lunes de Pascua como había amenazado en la nota a Anselmo. Iría mañana.

Mientras bajaba hacia la ciudad, Velasco miró la Alhambra iluminada.

—Lo siento, Boabdil —murmuró—. Mañana otro rey va a perder su reino. Y va a llorar como un niño, pero no le dejaré que nadie le diga que no supo defenderlo como un hombre. Porque los asesinos no merecen defensa.

El comisario se perdió en la noche, con una lentejuela azul en el bolsillo que pesaba más que toda la fortuna de los Torres.

16

La noche del Jueves Santo cayó sobre el Albaicín como una mortaja de terciopelo negro, tupida y asfixiante. Granada, en su esquizofrenia habitual, había decidido apagar las luces del barrio morisco para recibir al Cristo de la Misericordia, el "Silencio". Era una tradición que convertía el laberinto de calles encaladas en una boca de lobo, iluminada únicamente por el temblor anaranjado de los cirios y el resplandor frío de la luna llena que asomaba, burlona, sobre las almenas de la Alhambra.

Carlos Velasco se movía entre la multitud con la fluidez de una sombra que ha perdido a su dueño. No llevaba uniforme, ni siquiera la placa visible. Esa noche no era policía; era un espectro, una consecuencia inevitable. La gabardina gris se confundía con la oscuridad de los zaguanes y el humo del incienso se le pegaba a la piel, enmascarando el olor a tabaco negro y determinación que emanaba de sus poros.

Había localizado a Ricardo Torres hacía una hora, en un balcón alquilado en la Cuesta del Chapiz. La "gente bien" no se mezclaba con la plebe en las aceras; alquilaban miradores privados, bebían vino caro y comían canapés mientras abajo, en el empedrado, el pueblo llano se dejaba las rodillas y las gargantas gritando saetas. Pero Ricardo no estaba disfrutando del espectáculo. Desde su posición en la calle, oculto tras un castaño de indias, Velasco había observado al heredero con los prismáticos.

Ricardo estaba solo en una esquina del balcón, alejado del grupo donde Helena reía con una copa de champán en la mano, interpretando su papel de prometida perfecta y anfitriona glacial. Ricardo, en cambio, tenía el aspecto de un animal enfermo. Se aferraba a la barandilla de hierro forjado con los nudillos blancos, mirando al vacío, con esa rigidez catatónica de quien espera que el suelo se abra bajo sus pies.

Velasco sabía por qué. Sabía que Ricardo había recibido la visita de su padre esa mañana. Sabía que Anselmo Torres, tras leer la nota de Velasco, le había apretado las tuercas al hijo hasta hacerlas chirriar. Y sabía que la lentejuela azul, esa minúscula escama de plástico brillante que ahora descansaba en una bolsa de pruebas en el bolsillo del comisario, era el peso que estaba hundiendo el barco.

De repente, Ricardo se movió. No entró en la casa. Salió. Bajó las escaleras del carmen privado y se lanzó a la calle, abriéndose paso entre la multitud que esperaba el paso de la cofradía. Iba sin abrigo, solo con un traje oscuro y la camisa desabrochada en el cuello, como si le faltara el aire.

Velasco tiró la colilla y echó a andar tras él. La cacería se trasladaba al terreno.

El Albaicín en Jueves Santo es una trampa física y sensorial. Las calles, estrechas herencias del urbanismo nazarí, diseñadas para la intimidad y la defensa, se convierten en desfiladeros humanos donde el oxígeno es un bien escaso. El olor a cera derretida, a sudor, a perfumes baratos y a fritanga creaba una atmósfera densa, casi masticable.

Ricardo caminaba rápido, con la desesperación del que huye de sí mismo. Subió por la calle San Juan de los Reyes, tropezando con los adoquines irregulares. Velasco le seguía a diez metros, mimetizado con el flujo de gente. No necesitaba correr. Conocía el ritmo del miedo. El miedo cansa; la justicia es paciente.

Llegaron a la Placeta de Porras. Ricardo se detuvo, jadeando, apoyando una mano en una pared encalada. Miró hacia atrás, con los ojos desorbitados, buscando un rostro, una amenaza, algo tangible. Velasco se detuvo tras un grupo de nazarenos que ajustaban sus capirotes antes de entrar en estación de penitencia.

—Tic, tac, Ricky —susurró Velasco para sí mismo, sabiendo que la paranoia del chico haría el resto del trabajo.

Ricardo reanudó la marcha, esta vez hacia arriba, hacia el corazón del barrio alto. Buscaba aire, o quizás buscaba perderse en la anarquía de callejones donde los coches de policía no podían entrar. Pero no se daba cuenta de que estaba subiendo hacia una ratonera.

La multitud se espesó en la Plaza Larga. El "apagón" estaba a punto de ocurrir. Las farolas municipales parpadearon y murieron. Un murmullo recorrió la plaza, seguido de un silencio expectante. Solo quedaban las

velas de los balcones y los cirios de los penitentes que empezaban a asomar por el Arco de las Pesas.

En esa oscuridad repentina, Velasco se acercó. Se colocó justo detrás de Ricardo, tan cerca que podía oler el alcohol rancio que sudaba su piel y la colonia cara que intentaba ocultarlo.

—Bonita noche para una procesión, ¿verdad, Ricardo? —susurró Velasco al oído del chico.

Ricardo dio un salto, como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica. Se giró, pero la oscuridad y la masa de cuerpos le impidieron identificar la fuente de la voz. Velasco ya se había movido, deslizándose hacia la izquierda, oculto tras un hombre corpulento que llevaba a un niño a hombros.

—¿Quién anda ahí? —gritó Ricardo, con la voz quebrada. La gente a su alrededor le chistó, pidiendo respeto para el paso que se acercaba.

—¡Cállese, hombre! —le espetó una señora mayor—. ¡Un respeto al Cristo!

Ricardo giró sobre sus talones, frenético.

—¡Sé que estás ahí! —siseó—. ¡Velasco!

Velasco sonrió en la penumbra. Se movió de nuevo, rodeando a su presa como un tiburón en aguas turbias. Volvió a acercarse, esta vez por el otro lado.

—Sandra tenía una bufanda azul, Ricardo. Con lentejuelas.

El susurro fue apenas audible sobre el redoble ronco de un tambor lejano, pero para Ricardo debió sonar como un cañonazo. Se llevó las manos a la cabeza, tapándose los oídos.

—¡Déjame en paz!

—Se te cayó una en el coche. En el Triumph. Debajo del asiento. La

encontré, Ricky. Tengo la lentejuela. Y tengo el barro.

Ricardo empezó a empujar a la gente, intentando huir de la voz incorpórea.

—¡Atrás! ¡Dejadme pasar! —gritaba, ganándose empujones y maldiciones de la multitud compacta.

Logró romper el cerco y se lanzó por el Callejón del Agua, una vía estrecha flanqueada por muros altos de cármenes privados, donde la oscuridad era absoluta.

Velasco le dejó correr unos metros antes de seguirle. En aquel callejón no había salida fácil. Solo llevaba hacia el Mirador de San Nicolás o bajaba de nuevo hacia la Carrera del Darro. Ricardo, en su pánico, eligió subir.

El comisario caminaba despacio. El sonido de los zapatos de suela de cuero de Ricardo golpeando el empedrado resonaba en el callejón, un *clac-clac-clac* errático y aterrorizado.

—No puedes correr más rápido que tu pasado, niño —pensó Velasco.

Al llegar a un recodo donde una hornacina con una virgen iluminada por una mariposa de aceite arrojaba una luz tenue, Ricardo se detuvo. Estaba doblado por la cintura, intentando recuperar el aliento. Vomitó bilis y ginebra en la esquina.

Velasco se detuvo a cinco metros. Encendió un cigarrillo. El chasquido del mechero y la llama repentina hicieron que Ricardo se irguiera de golpe, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Ahí estaba. El príncipe destronado. El asesino con pedigrí. Tenía el pelo revuelto, la cara manchada de sudor y vómito, y los ojos de un animal acorralado.

—¿Qué quieres? —gimió Ricardo—. ¿Me vas a matar? Hazlo ya. Hazlo y acaba con esto.

Velasco dio una calada tranquila. El humo azulado flotó entre ambos.

—Matarte sería demasiado fácil, Ricardo. Y demasiado rápido. Sandra sufrió. Tú vas a sufrir también. Pero de otra manera.

—No fui yo... —empezó a decir Ricardo, con el mantra automático del culpable—. Fue un accidente. Se puso histérica. Me amenazó. Dijo que iba a arruinar la boda. Que iba a contárselo a Clara.

—Y por eso la citaste en el Salón. Por eso la llevaste bajo el puente.

—¡Yo solo quería hablar! —gritó Ricardo, su voz rebotando en las paredes estrechas—. Quería pagarle. Darle lo que quisiera. Pero ella se rió. Dijo que no quería mi dinero sucio. Dijo que quería ver cómo mi padre se retorcía. Se puso loca. Me atacó.

—No te atacó, Ricardo. Se defendió. Porque tú no fuiste solo a hablar. Llevabas el coche escondido en la Zubia. Llevabas ropa para cambiarte. Y Helena te estaba esperando con la chimenea encendida. Eso se llama premeditación.

Al mencionar a Helena, Ricardo pareció encogerse aún más.

—Helena... ella... ella dijo que tenía que ser fuerte. Que tenía que proteger el legado.

—Helena te usó como a un trapo, imbécil. Ella es el cerebro; tú eres solo la mano tonta que aprieta el gatillo o empuña la piedra.

Ricardo se dejó caer al suelo, sentándose en el bordillo sucio, con la espalda contra la pared encalada. Empezó a llorar. No era un llanto de arrepentimiento; era el llanto egoísta del niño que ha roto el jarrón de la dinastía Ming y sabe que el castigo será terrible.

—No sabes lo que es... —sollozó Ricardo—. No sabes la presión. Mi padre... los López de la Serna... esperaban que yo fuera perfecto. Que cerrara el trato. Y Sandra... Sandra era una mancha.

—Sandra era una persona. Y estaba embarazada de tu hijo.

Ricardo levantó la cabeza.

—Eso... eso no era un hijo. Era un chantaje biológico.

Velasco sintió tal oleada de asco que tuvo que contenerse para no patearle la cara allí mismo. Tiró el cigarrillo con fuerza.

—Levántate.

—¿Me vas a detener?

—No. Todavía no. Quiero que veas algo.

Velasco agarró a Ricardo por la solapa de la chaqueta, levantándolo con una fuerza que sorprendió al joven. Lo arrastró calle arriba, hacia el Mirador de San Nicolás. Ricardo intentó resistirse débilmente, pero estaba vaciado de fuerza.

Llegaron al mirador. La plaza estaba abarrotada, pero en un silencio sepulcral. Miles de personas miraban hacia la Alhambra, que se recortaba negra contra el cielo estrellado, con las luces apagadas por respeto al paso.

Desde el fondo de la Cuesta del Chapiz, subía el sonido ronco de los tambores de la Hermandad del Silencio. *Bum. Bum. Bum.* Un sonido que vibraba en el suelo.

Velasco empujó a Ricardo contra el muro bajo del mirador.

—Mira —le ordenó, señalando hacia abajo, hacia el Paseo de los Tristes, por donde la procesión empezaba a pasar.

Las velas de los nazarenos formaban un río de fuego. En medio, el Cristo. Una talla impresionante, muerta en la cruz, iluminada por cuatro hachones.

—Ahí abajo está tu padre —dijo Velasco al oído de Ricardo—. Va presidiendo el paso. Dándose golpes de pecho. Creyéndose perdonado.

Ricardo miraba la escena, hipnotizado.

—Y ahí abajo está la ciudad que crees que te pertenece —continuó

Velasco—. Esa gente... esa masa oscura... si supieran lo que hiciste, te despedazarían. No necesitarían un juez. Te arrastrarían por las calles como a un muñeco viejo.

—Por favor... —susurró Ricardo—. Déjame ir. Me iré de España. Tengo dinero en Suiza. Desapareceré. Nadie volverá a saber de mí.

—No puedes irte, Ricardo. Porque tengo tu pasaporte.

Ricardo le miró con confusión.

—¿Qué?

—Tu pasaporte es la lentejuela azul. Y el barro de tu coche. Y la declaración de Angustias. Y las fotos de Lucía.

Al mencionar a Lucía, Ricardo se derrumbó. Se agarró al muro para no caerse.

—¿Las tienes? —preguntó, con voz de ultratumba.

—Las tengo. Y mañana, antes de la comida de Pascua, se las enviaré a tu suegro. A menos que hagas lo correcto.

—¿Qué es lo correcto?

—Confesar. Entregarte. Exculpar a David. Y arrastrar a Helena contigo.

Ricardo negó con la cabeza, frenético.

—No puedo delatar a Helena. Ella... ella tiene pruebas contra mí de otras cosas. Cosas de la empresa. Si hablo, mi padre va a la cárcel también.

—Tu padre se lo ha buscado. Él pagó al Rubio para conseguirte la droga. Él mandó a su chófer a limpiar tus desastres. Es tan culpable como tú.

El sonido de los tambores se acercaba. La multitud en el mirador contenía la respiración. El aire estaba cargado de electricidad estática.

Velasco soltó a Ricardo. Se alejó un paso, dejándole espacio.

—Tienes una opción, Ricardo. Solo una. Mañana por la mañana, ven a la Jefatura. Pregunta por mí. Y cuéntalo todo. Si lo haces, te prometo que te mantendré alejado de los presos comunes. Te protegeré hasta el juicio. Pero si intentas huir, o si intentas hacerme daño a mí o a los míos... soltaré a los perros. Y las fotos de Lucía saldrán en la portada del *Ideal*.

Ricardo miró al vacío, hacia la Alhambra oscura. Parecía un espectro.

—Estoy muerto de todas formas —murmuró.

—Sí. Pero puedes elegir cómo te entierran. Como a un cobarde que dejó que un inocente pagara por él, o como a un hombre que asumió, por una vez en su vida, las consecuencias de sus actos.

La cabeza de procesión llegó a la altura del mirador, allá abajo en el río. Un saetero rompió el silencio con un grito desgarrador, un lamento gitano que hablaba de dolor y muerte.

"¡Ay, que se lleva la muerte / lo que más quiero yo...!"

La saeta pareció atravesar a Ricardo. Se cubrió la cara con las manos y soltó un aullido ahogado que se perdió en la noche.

Velasco le dio la espalda. Sabía que no iba a huir esa noche. Ricardo estaba paralizado. Estaba roto. El psicópata de diseño se había desmoronado ante la realidad de su propia monstruosidad reflejada en los ojos de un policía cansado.

—Te espero a las nueve, Ricardo. No llegues tarde.

Velasco se alejó, abriéndose paso entre la gente que escuchaba la saeta con lágrimas en los ojos. Dejó a Ricardo solo en el mirador, rodeado de belleza y oscuridad, enfrentándose al abismo que él mismo había cavado.

Bajó por las calles del Albaicín, sintiendo el cansancio en cada hueso. La tensión de la noche le había dejado agotado, pero también extrañamente limpio. Había visto el mal a los ojos y el mal había parpadeado.

Pero sabía que la partida no había terminado. Faltaba la reina. Helena.

Mientras bajaba la Cuesta de San Gregorio, una sombra se separó de un portal. Velasco, con los reflejos agudizados por la adrenalina, se llevó la mano a la sobaquera.

—Tranquilo, jefe. Soy yo.

Era Ramírez. Llevaba una gorra calada y una cazadora vaquera para pasar desapercibido.

—Joder, Ramírez. Casi te vuelas la cabeza tú solo. ¿Qué haces aquí?

—Le seguí. Tenía miedo de que hiciera una locura. He visto al pájaro. Está ahí arriba, llorando como una magdalena.

—Está cocido, Ramírez. Está a punto de caramelo.

—Jefe, hay algo que tiene que saber. Mientras usted jugaba al gato y al ratón, he recibido una llamada de la científica.

Velasco se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Han analizado la muestra de barro que trajo anoche. Del coche. Coincide al 99% con la tierra del lugar del crimen. Y la lentejuela... es del mismo polímero barato que las pulseras de la chica.

—Bien. Eso es el clavo final del ataúd.

—Hay más. Han encontrado algo más en el barro del pedal. Un pelo. Un pelo largo, negro, teñido.

Velasco frunció el ceño.

—Sandra tenía el pelo castaño natural.

—Exacto. Y Ricardo lo tiene corto.

Velasco miró a Ramírez, y la comprensión le golpeó como un puño.

—Helena.

—Helena tiene el pelo negro, jefe. Y largo.

—Entonces ella estaba allí. No se quedó en casa esperando. Fue con él. O condujo ella el coche.

La imagen de la noche del crimen se reconfiguró en la mente de Velasco. Ricardo no era el único ejecutor. Helena había estado en el escenario. Quizás ella había sujetado a Sandra. Quizás ella había dado la orden final.

—Ella conducía —dijo Velasco, visualizándolo—. Ricardo estaba demasiado nervioso para conducir un coche complicado por la carretera de la Zubia sin matarse. Ella condujo. Ella lo llevó allí. Ella supervisó la ejecución.

—Eso la convierte en coautora material, no solo en encubridora.

—Exacto. Y eso significa que es mucho más peligrosa de lo que pensábamos. Porque si Ricardo confiesa mañana, la arrastrará con él. Y ella lo sabe.

—¿Crees que intentará algo esta noche?

—Si Helena es tan lista como creo, ya estará moviendo ficha. Ricardo es un lastre para ella ahora. Un cabo suelto.

Velasco miró hacia arriba, hacia donde había dejado a Ricardo.

—Tenemos que volver.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque si Helena sabe que Ricardo está a punto de romperse, no va a esperar a que la policía lo detenga. Va a asegurarse de que no hable.

Nunca.

—¿Crees que va a matarlo?

—Creo que los accidentes ocurren, Ramírez. Y un suicidio por remordimiento en el mirador más romántico de España sería un final muy poético y muy conveniente para una viuda afligida.

Velasco y Ramírez dieron media vuelta y empezaron a correr cuesta arriba, apartando a nazarenos y turistas. El "Silencio" seguía pasando, indiferente, pero para Velasco, el silencio se había roto con el grito de una advertencia que llegaba tarde.

Llegaron al mirador jadeando. La multitud seguía allí, estática, mirando la Alhambra.

—¡Ricardo! —gritó Velasco, importándole un bledo el respeto a la procesión.

Escaneó el muro. El lugar donde había dejado a Ricardo estaba vacío.

—¡Mierda! —Velasco corrió hacia el borde. Miró hacia abajo, hacia el barranco lleno de chumberas y oscuridad. No había nadie.

—Jefe, allí —señaló Ramírez.

Por una callejuela lateral que bajaba hacia la Cuesta del Chapiz, vieron una figura tambaleante alejándose. Ricardo. Pero no iba solo. Dos hombres, vestidos de oscuro, lo llevaban agarrado por los brazos, casi en volandas. Parecía borracho, o drogado.

Y detrás de ellos, caminando con paso firme, una mujer con un abrigo largo y el pelo negro suelto.

—Helena —gruñó Velasco.

—Se lo llevan, jefe. Lo van a quitar de en medio.

—No en mi guardia. ¡Vamos!

Se lanzaron por el callejón. La persecución final había comenzado, y esta vez no era psicológica. Era física. Era una carrera contra la muerte por las calles empinadas del Albaicín, bajo la mirada impasible de la luna llena de Nisán.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Ramírez, sacando su arma.

La gente se apartó gritando. Los nazarenos rompieron filas. El caos se desató en la procesión.

Los hombres que llevaban a Ricardo aceleraron, arrastrándolo hacia un coche que esperaba con el motor en marcha en una plaza inferior.

Velasco corrió como no había corrido en veinte años, ignorando el dolor en el pecho, ignorando la lógica. Solo veía la melena negra de Helena y la cara de terror de Ricardo, que se giró un instante y miró a Velasco no como a un enemigo, sino como a su única esperanza de salvación.

—¡Ricardo, al suelo! —gritó Velasco.

Pero era tarde. Lo metieron en el coche a empujones. Helena subió detrás. El coche arrancó, chirriando ruedas sobre el empedrado, y desapareció calle abajo, llevándose al testigo, al asesino y a la verdad.

Velasco se detuvo, apoyando las manos en las rodillas, tratando de respirar. Ramírez llegó a su altura, pálido.

—Se nos han escapado, jefe.

Velasco se irguió. Miró hacia la nube de polvo que había dejado el coche.

—No se han escapado, Ramírez. Solo han cambiado de escenario.

—¿A dónde van?

—A donde todo empezó. O a donde todo termina. A la finca de la Zubia. O al Carmen.

Velasco sacó las llaves de su coche.

—Llama a todas las patrullas. Bloquead las salidas de la ciudad. Quiero ese coche. Y quiero a Helena. Esta noche se acaba la impunidad en Granada.

Mientras bajaban corriendo hacia donde habían dejado el coche policial, los tambores del "Silencio" seguían sonando, *bum, bum, bum*, marcando el ritmo de un corazón que se aceleraba hacia el infarto. La Semana Santa había terminado para Velasco; ahora empezaba el Juicio Final.

17

La luz de las tres de la tarde en Granada no ilumina; juzga.

El Viernes Santo había amanecido con una calima sucia, un polvo en suspensión traído del Sahara que teñía el cielo de un ocre enfermizo, convirtiendo la ciudad en un daguerrotipo sepia y antiguo. En el barrio del Realejo, la atmósfera era irrespirable, no solo por el calor inusual para un mes de abril, sino por la densidad humana que saturaba cada centímetro cúbico de aire.

El Campo del Príncipe, esa explanada rectangular que funcionaba como el pulmón y el corazón de la antigua judería, se había transformado en un escenario operístico de dolor contenido. Miles de personas se agolpaban alrededor del monumento al Cristo de los Favores, esa estatua de jaspe y alabastro que se alzaba en el centro como un pararrayos de las súplicas granadinas. Según la tradición, a las tres de la tarde, la hora nona en la que murió Jesús, el pueblo de Granada enmudecía para pedir tres gracias al Señor.

Carlos Velasco se abría paso entre la multitud compacta. El sudor le bajaba por la espalda, pegando la camisa a la piel bajo la gabardina que se negaba a quitarse, como si fuera su armadura contra la hipocresía reinante. La gente vestía de luto riguroso: los hombres con trajes oscuros y corbatas negras, las mujeres con mantilla y peineta, abanicándose con movimientos nerviosos. Olía a naftalina, a cera derretida, a flores marchitas y a ese efluvio humano, agrio y devoto, que desprenden las masas cuando buscan la redención.

—Permiso, por favor. Permiso —murmuraba Velasco, usando sus hombros para apartar a señoras que rezaban el rosario con los ojos cerrados.

Nadie le facilitaba el paso. En Granada, interrumpir la espera del "Acto de las Tres Horas" era una herejía mayor que el asesinato.

Velasco sabía que estaban allí. Tenían que estar. La familia Torres no podía permitirse el lujo de faltar. Su ausencia sería un titular más grande

que su presencia. Anselmo Torres, con su mentalidad de cacique del ladrillo, sabía que la apariencia de normalidad era el cemento que mantenía unido su imperio. Si faltaban al acto más sagrado de su propio barrio —el barrio de los "greñuos"—, los rumores se dispararían.

El comisario oteó el horizonte de cabezas. Al fondo, cerca de la estatua, había un área acordonada con vallas bajas y terciopelo granate, reservada para las autoridades, la hermandad y los benefactores. La zona VIP de la penitencia.

Y allí los vio.

Formaban un retablo viviente de la decadencia moral. Anselmo Torres estaba de pie, erguido como un general pasando revista a las tropas antes de la derrota, con el rostro pétreo y unas gafas de sol oscuras que ocultaban sus ojos de tiburón. A su lado, Helena. Iba de negro absoluto, con una mantilla de encaje que caía sobre sus hombros como una cascada de sombras. Parecía una viuda negra antes del funeral, hermosa y letal, sosteniendo un devocionario con sus manos enguantadas.

Y en medio de ellos, sostenido apenas por la gravedad y el miedo, estaba Ricardo.

Ricardo Torres Quesada ya no era el playboy arrogante de los reservados de Pedro Antonio. Parecía un espectro. Su piel tenía el color de la cera virgen, sudaba profusamente y sus ojos se movían de un lado a otro con el ritmo frenético de un animal atrapado en una jaula de cristal. Helena le agarraba del brazo, no con cariño, sino con la presión de una tenaza, manteniéndolo en pie, obligándole a interpretar el papel de heredero afligido pero digno.

Velasco sintió una punzada de satisfacción fría. Habían caído en la trampa de su propia vanidad. Podrían haber huido la noche anterior, podrían haber cogido un avión privado a Marbella o a Tánger, pero la soberbia de Anselmo y la frialdad calculadora de Helena les habían obligado a quedarse, a "dar la cara", convencidos de que su dinero y su influencia eran un escudo impenetrable incluso contra la verdad.

Ramírez apareció al lado de Velasco, surgiendo de la masa como un buzo

que sale a la superficie. Iba de paisano, sudando a mares.

—Están todos, jefe. Y los López de la Serna también. He visto al padre de Clara en la segunda fila.

—Perfecto —dijo Velasco, sin dejar de mirar a su presa—. Es el público ideal para el último acto.

—Faltan diez minutos para las tres. Cuando suene el cornetín, esto se convertirá en una tumba. No podremos movernos.

—No vamos a movernos nosotros, Ramírez. Vamos a hacer que se muevan ellos. ¿Tienes a los agentes posicionados en las salidas de la plaza?

—Sí. Cuatro en la Cuesta del Realejo, dos en la calle Molinos y un coche patrulla camuflado en el Campo del Príncipe, detrás del quiosco. No tienen escapatoria.

—Bien. Vamos a acercarnos. Quiero verles el blanco de los ojos cuando se den cuenta de que Dios no va a bajar a salvarles.

Velasco y Ramírez avanzaron, aprovechando un hueco que se abrió cuando una mujer se desmayó por el calor y la gente se apartó para abanicarla. Llegaron hasta la valla de terciopelo. Estaban a escasos cinco metros de la familia Torres.

Ricardo fue el primero en verle.

Sus ojos se encontraron con los de Velasco y el chico dejó de respirar. Fue un momento de conexión absoluta, íntima. Ricardo vio en la cara del comisario no solo la ley, sino el final de la carretera. Vio la lentejuela azul, vio el barro del río, vio las fotos de Lucía.

Ricardo dio un paso atrás, tropezando. Helena le clavó las uñas en el bíceps y le susurró algo al oído, una orden sibilina para que mantuviera la compostura. Pero el dique se había roto.

Velasco saltó la valla pequeña. Un murmullo de indignación recorrió las

primeras filas de los fieles. Un guardia de seguridad privada, un tipo ancho con un auricular en la oreja, intentó interceptarlo.

—¡Alto ahí! No puede pasar.

Velasco sacó su placa y se la puso en la cara al gorila.

—Policía Nacional. Apártese o le detengo por obstrucción a la justicia en una investigación de asesinato.

La palabra "asesinato" flotó en el aire caliente, densa y pegajosa. El guardia dudó. Anselmo Torres se giró, alertado por el alboroto. Al ver a Velasco, su rostro se contrajo en una mueca de odio puro.

—¡Esto es un ultraje! —bramó Anselmo, olvidando el decoro religioso—. ¡Estamos en un acto sagrado! ¡Llamaré al Gobernador!

—Llame a quien quiera, Torres. Pero dígale que venga con un buen abogado penalista.

Velasco caminó hasta quedar frente a ellos. La gente alrededor empezó a callar, no por devoción, sino por esa curiosidad morbosa que es más fuerte que la fe. Se formó un círculo de silencio dentro del bullicio de la plaza, un ojo del huracán donde solo existían el policía y los asesinos.

—Se acabó, Ricardo —dijo Velasco. Su voz era tranquila, casi suave, contrastando con la violencia del momento—. No hay más huidas por el Albaicín. No hay más coches negros ni mentiras quemadas en la chimenea.

Helena dio un paso adelante, interponiéndose entre Velasco y Ricardo. Su máscara de perfección estaba intacta, pero sus ojos verdes destilaban veneno.

—Comisario Velasco. Está usted haciendo el ridículo. Y está molestando. Le sugiero que se vaya antes de que mi suegro haga esa llamada y usted termine patrullando un vertedero.

—Tengo algo para usted, Helena. Y para su futuro suegro. Y, sobre todo, para el padre de la novia ausente.

Velasco metió la mano en el bolsillo interior de la gabardina. Anselmo se tensó, temiendo un arma. Pero Velasco sacó el sobre manila. El sobre con las copias de las fotos de la "colección privada" de Ricardo.

—¿Sabe lo que hay aquí, Don Anselmo? —preguntó Velasco, levantando el sobre—. Aquí está la razón por la que Sandra tenía que morir. No por el embarazo. Eso se arregla con dinero, ¿verdad? Sandra murió porque vio esto. Vio lo que su hijo le hizo a Lucía López de la Serna hace cinco años.

Al oír el nombre de Lucía, Anselmo palideció. Miró rápidamente hacia donde estaba el padre de Clara y Lucía, un hombre severo de bigote gris que observaba la escena con ceño fruncido a unos metros de distancia.

—Cállese —siseó Anselmo—. No sabe lo que dice.

—Lo sé perfectamente. Y tengo las fotos. Las fotos que su hijo guardaba como trofeos en el torreón. Las fotos que demuestran que Ricardo es un depredador que se alimenta de su propia familia política.

Ricardo soltó un gemido agudo, un sonido de animal herido. Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Yo no quería! —gritó Ricardo, rompiendo el protocolo, rompiendo el silencio, rompiendo su vida—. ¡Ella me obligó! ¡Ella dijo que era la única manera!

Helena se giró y le soltó una bofetada a Ricardo, un sonido seco que resonó en toda la plaza.

—¡Cállate, imbécil!

—¡No me callo! —Ricardo, histérico, con los ojos llenos de lágrimas y locura, señaló a Helena con un dedo tembloroso—. ¡Tú conducías! ¡Tú llevabas el Triumph! ¡Tú me dijiste que cogiera la piedra! Yo no podía... yo estaba llorando... ¡Tú la remataste, Helena! ¡Tú la golpeaste cuando yo no pude seguir!

El tiempo se detuvo.

Las palabras de Ricardo quedaron suspendidas en el aire caliente del Campo del Príncipe. La acusación fue tan brutal, tan directa, que nadie se atrevió a respirar.

Helena se quedó inmóvil, con la mano aún levantada tras la bofetada. Su rostro perfecto se descompuso lentamente, como un edificio demolido a cámara lenta. La frialdad dio paso al terror. Se dio cuenta de que el eslabón débil se había roto y que la cadena la estaba arrastrando al fondo.

Anselmo Torres miraba a su hijo con horror, no por el crimen, sino por la confesión pública. Su imperio se desmoronaba ante sus ojos, no por un error financiero, sino por la debilidad de su sangre.

En ese instante preciso, el reloj de la iglesia marcó las tres en punto.

Un cornetín rompió el aire con un toque de silencio, agudo y melancólico. *Tiiiii-ri-ti-tíiiii...*

La multitud, condicionada por siglos de tradición, calló. Miles de personas bajaron la cabeza. El silencio del Campo del Príncipe, famoso en toda España, cayó sobre la plaza como una losa de plomo.

Pero en el centro del círculo, el silencio no era de rezo. Era de juicio.

Velasco aprovechó la parálisis general. Hizo una señal a Ramírez.

—Deténgalos. A los dos.

Ramírez y dos agentes uniformados saltaron la valla. Esposaron a Ricardo, que se dejó hacer, sollozando, derrumbado sobre sus rodillas en el suelo de piedra, manchando su traje caro de polvo.

Helena intentó resistirse. Se revolvió con la furia de una gata salvaje.

—¡No me toquen! ¡Saben quién es mi padre! ¡Esto es un error! ¡Ricardo miente! ¡Es un drogadicto!

—Guarde sus explicaciones para el juez, Helena —dijo Velasco,

acercándose a ella. Le quitó el bolso de marca que llevaba colgado del hombro—. Y esto... esto es evidencia.

Helena le miró con un odio tan puro que Velasco sintió frío a pesar del calor.

—Te voy a destruir, Velasco. Voy a hacer que te arrepientas de haber nacido.

—Llegas tarde, bonita. Ya me arrepiento la mayoría de los días. Pero hoy no. Hoy voy a dormir como un bebé.

Los agentes se llevaron a la pareja. La imagen era dantesca: el heredero llorando y la novia perfecta gritando insultos, arrastrados fuera de la zona VIP mientras la multitud, que debía estar rezando al Cristo de los Favores por la salvación de sus almas, estiraba el cuello para ver la caída de los dioses.

Anselmo Torres se quedó solo en el centro del círculo. Miró a Velasco. Ya no había arrogancia en su mirada. Solo había la comprensión de que había perdido. El padre de Clara López de la Serna se acercó a él, le miró con desprecio infinito, escupió al suelo a los pies de Anselmo y se dio la media vuelta, llevándose a su familia. La fusión empresarial había muerto antes de nacer.

—¿Está contento, comisario? —preguntó Anselmo, con voz de ceniza.

—No, Torres. No estoy contento. Una chica está muerta. Otra está encerrada en un psiquiátrico en Suiza por culpa de su hijo. Y David, un chaval inocente, ha pasado tres noches en el infierno. No hay alegría en esto. Solo limpieza.

—Ha destruido mi familia.

—Su familia se destruyó sola el día que pensaron que las personas eran desechables. Yo solo he sacado la basura.

Velasco se dio la vuelta. El silencio de las tres de la tarde seguía vigente, pero ahora tenía una cualidad diferente. Ya no era un silencio religioso; era

el silencio atónito de una ciudad que acababa de ver sus propias vergüenzas expuestas al sol.

El comisario caminó hacia la salida de la plaza, abriéndose paso entre la gente que se apartaba con respeto y temor. Se sentía agotado, vacío. La adrenalina de la caza se estaba disipando, dejando paso al dolor de los golpes recibidos y a la certeza de que, aunque había ganado la batalla, la guerra contra la corrupción de Granada era eterna.

Al llegar a la esquina con la calle Molinos, miró atrás una última vez. La estatua del Cristo de los Favores seguía allí, inmutable, con sus brazos de piedra extendidos hacia el cielo, ignorando las miserias de los hombres que se arrastraban a sus pies.

—Favores concedidos —murmuró Velasco.

Sacó un cigarrillo, pero no lo encendió. Recordó la amenaza a su hija. Recordó la abolladura en el coche de Manolo. Aún quedaba trabajo. Anselmo Torres no iría a la cárcel hoy, pero su reputación estaba muerta. Y Velasco se encargaría de que la investigación sobre la participación del padre y del chófer no se cerrara nunca.

Caminó calle abajo, alejándose del centro de la tormenta. Necesitaba llamar a Paco Méndez. Necesitaba decirle que el monstruo estaba enjaulado. Y necesitaba ir al *Liberry*. Necesitaba un whisky doble y el silencio comprensivo de Manuel.

Mientras bajaba por la Cuesta del Realejo, las campanas de las iglesias de Granada empezaron a repicar, rompiendo el silencio de las tres horas. Pero para Velasco, el único sonido que importaba era el clic metálico de las esposas cerrándose sobre las muñecas de Ricardo Torres.

La justicia, pensó, no es ciega. Simplemente a veces tarda en enfocar. Pero cuando lo hace, quema.

Velasco llegó a la Plaza de la Trinidad media hora después. El *Liberry* estaba abierto, a pesar de ser Viernes Santo. Manuel no cerraba por

religión; cerraba por agotamiento, y hoy no era el día.

Bajó las escaleras. El local estaba casi vacío. Manuel estaba limpiando la barra, como siempre, el eterno Sísifo de la hostelería.

Al ver entrar a Velasco, Manuel dejó el trapo. No hizo falta decir nada. La cara del comisario, una mezcla de triunfo y devastación, lo decía todo.

—¿Lo tienes? —preguntó Manuel.

—Los tengo. A los dos. Ricardo cantó la Traviata delante de todo el Campo del Príncipe. Acusó a Helena de conducir el coche y de rematar a Sandra. Se han matado entre ellos.

Manuel soltó un suspiro largo y sirvió el whisky.

—Por Sandra —dijo, levantando una taza de café.

—Por Sandra —respondió Velasco, levantando el vaso.

Bebieron en silencio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Manuel.

—Ahora viene lo difícil. El juicio. Los abogados caros. Las presiones. Intentarán alegar locura transitoria para Ricardo. Intentarán que Helena salga bajo fianza. Pero tengo las pruebas físicas. Y tengo a la opinión pública. No pueden tapar esto.

—Has encendido una hoguera muy grande, Carlos. Ten cuidado de no quemarte.

—Ya estoy quemado, Manuel. Soy un policía que ha detenido al hijo del dueño de la ciudad. Mi carrera en Granada está acabada. Me mandarán a un archivo en Soria o me jubilarán anticipadamente.

—¿Te importa?

Velasco miró el líquido ámbar en su vaso.

—No. La verdad es que no. He hecho lo que tenía que hacer. He limpiado un poco de mierda de las calles. Y he salvado a David.

—¿Saldrá libre?

—He llamado al juez de guardia desde el coche patrulla. Con la confesión de Ricardo y las pruebas del coche, David debería estar en la calle esta misma noche. Destrozado, sí, pero libre.

—Le diré que venga. Le daré de comer.

—Hazlo. Lo necesita.

Velasco se terminó la copa. Se sentía extrañamente ligero. Había cumplido su promesa a los padres de Sandra. Había vengado a la chica que quiso volar demasiado alto.

—Me voy a casa, Manuel. Necesito dormir tres días seguidos.

—Descansa, guerrero. Te lo has ganado.

Velasco subió las escaleras del pub. Al salir a la calle, el sol de la tarde seguía brillando, indiferente al drama humano. La ciudad seguía su ritmo de procesiones y penitencia.

Pero algo había cambiado. Una grieta se había abierto en la fachada perfecta de Granada. Y a través de esa grieta, por fin, entraba un poco de luz de verdad.

Velasco se abrochó la gabardina y se perdió en la multitud, un hombre solo en una ciudad de fantasmas, con la satisfacción tranquila del deber cumplido y la certeza de que, aunque el mal nunca duerme, hoy, al menos, había perdido una batalla.

18

La sala de interrogatorios número 3 de la Jefatura Superior de Policía, en la Plaza de los Campos, no tenía ventanas. Era un cubo de hormigón pintado de un verde institucional descascarillado, iluminado por un tubo fluorescente que parpadeaba con un zumbido de insecto moribundo. El aire allí dentro estaba viciado, estancado, cargado con el sudor rancio de mil delincuentes anteriores y el humo de tabaco negro que se había adherido a las paredes como una segunda piel.

El comisario entró con dos cafés de máquina en vasos de plástico que quemaban las manos. Cerró la puerta tras de sí con un chasquido metálico que sonó definitivo.

Ricardo Torres Quesada estaba sentado al otro lado de la mesa de metal atornillada al suelo. Ya no quedaba rastro del joven histérico que había gritado en el Campo del Príncipe hacía apenas una hora. La crisis nerviosa, el llanto público y la humillación de ser arrastrado ante la "gente bien" de Granada habían dado paso a algo mucho más inquietante: una calma gélida, una quietud de reptil que toma el sol sobre una piedra.

Le habían quitado la corbata y los cordones de los zapatos por protocolo antisuicidio, y su traje italiano de trescientas mil pesetas estaba manchado de polvo y arrugado. Pero Ricardo había recuperado algo de su arrogancia genética. Estaba recostado en la silla, con las piernas estiradas, observando a Velasco con una curiosidad desapegada, como si el comisario fuera un camarero que se hubiera demorado demasiado con la cuenta.

Velasco dejó uno de los cafés frente a Ricardo y se sentó.

—Tu abogado está en camino, Ricardo. El señor Castillo. Pero parece que el tráfico de Viernes Santo está imposible. Podría tardar horas.

Ricardo miró el café con desagrado, como si fuera veneno.

—No necesito a Castillo —dijo. Su voz era plana, monocorde, desprovista de la vibración emocional que había mostrado en la plaza—. Castillo es un empleado de mi padre. Y mi padre... mi padre ya ha tomado su decisión,

¿verdad? Lo vi en sus ojos en el Campo del Príncipe. Me ha amortizado. Soy un activo tóxico.

Velasco encendió un cigarrillo y ofreció el paquete. Ricardo negó con la cabeza.

—Tu padre está intentando salvar los muebles, Ricardo. La empresa. El apellido. Tú eres el daño colateral. Pero no estamos aquí para hablar de Anselmo. Estamos aquí para hablar de Sandra.

Al oír el nombre, Ricardo no se estremeció. Ni siquiera parpadeó. Soltó un suspiro largo, de aburrimiento más que de pesar.

—Sandra —repitió, paladeando el nombre con una mezcla de nostalgia y desprecio—. La pobre Sandra. Siempre quiso ser protagonista. Y al final lo ha conseguido, ¿no? Portada de los periódicos. La mártir de la clase obrera.

—No es una mártir, Ricardo. Es una víctima. Y tú eres su verdugo. Ya lo dijiste en la plaza. "Yo no quería, ella me obligó". Te referías a Helena.

Ricardo sonrió. Fue una sonrisa fina, cortante como el papel.

—Helena... Helena es pragmática. Es lo que me gusta de ella. Lo que me gustaba. Pero no se equivoque, comisario. Helena no me puso la piedra en la mano. Helena condujo el coche, sí. Helena vigiló. Pero la decisión... la decisión fue lógica. Inevitable.

Velasco sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Lógica? Explícame esa lógica, Ricardo. Explícame la lógica de reventarle la cabeza a una chica de veintidós años que llevaba a tu hijo en el vientre.

Ricardo se encogió de hombros, un gesto elegante que parecía fuera de lugar en aquella sala de tortura psicológica.

—No era un hijo, comisario. Era un tumor. —Lo dijo con la misma

naturalidad con la que alguien comenta el tiempo—. Un crecimiento no deseado que amenazaba la salud del organismo principal. El organismo principal soy yo. Es mi familia. Es el futuro que estaba trazado desde antes de que yo naciera.

—Ella te quería —dijo Velasco, intentando provocar alguna reacción humana.

—Ella quería lo que yo representaba. Sandra era una turista en mi vida. Al principio era divertido. Tenía esa... autenticidad rústica. Olía a jabón barato y a ambición. Era lista, aprendía rápido. Me gustaba enseñarle cosas: qué vino pedir, cómo coger los cubiertos, de quién reírse en las fiestas. Era mi Pigmalión particular.

—Pero la estatua cobró vida y empezó a hacer preguntas.

—Empezó a creerse que tenía derechos —corrigió Ricardo, con un tono de ofensa genuina—. Empezó a olvidar que estaba allí por invitación, no por mérito. Se volvió... pegajosa. Y luego, peligrosa.

Ricardo se inclinó hacia adelante, bajando la voz, como si fuera a compartir un secreto de estado.

—Usted es un hombre de mundo, Velasco. Aunque sea un policía mal pagado, sabe cómo funciona esto. Hay reglas. Las clases sociales no son un capricho; son muros de contención. Sandra saltó el muro. Y no solo eso. Se puso a escarbar en los cimientos. Lo de los materiales del Zaidín, los sobornos... eso era molesto, pero gestionable. Mi padre ha lidiado con chantajistas peores. Pero lo de Lucía...

Velasco asintió lentamente.

—Las fotos.

—Las fotos —confirmó Ricardo, sin un ápice de vergüenza—. Sandra entró en mi santuario. Violó mi intimidad. Cogió algo que no era suyo y amenazó con usarlo para destruir una alianza sagrada entre dos familias. Eso no es chantaje, comisario. Eso es terrorismo doméstico.

—Lo que le hiciste a Lucía... violarla, drogarla, destrozarle la mente... ¿eso cómo lo llamas? ¿Travesura?

Ricardo hizo un gesto de desdén con la mano.

—Lucía era débil. Frágil. Se rompió porque no estaba hecha para la realidad. Yo solo... experimenté. Exploré límites. Ella estaba allí, disponible. Fue un momento. Pero Sandra... Sandra quería convertir ese momento en una bomba nuclear. Quería volar por los aires mi boda con Clara. Quería sentarse a la mesa de los mayores con las manos sucias de tierra.

Velasco apagó el cigarrillo con fuerza. La frialdad del chico era nauseabunda. No había locura en sus ojos; había una racionalidad perversa, la certeza absoluta de que él y los suyos estaban por encima de la moral común.

—Cuéntame la noche del martes, Ricardo. Quiero los detalles. Para el juez.

Ricardo se reclinó de nuevo, cruzando las manos sobre el estómago. Parecía relajado, como si estuviera contando una anécdota de un viaje de esquí.

—Fue necesario. Eso es lo primero que tiene que entender. No hubo pasión. No hubo odio. Fue... saneamiento.

—Saneamiento —repitió Velasco, incrédulo.

—Helena lo vio claro desde el principio. Cuando Sandra me dijo lo del embarazo y me enseñó las copias de las fotos, yo entré en pánico. Lo admito. Soy emocional. Pero Helena... Helena es acero. Ella dijo: "Tenemos un problema de plagas, Ricky. Y las plagas se exterminan antes de que se extiendan".

—Así que planearon la cita.

—Sí. La llamé. Le dije que aceptaba sus condiciones. Que le daría el dinero y que reconocería al niño en privado. La cité en el Kiosco de Las

Titas. Un lugar público, pero oscuro a esas horas. Romántico, ¿no cree?

—¿Y luego?

—Helena condujo el Triumph. Lo sacamos del garaje con el motor apagado, empujándolo hasta la calle para que Angustias no oyera nada, aunque esa vieja lo oye todo. Fuimos a la Zubia primero, a la casa de campo, a por... herramientas. Pero al final no hicieron falta.

—¿Por qué?

—Porque llegamos al Salón. Aparcamos cerca, en la zona de los Basilios. Sandra estaba allí, esperándome. Llevaba esa ropa ridícula, mezclando marcas caras con bisutería de plástico. Quería parecer una señora, pero en el fondo seguía siendo una campesina disfrazada. Me acerqué a ella. Helena se quedó en el coche, vigilando.

Ricardo hizo una pausa. Miró sus manos, limpias, manicuradas.

—Sandra estaba contenta. Se creía que había ganado. Me sonrió. Me dijo: "Sabía que harías lo correcto, Ricardo". Me dio asco. Ese triunfo en sus ojos... esa insolencia. Le dije que fuéramos a caminar hacia el río, para hablar tranquilos. Ella me siguió, dócil. Confiada.

—La niebla estaba baja. Hacía frío. Le dije que no tenía el dinero allí. Que tenía que venir conmigo al coche. Ella se negó. Se puso suspicaz. Empezó a levantar la voz. Dijo que si no le daba el dinero y firmaba un papel allí mismo, iría a casa de Clara.

Ricardo suspiró, como si recordara una tarea tediosa.

—Se puso histérica. Empezó a gritarme. A decirme que yo era un monstruo, que mi hijo no merecía un padre así. Me agarró de las solapas. Me manchó la chaqueta. Y entonces... entonces simplemente supe que tenía que parar el ruido.

—¿La golpeaste?

—La empujé. Cayó al suelo. Había barro. Se le manchó la blusa de seda.

Empezó a chillar más fuerte. Y yo... vi una piedra. Una piedra de río, grande, redonda, suave por el agua. Estaba allí, a mis pies. Fue instintivo, comisario. Como cuando ves una cucaracha en la cocina y coges la zapatilla. No piensas "voy a matar un ser vivo". Piensas "tengo que eliminar esto".

Velasco apretó los puños bajo la mesa.

—La golpeaste en la cabeza.

—Una vez. Se quedó quieta. Pero hacía ruidos. Gorgoteos. Molestos. Helena bajó del coche. Se acercó. Me vio con la piedra en la mano. Yo estaba temblando. Ella me la quitó. Me dijo: "Si haces algo, hazlo bien, Ricky. No dejes el trabajo a medias".

—¿Helena la remató?

Ricardo negó con la cabeza, con una sonrisa triste.

—No. Helena me devolvió la piedra. Me puso la mano sobre la mía y guio el golpe. Como cuando un padre enseña a su hijo a cortar el filete. "Hazlo", me dijo. Y lo hice. Una, dos, tres veces. Hasta que dejó de hacer ruidos. Hasta que dejó de ser un problema y se convirtió solo en un bulto.

El silencio en la sala era sepulcral. El zumbido del fluorescente parecía un grito.

—¿Y la violación? —preguntó Velasco, con la bilis en la garganta—. ¿Por qué?

Ricardo pareció confundido por un momento.

—Ah, eso. No fue sexo, comisario. Ya se lo he dicho. Fue... una puesta en escena. Helena dijo que tenía que parecer un ataque de un yonqui, de un loco. Teníamos que desviar la atención. Me dijo que le rasgara la ropa. Que lo hiciera parecer sucio.

—Pero hubo penetración.

—Con un palo. Una rama que había allí. Yo no la toqué... de esa manera. Me daba asco. Estaba sucia, llena de barro y sangre. Fue... desagradable. Pero necesario. Helena dijo que la policía buscaría a un depredador sexual, no a un heredero. Y tenía razón, ¿verdad? Fueron a por el músico enseguida. El plan era perfecto.

Velasco se levantó bruscamente. La silla cayó hacia atrás con estrépito. Necesitaba aire. Necesitaba salir de allí antes de cruzar la mesa y estrangular a aquel ser con sus propias manos.

—No hay plan perfecto cuando el arquitecto es un psicópata y el albañil un cobarde, Ricardo.

Ricardo le miró desde abajo, sin miedo.

—¿Sabe lo que pienso, comisario? Que usted está enfadado porque en el fondo sabe que tengo razón. Sandra no encajaba. Era una pieza defectuosa en la maquinaria de esta ciudad. Yo solo he corregido el error. Mi padre... mi padre lo entenderá. Cuando se le pase el enfado por la escena de la plaza, moverá hilos. Me mandarán a una clínica. Unos años de reposo. "Trastorno transitorio". "Presión indebida". Y luego volveré. Y Granada seguirá siendo nuestra.

Velasco se inclinó sobre él, apoyando las manos en la mesa, cara a cara con el asesino.

—Te equivocas, Ricky. Tu padre no va a mover ni un dedo. Tu padre está ocupado intentando que el fiscal no le impute por encubrimiento y colaboración necesaria. Tu padre te ha repudiado. Y Helena... Helena está en la sala de al lado, cantando para salvar su propio pellejo. Te está echando toda la culpa. Dice que ella intentó pararte. Que tú estabas loco por la cocaína.

La máscara de frialdad de Ricardo vaciló.

—Miente. Ella lo planeó.

—Lo sé. Y lo demostraré. Pero tú vas a caer primero. Y no vas a ir a una clínica privada con vistas al lago. Vas a ir a la cárcel de Albolote. Y allí,

Ricardo, los apellidos compuestos no sirven de nada. Allí vas a ser tú la mascota exótica.

Ricardo tragó saliva. Por primera vez, la realidad de su futuro pareció penetrar en su burbuja de delirio.

—Tengo dinero... —susurró.

—El dinero no compra el respeto en el patio, chaval.

Velasco recogió su paquete de tabaco.

—He terminado contigo. Voy a redactar tu confesión. Y vas a firmarla. Y luego voy a llamar a Paco Méndez para decirle que el hombre que mató a su hija va a pasar el resto de su miserable vida entre rejas.

Se dirigió a la puerta.

—Comisario —llamó Ricardo.

Velasco se detuvo, con la mano en el pomo.

—¿Sí?

—¿Cree que... cree que Clara vendrá a visitarme?

Velasco se giró y le miró con una mezcla de lástima y asco infinito.

—Clara está ocupada buscando un buen psiquiatra para olvidar que estuvo a punto de casarse con el diablo. Estás solo, Ricardo. Completamente solo.

Velasco salió de la sala. El aire del pasillo le pareció de repente el más puro del mundo, a pesar del olor a lejía. Se apoyó en la pared, respirando hondo.

Ramírez estaba allí, esperándole con una carpeta.

—¿Lo tienes, jefe?

—Lo tengo todo, Ramírez. Ha confesado. Con una frialdad que helaría el infierno. Dice que fue "saneamiento". Que Sandra era una plaga.

Ramírez negó con la cabeza, disgustado.

—¿Y Helena?

—Helena es la siguiente. Ricardo dice que ella dirigió la operación. Que ella le dio la piedra. Que ella orquestó la escena de la violación para despistarnos.

—Tengo a Helena en la sala 2. Está con su abogado. Exige hablar con el juez. Dice que ha sido secuestrada por un loco.

Velasco se arregló la corbata y se alisó la camisa.

—Pues vamos a ver qué opina el juez cuando escuche la cinta de casete y lea la confesión de su prometido. Helena se cree muy lista, pero se le ha olvidado una cosa: en el crimen, como en el amor, cuando se rompe la confianza, se rompe todo.

—Jefe... —Ramírez le detuvo un momento—. Buen trabajo. De verdad. Nadie creía que pudieras tocar a los Torres.

—No los he tocado yo, Ramírez. Se han tocado ellos solos. Se han creído impunes durante tanto tiempo que se olvidaron de que la gravedad existe. Y cuando caes desde tan alto, el golpe es mortal.

Velasco caminó hacia la sala 2. La confesión de Ricardo era la llave. Ahora iba a usarla para cerrar la puerta sobre Helena y tirar la llave al río Genil.

Mientras abría la puerta de la segunda sala de interrogatorios, el pensó en Sandra. En su ambición, en su error, en su muerte trágica. No podía devolverle la vida, pero al menos, había conseguido que su nombre no fuera olvidado como el de una víctima más de la droga. Hoy, Sandra Méndez no era la chica del Salón; era la chica que derribó a los gigantes.

Velasco entró. Helena le miró con sus ojos verdes, afilados como

cuchillos.

—Buenas tardes, Helena —dijo Velasco, sentándose—. Tu novio acaba de contarnos una historia fascinante sobre piedras de río y limpieza doméstica. Ahora es tu turno. Y te aviso: el papel de víctima no te pega nada.

La cacería había terminado. Ahora empezaba la limpieza. Y Velasco, el barrendero de la moral de Granada, tenía la escoba lista.

19

La Jefatura Superior de Policía de la Plaza de los Campos nunca había olido tanto a dinero.

Habitualmente, el aire en la comisaría era una mezcla democrática y rancia de sudor de delincuente común, tabaco negro, lejía institucional y ese aroma que desprende la burocracia cuando se atasca. Pero a las seis de la tarde de aquel Viernes Santo, el vestíbulo se había transformado. Olía a cuero italiano curtido a mano, a lociones de afeitado importadas de Londres y a la soberbia almidonada de quien cobra por minutos lo que un inspector gana en un mes.

El comisario Velasco salió de la sala de interrogatorios con la confesión de Ricardo aún caliente en las manos y la camisa pegada a la espalda por el sudor frío de la tensión. Se sentía vacío, como un odre viejo al que le han sacado todo el vino, pero también extrañamente limpio. Había mirado al abismo y el abismo había parpadeado primero.

Sin embargo, al cruzar el umbral hacia la zona común, se encontró con que el enemigo no se había rendido; simplemente había cambiado de infantería.

La "Legión Cóndor" de la abogacía granadina había desembarcado.

Evaristo Castillo encabezaba la comitiva. No venía solo. Le flanqueaban tres asociados junior, clones perfectos con trajes de tres piezas y maletines de piel de becerro, que se movían a su alrededor con la sincronización de un banco de peces piloto protegiendo al tiburón blanco. Detrás de ellos, sentado en el banco de madera donde horas antes habían llorado los padres de Sandra, estaba Anselmo Torres. El patriarca no estaba esposado. Ni siquiera parecía detenido. Estaba sentado con la espalda recta, las manos apoyadas sobre un bastón con empuñadura de plata, mirando a la pared con la fijeza de una gárgola que espera pacientemente a que pase la tormenta para seguir escupiendo agua sucia.

—Comisario Velasco —dijo Castillo. Su voz resonó en el vestíbulo con una acústica de catedral. No era un saludo; era una notificación de

desahucio—. Veo que ha estado entretenido violando los derechos constitucionales de mi cliente.

Velasco se detuvo, encendiendo un cigarrillo con deliberada lentitud. Sabía que fumar allí estaba técnicamente prohibido, pero en ese momento las normas le parecían tan flexibles como la moral de los hombres que tenía delante.

—Abogado. Llega tarde. La función ha terminado. El tenor ha cantado el do de pecho y el público ya se ha ido a casa.

Castillo avanzó un paso, invadiendo el espacio personal de Velasco con una sonrisa que no mostraba alegría, sino dientes.

—La función no termina hasta que baja el telón, comisario. Y usted acaba de intentar representar una obra sin director, sin guion y, lo más importante, sin permiso de la censura. Exijo ver a mi cliente, Ricardo Torres Quesada, inmediatamente. Y exijo saber bajo qué cargos y con qué garantías ha sido interrogado sin la presencia de su letrado.

—Su cliente renunció a su derecho a abogado al principio del interrogatorio. Dijo que no lo necesitaba. Dijo que quería "limpiar su conciencia". Está todo grabado.

—¿Renunció? —Castillo soltó una carcajada seca, teatral—. Un hombre joven, bajo una presión extrema, sacado a la fuerza de un acto religioso, humillado públicamente ante media Granada, ¿y usted pretende que crea que su renuncia fue voluntaria? Eso se llama coacción, Velasco. Se llama intimidación policial. Y en el juzgado de instrucción tiene un nombre muy feo: nulidad.

Velasco sintió cómo se le tensaban los músculos del cuello. Sabía que esto pasaría. Sabía que la verdad jurídica y la verdad real eran dos líneas paralelas que rara vez se tocaban en Granada.

—Ricardo ha confesado el asesinato de Sandra Méndez. Con detalles que solo el asesino podía saber. Ha confesado que la golpeó con una piedra del río. Ha confesado la participación de Helena. Y ha confesado el móvil.

Castillo no se inmutó. Se giró hacia uno de sus acólitos y chasqueó los dedos. El joven le pasó un documento.

—Mire, comisario. Esto es un *habeas corpus*. El juez de guardia, el Ilustrísimo Señor Don Fausto Méndez —un viejo conocido de las cacerías de los Torres, pensó Velasco con amargura—, ha ordenado que se ponga al detenido a disposición judicial de inmediato. Se acabó el jugar a polis y cacos en su sótano.

—El detenido pasará a disposición judicial cuando hayamos terminado las diligencias.

—Las diligencias han terminado en el momento en que usted ha extorsionado una confesión a un hombre mentalmente inestable.

Anselmo Torres se levantó del banco. El sonido de su bastón golpeando el suelo de terrazo fue como un disparo. Caminó hacia ellos. A pesar de la derrota en el Campo del Príncipe, a pesar de la vergüenza pública, Anselmo conservaba esa autoridad granítica de quien ha construido los cimientos de la ciudad.

—Basta de charla, Evaristo —gruñó Anselmo. Su voz era grave, rota por el tabaco y la ira contenida—. Saca a mi hijo de ahí. Y encárgate de que este... individuo... no se acerque a él nunca más.

Velasco miró a Anselmo a los ojos.

—Su hijo no va a salir por la puerta principal, Don Anselmo. Va a salir en un furgón hacia la prisión de Albolote. Y usted debería tener cuidado. Mi investigación sobre la autoría intelectual y el encubrimiento sigue abierta. El BMW negro con la aleta abollada sigue siendo una prueba.

Anselmo le sostuvo la mirada. Por un instante, Velasco vio el miedo detrás de la máscara de poder. Pero fue fugaz.

—Usted no tiene nada, Velasco. Solo humo y espejos. Mi hijo está enfermo. Ha sufrido una crisis nerviosa. Lo que haya dicho ahí dentro es fruto del delirio y de la presión de un fanático. Los médicos lo certificarán.

—¿Médicos? —Velasco rió con incredulidad—. ¿Ya tienen el diagnóstico listo? ¿Locura transitoria? ¿Arrebato u obcecación? Qué rápido trabaja la medicina privada en esta ciudad.

—Esquizofrenia paranoide latente, agravada por el consumo de estupefacientes que esa chica, esa tal Sandra, le suministraba —dijo Castillo con suavidad, como si estuviera recitando la lista de la compra—. Ricardo es una víctima, comisario. Una víctima de una depredadora social y de sus propias debilidades químicas. Necesita un hospital, no una celda.

Velasco sintió ganas de vomitar. Ya estaban reescribiendo la historia. Sandra, la víctima, la estudiante brillante, se convertía en la camella, en la corruptora. Ricardo, el verdugo, el violador, se convertía en el pobre niño rico enfermo.

—Pueden contarle ese cuento a la prensa —dijo Velasco, apretando los dientes—, pero tengo las pruebas físicas. Tengo la tierra. Tengo la lentejuela. Y tengo la cinta de audio donde Helena y Ricardo planean el crimen. Eso no lo borra ningún psiquiatra.

Castillo le miró con una mezcla de lástima y condescendencia.

—Las pruebas físicas se contaminan, comisario. Las cadenas de custodia se rompen. Y las cintas... las cintas se desmagnetizan o se consideran inadmisibles por haber sido obtenidas ilegalmente. Usted es un buen policía, Velasco, para atrapar a carteristas y a yonquis. Pero esto es la Champions League. Y usted juega con zapatillas de esparto.

El abogado hizo una señal a dos agentes uniformados que observaban la escena con incomodidad.

—Oficiales, acompañen a mi cliente a una sala donde pueda conferenciar con su abogado. Y tráiganle agua. Y algo de comer. Que no sea de la máquina.

Los agentes miraron a Velasco, buscando una orden, una negativa. Pero Velasco sabía que había perdido ese asalto. El juez había hablado. El dinero había hablado.

—Dejadles pasar —dijo Velasco con voz cansada.

Castillo y su séquito avanzaron hacia los pasillos interiores como si fueran los dueños del edificio. Anselmo Torres se quedó un momento más frente a Velasco.

—Le ofrecí una salida digna —dijo el constructor—. Le ofrecí paz. Ahora, prepárese para la guerra. Voy a usar cada peseta que tengo, cada favor que me deben, para enterrarle. No encontrará trabajo ni de guarda jurado en un supermercado.

—Puede que me entierre, Torres —respondió Velasco—. Pero asegúrese de que la tierra esté bien apisonada. Porque tengo la mala costumbre de salir de la tumba para morder los tobillos.

Anselmo hizo una mueca de asco y siguió a sus abogados.

Velasco se quedó solo en el vestíbulo. Se sentía sucio. Aquello no eran esposas de acero; eran esposas de oro. Ricardo estaba detenido, sí, pero bajo condiciones que ningún otro preso en Granada disfrutaría jamás. Abogados de lujo, comida de restaurante, médicos privados redactando informes a medida. La justicia tenía una venda en los ojos, pero la venda era de seda y se podía levantar si pagabas lo suficiente.

—Jefe —la voz de Ramírez le sacó de su ensimismamiento. El inspector joven venía de la zona de calabozos—. Tengo a Helena en la sala 2. Su abogado también ha llegado. Pero no es Castillo.

—¿Ah, no?

—No. Es un tipo de Madrid. Del bufete de su padre. Parece que los López de la Serna y los Torres ya no comparten trinchera.

Velasco sonrió. Una grieta. Una pequeña grieta en el muro de hormigón.

—Divide y vencerás —murmuró—. Castillo va a intentar salvar a Ricardo echándole la culpa a la locura y a Sandra. Pero Helena... Helena no puede alegar locura. Ella es la fría. Ella es la calculadora.

—¿Qué hacemos?

—Vamos a ver a Helena. Si Ricardo se esconde detrás de la locura, Helena tendrá que esconderse detrás de la verdad para salvarse de la cadena perpetua. Y la verdad de Helena es que Ricardo fue quien levantó la piedra.

Caminaron hacia la sala 2. Por el camino, pasaron por delante de la sala donde Castillo estaba ya "asesorando" a Ricardo. La puerta estaba entreabierta. Velasco pudo oír la voz de Ricardo, tranquila, dócil, repitiendo frases que el abogado le dictaba.

"No recuerdo nada. Estaba confuso. Ella me atacó. Tenía miedo."

Estaban construyendo el guion.

Velasco apretó el paso. Llegó a la puerta de la sala de Helena. Entró sin llamar.

Helena estaba sentada, impecable incluso después del arresto. Su abogado, un hombre enjuto con gafas de concha y aspecto de notario severo, estaba de pie a su lado, susurrándole al oído. Al ver a Velasco, el abogado se irguió.

—Comisario. Mi cliente se acoge a su derecho a no declarar hasta...

—Cállese —dijo Velasco, cerrando la puerta—. Esto no es una declaración oficial. Esto es una cortesía.

Se sentó frente a Helena. Ella le sostuvo la mirada con esos ojos verdes que parecían hechos de cristal cortado. No había miedo en ella, solo odio y cálculo.

—Su prometido la ha vendido, Helena —dijo Velasco, poniendo sobre la mesa una copia de la confesión firmada de Ricardo—. Ha dicho que usted condujo el coche. Que usted planeó la cita. Que usted le dio la piedra y le guio la mano. Ha dicho que él estaba drogado y asustado, y que usted fue la mente maestra.

Helena miró el papel con desdén.

—Ricardo es un niño débil y mentiroso. Dirá cualquier cosa que su papá le diga que diga.

—Lo sé. Y su papá ha contratado a Castillo para que diga que Ricardo está loco. Que es inimputable. ¿Sabe lo que significa eso, Helena? Que si el juez se lo traga, Ricardo irá a un sanatorio unos años y luego saldrá a heredar el imperio. ¿Y usted? Usted se quedará sola con el cargo de asesinato premeditado. Porque usted no está loca. Usted es brillante. Y eso, en un juicio, se paga con treinta años.

El abogado de Helena intervino, nervioso.

—Eso es especulación, comisario. Mi cliente no...

Helena levantó una mano, silenciando a su abogado. No dejó de mirar a Velasco.

—¿Qué quiere?

—Quiero la verdad. No la versión de Castillo. Quiero saber si Ricardo la golpeó. Quiero saber si usted intentó pararlo.

—Si digo eso, admito que estuve allí.

—Ya sabemos que estuvo allí. Tengo un pelo suyo en el coche. Tengo testigos. La cuestión no es si estuvo, Helena. La cuestión es si usted fue cómplice, inductora o encubridora. Hay una gran diferencia en años de cárcel.

Helena se reclinó. Su mente trabajaba a mil revoluciones por minuto. Era una jugadora de ajedrez viendo cómo le comían las piezas. Sabía que los Torres la habían abandonado. La alianza matrimonial estaba rota; ya no era un activo para Anselmo, era un lastre. La sacrificarían para salvar al heredero.

—Ricardo la mató —dijo Helena, con voz clara y fría—. Yo intenté disuadirlo. Le dije que le diéramos dinero. Pero él estaba fuera de sí. Había

consumido cocaína toda la tarde. Estaba paranoico con lo de su hermana. Cuando Sandra se rió de él... Ricardo enloqueció. Cogió la piedra. Yo grité. Intenté pararle. Me manché de sangre intentando separarlos.

—¿Y por qué no fue a la policía?

—Porque tenía miedo. Me amenazó. Me dijo que si hablaba, me haría lo mismo que a Lucía. Me dijo que su padre me destruiría. Yo... yo solo conduje el coche de vuelta porque él no podía. Estaba en shock.

Era una mentira elegante. Una mentira construida sobre cimientos de verdad, diseñada para exculparla del asesinato material y reducir su papel al de una mujer aterrorizada y dominada por un hombre violento. Era la mejor defensa que podía tener.

Velasco sabía que era mentira. Sabía, por la cinta, que ella había sido la fría, la que negociaba la muerte. Pero también sabía que esa declaración hundía la defensa de "locura transitoria inocente" de Ricardo. Si Helena testificaba que Ricardo la amenazó y que actuó con saña, Castillo tendría mucho más difícil vender al niño bueno enfermo.

—Escriba eso —dijo Velasco al abogado de Helena—. Que declare. Si colabora, hablaré con el fiscal. Quizás podamos dejarlo en encubrimiento y omisión de socorro.

Helena sonrió. Una sonrisa de tiburón que reconoce a otro tiburón.

—Trato hecho, comisario. Pero quiero una celda individual. Y lejos de la chusma.

—Tendrá su celda individual. En la cárcel de mujeres. No espere servicio de habitaciones.

Velasco se levantó. Tenía lo que quería. Había logrado que los dos cómplices se apuñalaran mutuamente por la espalda. Los Torres intentarían salvar a Ricardo, y los López de la Serna intentarían salvar a Helena, y en el proceso, la verdad saldría a flote como el aceite en el agua.

Salió de la sala. Ramírez le esperaba fuera con una expresión sombría.

—El Jefe quiere verte. Ahora.

—¿Qué pasa?

—Ha llegado el juez. Y no viene solo. Trae una orden de traslado.

—¿Para quién?

—Para Ricardo. Se lo llevan a una clínica privada en Málaga. "Evaluación psiquiátrica urgente". Dicen que hay riesgo de suicidio inminente en los calabozos.

Velasco sintió cómo la sangre le hervía.

—¡Es una fuga encubierta! Si sale de aquí y entra en una clínica privada, no volveremos a verle el pelo hasta el juicio, y llegará sedado y con el guion aprendido.

Corrió hacia la salida, justo a tiempo para ver cómo dos enfermeros de uniforme blanco sacaban a Ricardo por la puerta lateral, flanqueados por Evaristo Castillo y Anselmo Torres. Ricardo iba en una silla de ruedas, con una manta sobre las piernas, mirando al infinito con una expresión vacía que parecía demasiado ensayada.

Un coche de alta gama con los cristales tintados esperaba con el motor en marcha.

—¡Alto! —gritó Velasco, corriendo hacia ellos.

Castillo se interpuso en su camino, levantando una mano con un papel oficial.

—Orden judicial, comisario. Firmada por el juez de guardia. Mi cliente necesita atención médica especializada que estas instalaciones tercermundistas no pueden proporcionar.

—Su cliente necesita una celda, no un balneario. Esto es una vergüenza, Castillo.

Anselmo Torres se detuvo antes de subir al coche. Miró a Velasco con una mezcla de triunfo y desprecio.

—Se lo advertí, Velasco. Usted juega a las damas; nosotros jugamos al ajedrez. Ricardo está enfermo. Y nosotros cuidamos de los nuestros.

—¿Como cuidaron de Sandra? ¿O de Lucía?

El rostro de Anselmo se contrajo, pero no respondió. Se metió en el coche. Los enfermeros introdujeron a Ricardo. Castillo subió delante. El coche arrancó suavemente, deslizándose sobre los adoquines como una anguila de metal, y se alejó hacia la autovía.

Velasco se quedó de pie en la acera, respirando el humo del tubo de escape. Las esposas de oro habían funcionado. Ricardo Torres dormiría esa noche en una cama limpia, bajo sedantes caros, mientras David, el inocente, seguía en una celda húmeda esperando su liberación.

Pero Velasco no se sentía derrotado. Sentía la furia fría de quien sabe que la guerra va a ser larga. Tenía la declaración de Helena. Tenía las pruebas físicas. Y tenía la opinión pública, que había visto el espectáculo en el Campo del Príncipe. Los Torres habían ganado tiempo, pero habían perdido la invisibilidad.

Volvió a entrar en la Jefatura. Fue directo a los calabozos.

—Gutiérrez, abre la celda 3.

El guardia le miró sorprendido.

—¿Hay orden?

—Hay justicia, que es mejor. El juez acaba de firmar la libertad de David. Ramírez trae los papeles. Ábrela ya.

Entró en la celda. David estaba sentado en el catre, con la cabeza entre las manos. Al oír la puerta, levantó la vista. Parecía un espectro, pálido y tembloroso por el mono.

—Se acabó, David —dijo Velasco con suavidad—. Te vas a casa.

El chico le miró sin comprender.

—¿Han... han cogido al que fue?

—Sí. Lo han cogido.

—¿Fue Ricardo?

—Fue Ricardo. Y Helena. Y su maldito dinero.

David se levantó, tambaleándose. Velasco le sujetó.

—Sandra... ella tenía razón —susurró David—. Eran monstruos.

—Sí. Pero los monstruos también sangran. Y hoy les hemos hecho una herida que no va a cerrar.

Velasco sacó a David de la celda. Lo llevó hasta la puerta trasera, donde Olatz esperaba, avisada por Ramírez. La chica corrió y abrazó a David, llorando.

Velasco los observó un momento. Dos chicos rotos por una ciudad que no perdonaba la debilidad.

—Marchaos —les dijo—. Iros de Granada una temporada. Id a la costa. O al norte. Aquí el aire está viciado.

—Gracias, comisario —dijo Olatz, con los ojos brillantes.

—No me des las gracias. Solo he hecho mi trabajo. Tarde y mal, pero lo he hecho.

Vio cómo se alejaban, apoyándose el uno en el otro.

Luego, Velasco volvió a su despacho. El edificio estaba en silencio. La batalla legal rugía en los despachos de los jueces y en las redacciones de

los periódicos, pero en la comisaría había vuelto la calma tensa de siempre.

Se sentó en su silla. Abrió el cajón y sacó la botella de whisky que guardaba para emergencias. Se sirvió un dedo en un vaso de papel.

Miró por la ventana al patio interior. La noche caía de nuevo sobre Granada. Ricardo estaba en una clínica de lujo. Helena en una celda individual. Anselmo en su carmen fortificado.

El sistema había protegido a los suyos, como siempre. Pero Velasco sabía que algo se había roto para siempre en la estructura de poder de la ciudad. La impunidad ya no era absoluta. Tenía grietas. Y por esas grietas, él seguiría metiendo el cincel hasta que todo el maldito edificio se viniera abajo.

Levantó el vaso en un brindis solitario.

—Por las esposas de oro —dijo a la oscuridad—. Que brillan mucho, pero al final, también aprietan.

Bebió el whisky de un trago, sintiendo el fuego. Mañana sería otro día. Mañana tendría que lidiar con el juez, con la prensa, con las amenazas. Pero hoy, había ganado. Y en Granada, ganar, aunque sea por los puntos y con el árbitro en contra, era ya una revolución.

20

El sábado de Gloria amaneció en Granada con una calma tensa, ese silencio de campana resquebrajada que precede a la resurrección litúrgica. Pero en los talleres de impresión del polígono de Asegra y en las redacciones de la calle Compás de San Jerónimo, no había silencio. Había el estruendo rítmico de las rotativas escupiendo kilómetros de papel y el teclear frenético de máquinas de escribir que no buscaban informar, sino construir un cortafuegos.

Carlos Velasco compró el periódico en un quiosco de Puerta Real. El vendedor, un hombre con la piel curtida y los dedos manchados de tinta, se lo tendió con una mueca de complicidad morbosa.

—Vaya la que se ha liado con el niño de los Torres, ¿eh, comisario? Dicen que el chaval estaba más *pallá* que *pacá*.

Velasco no respondió. Cogió el diario, sintiendo el papel áspero y barato bajo las yemas de los dedos, y se sentó en la terraza del Café Suizo. Pidió un café solo, negro y amargo, adecuado para lo que se disponía a tragar.

Desplegó la portada. El titular, en letras de molde, no dejaba lugar a dudas sobre quién había ganado la batalla de la narrativa durante la noche:

"TRAGEDIA EN EL SENO DE UNA FAMILIA ILUSTRE: EL DRAMA DE LA ENAJENACIÓN MENTAL"

Debajo, una fotografía de Ricardo Torres. No la del detenido lloroso y manchado de polvo en el Campo del Príncipe, sino una foto de archivo, de una fiesta benéfica, donde aparecía sonriente, joven, con esa fragilidad de querubín bien alimentado que despertaba el instinto maternal de las señoras de la alta sociedad.

Velasco empezó a leer. A medida que sus ojos recorrían las columnas de texto, sentía cómo la bilis le subía por el esófago. El artículo no estaba firmado, una cobardía habitual cuando se escribe al dictado del poder, pero la prosa destilaba el estilo inconfundible de los comunicados de prensa

redactados por el bufete de Evaristo Castillo.

El texto hablaba de un "brote psicótico agudo", de una "presión insoportable", de un joven brillante y sensible que había caído en las garras de las drogas debido a las malas compañías. Sandra Méndez, la víctima, la estudiante que quería comerse el mundo, era reducida en tres párrafos a un perfil desdibujado y sospechoso: *"una joven de vida desordenada"*, *"frecuentadora de ambientes marginales"*, *"vinculada sentimentalmente a conocidos toxicómanos del Sacromonte"*.

No se mencionaba el embarazo. No se mencionaban los cuadernos. No se mencionaba a Lucía López de la Serna.

—Hijos de puta —susurró Velasco, apretando el periódico hasta arrugarlo.

La maquinaria del olvido se había puesto en marcha. Era un mecanismo antiguo y bien engrasado en Granada, una ciudad experta en enterrar sus vergüenzas bajo capas de historia y retórica barroca. El sistema no negaba el crimen —eso era imposible con tantos testigos—; el sistema recontextualizaba el crimen. Lo convertía en una desgracia médica, en una fatalidad griega donde el asesino era tan víctima como la muerta.

Velasco pasó la página. En la sección de opinión, un columnista conocido por sus almuerzos con el Alcalde escribía sobre la "necesidad de proteger a nuestras familias tradicionales de la erosión de los nuevos tiempos" y pedía "compasión cristiana para un padre, Don Anselmo Torres, pilar de nuestra comunidad, que ve cómo la enfermedad mental se ceba con su único hijo varón".

El comisario cerró el periódico y miró a la calle. La gente paseaba, compraba pasteles para el domingo, reía. La normalidad se imponía como una losa de hormigón sobre la tumba de Sandra. Ricardo Torres no iba a ser juzgado como un depredador; iba a ser tratado como un paciente.

***

A esa misma hora, en un reservado del restaurante *Cunini*, junto a la Plaza de la Pescadería, el aire olía a marisco fresco y a conspiración. Evaristo Castillo limpiaba la cabeza de una gamba roja de Motril con la

precisión quirúrgica de quien está acostumbrado a extraer la sustancia sin mancharse los puños de la camisa.

Frente a él, el director del periódico local apuraba una copa de vino blanco. Era un hombre de mediana edad, con el rostro abotargado y esa mirada huidiza de quien ha vendido su integridad a plazos y teme que un día le reclamen la deuda total.

—La portada ha quedado bien, Evaristo —dijo el director, secándose los labios con una servilleta de hilo—. Muy... equilibrada.

—Es lo que la ciudad necesita, Manolo. Equilibrio. —Castillo chupó la cabeza de la gamba con un sonido obsceno—. No podemos permitir que un suceso desgraciado desestabilice la economía local. Anselmo está muy preocupado. El proyecto de la Zubia depende de la confianza de los inversores. Si Ricardo aparece como un monstruo, la confianza se evapora. Si aparece como un enfermo... bueno, la enfermedad es humana. La enfermedad se perdona.

—¿Y la chica? ¿La tal Sandra?

Castillo hizo un gesto vago con la mano, como espantando una mosca.

—Una tragedia, sin duda. Pero seamos realistas. Era una chica de pueblo que quiso jugar en las grandes ligas sin conocer las reglas. Se juntó con quien no debía. Drogas, chantaje... mi cliente estaba sometido a una presión terrible. La chica le acosaba. Le amenazaba. La mente de Ricardo, ya fragilizada, se rompió. Fue un acto de defensa propia psicológica.

—¿Y el policía? Ese tal Velasco. Me han dicho que tiene pruebas. Cintas. Diarios.

El abogado sonrió, una sonrisa de tiburón bien alimentado.

—Velasco es un problema temporal. Un charnego resentido que no entiende Granada. Sus "pruebas" son circunstanciales, obtenidas ilegalmente, sin orden judicial. Fruta del árbol envenenado, Manolo. Ningún juez serio las admitirá. Además... Velasco tiene un historial. Conflictivo. Bebedor. Divorciado. Quizás sea hora de que tu periódico

investigue un poco sobre los métodos poco ortodoxos de nuestra policía. La ciudadanía tiene derecho a saber en manos de quién está su seguridad.

El director entendió el mensaje. Asintió lentamente mientras se servía más vino.

—Creo que tenemos un hueco en la edición del martes para un reportaje sobre la "necesaria renovación de las fuerzas de seguridad".

—Excelente. Anselmo sabrá agradecer tu sensibilidad periodística. La publicidad de la nueva urbanización... creo que quería contratar una página completa durante un mes.

Brindaron. El cristal chocó con un tintineo alegre que sonó a monedas cayendo en una hucha. Fuera, la ciudad se preparaba para celebrar la resurrección, pero allí dentro, se estaba certificando la defunción de la verdad.

***

Velasco entró en la Jefatura con el periódico bajo el brazo. El ambiente había cambiado radicalmente desde la tarde anterior. Si el viernes olía a miedo y tensión, hoy olía a formol. El caso estaba siendo embalsamado en vida.

Ramírez le interceptó en el pasillo. El joven inspector tenía ojeras y aspecto de no haber dormido.

—Jefe, esto es un desastre. Han trasladado el expediente.

—¿A dónde?

—Al Juzgado de Instrucción número 4. El titular es íntimo amigo del suegro de Castillo. Ha decretado el secreto de sumario "para proteger la intimidad de las partes y la integridad de la investigación médica".

—Traducción: para que no sepamos qué mierda están cocinando en esa clínica de Málaga.

—Exacto. Y hay más. Han soltado a Helena.

Velasco se detuvo en seco.

—¿Cómo?

—Libertad bajo fianza. Cincuenta millones de pesetas. Su padre los puso encima de la mesa antes de que abrieran el juzgado. El juez ha considerado que, dado que Ricardo ha asumido la autoría material y alega enajenación, la participación de Helena es "accesoria" y no hay riesgo de fuga.

—¿Accesoria? —Velasco sintió que la sangre le hervía—. ¡Ella conducía el coche! ¡Ella le dio la piedra! ¡Ella quemó las pruebas!

—Según la nueva versión que Castillo y el abogado de Helena han pactado, ella fue una testigo aterrorizada. Dicen que Ricardo la obligó a ir. Que estaba fuera de sí, armado, violento. Que ella actuó bajo miedo insuperable. Ricardo asume la culpa por locura, y a cambio, exculpa a Helena de la planificación.

—Han cerrado el trato —murmuró Velasco—. Los Torres salvan al heredero de la cárcel común a cambio de un psiquiátrico de lujo, y los López de la Serna salvan a la hija de la acusación de asesinato. Todos contentos. Y Sandra muerta.

—David ya está fuera, al menos —dijo Ramírez, intentando buscar un rayo de luz—. Salió anoche. Se fue con la chica vasca, Olatz.

—Es lo único limpio que ha salido de todo esto.

Velasco caminó hacia su despacho. La puerta estaba abierta. Dentro, dos hombres de traje gris, con aspecto de funcionarios de Madrid, estaban revisando sus cajones.

—¿Se puede saber qué cojones hacen ustedes? —bramó Velasco.

Uno de los hombres se giró, mostrando una placa de Asuntos Internos.

—Inspector Velasco. Estamos realizando una auditoría rutinaria de los

procedimientos de custodia de pruebas. Hemos recibido informes sobre irregularidades en la cadena de custodia del caso Méndez. Allanamiento sin orden, sustracción de pruebas del escenario, coacción a testigos...

Velasco se apoyó en el marco de la puerta y se echó a reír. Una risa cansada, ronca.

—Rutinaria. Claro. Tan rutinaria como que llueva en Semana Santa. Busquen lo que quieran. No van a encontrar nada aquí. Lo importante no está en los cajones; está en la calle.

—Le agradeceríamos que nos entregara su arma y su placa, inspector. Queda usted suspendido cautelarmente mientras dura la investigación.

Velasco miró a los hombres, luego a su despacho desvalijado. Sacó la pistola de la sobaquera, le quitó el cargador con un movimiento fluido y la dejó sobre la mesa. Puso la placa al lado. El metal resonó sobre la madera barata.

—Ahí la tienen. De todas formas, empezaba a pesarme demasiado. Esa placa tiene tanta mierda pegada de esta ciudad que ya no brilla.

Se dio la vuelta y salió. Ramírez le miraba desde el pasillo con horror.

—Jefe... Carlos... no puedes irte así.

—Es la única forma de irse, chaval. Con la cabeza alta y las manos vacías. Cuídate. Y no dejes que te conviertan en uno de ellos.

Salió del edificio de la Jefatura. El sol de mediodía le golpeó en la cara. Era un hombre libre, técnicamente. Sin trabajo, con una amenaza sobre su familia y con la reputación destruida, pero libre.

Caminó sin rumbo fijo. Sus pasos le llevaron instintivamente hacia el Paseo del Salón. La ciudad estaba preciosa, exultante de primavera. Los castaños de indias empezaban a brotar. El río Genil bajaba con fuerza, alimentado por el deshielo de la Sierra.

Llegó al Kiosco de Las Titas. Estaba lleno de gente tomando el aperitivo.

Risas, tintineo de copas, niños corriendo. Nadie miraba hacia el trozo de tierra bajo el puente donde días antes había yacido el cuerpo de Sandra. La memoria de la ciudad era corta, selectiva y cruel.

Velasco se acercó a la barandilla del río. Miró el Puente de las Brujas. La estructura verde parecía burlarse de él. "Cosa de brujas", decían. Magia. La magia de hacer desaparecer la verdad.

Sacó un cigarrillo. No le quedaba fuego. Un paseante, un hombre mayor con sombrero, se detuvo y le ofreció un mechero.

—Gracias.

—Hace buen día, ¿verdad? —dijo el hombre—. Parece que Dios ha perdonado a Granada sus pecados.

—Dios quizás —respondió Velasco, exhalando el humo—. Pero yo no.

El hombre se alejó. Velasco se quedó mirando el agua turbia. Pensó en los diarios. Los tenía Manuel. Pensó en la cinta. También la tenía Manuel. La maquinaria del olvido era poderosa, sí. Tenía periódicos, jueces y dinero. Pero la maquinaria tenía un fallo: no podía borrar lo que ya había sido leído.

Si la justicia oficial había cerrado la puerta, él abriría las ventanas. No podía meter a Ricardo en la cárcel hoy, ni a Helena. Pero podía asegurarse de que su victoria fuera amarga. Podía asegurarse de que, aunque la prensa mintiera, el susurro de la verdad corriera por los bares, por las peluquerías, por las colas del mercado.

El "runrún" de Granada. Esa era su arma ahora. El chisme. La leyenda negra. Haría que el nombre de los Torres se asociara para siempre con la sangre, no con el ladrillo. Haría que cada vez que alguien viera a Helena, viera a la conductora del coche de la muerte.

—Esto no ha acabado —se dijo a sí mismo.

Pero en el fondo, sabía que una parte sí había acabado. La parte de la esperanza. Sandra estaba muerta. Su asesino estaba en una suite de

hospital comiendo jamón de jabugo. Y la ciudad... la ciudad seguía adelante, devorando a sus hijos y eructando incienso.

Se dio la vuelta y echó a andar hacia el Realejo. Tenía que llamar a su hija. Tenía que decirle que estaba bien. Y luego, tenía que empezar a escribir. Si los periódicos contaban mentiras, alguien tendría que escribir la verdad, aunque fuera en las paredes.

Al pasar por un quiosco de prensa, vio de nuevo la cara de Ricardo en la portada. El "pobre niño enfermo".

Velasco escupió en el suelo.

—Que te aproveche tu locura, Ricky. Pero recuerda: los locos a veces tienen momentos de lucidez. Y en esos momentos, verás la cara de Sandra. Y la de tu hijo. Y eso, ni todo el dinero de tu padre podrá comprarlo.

La maquinaria del olvido trabajaba a todo gas, engrasada con cinismo y miedo. Pero Carlos Velasco, el excomisario, el charnego cuyos padres provenían de Gor, el hombre sin placa, acababa de decidir que iba a ser la piedra en el engranaje. La pequeña, molesta y persistente piedra que hace que, tarde o temprano, la máquina se rompa.

***

La tarde cayó y con ella llegó el silencio de la reflexión. En la casa de los Méndez, en Almuñécar, Paco leía el periódico con las manos temblorosas. No entendía las palabras complejas, los términos psiquiátricos, las justificaciones legales. Solo entendía que el asesino de su hija era presentado como una víctima.

Ana lloraba en la cocina, pelando patatas mecánicamente.

Javier, el hermano pequeño, no lloraba. Estaba en su cuarto, mirando el hueco vacío bajo la tabla del suelo donde había estado la pistola. Había leído el periódico también. Había visto la foto de Ricardo Torres.

Recortó la foto con unas tijeras escolares. La pegó en la pared, junto al mapa del mundo. Cogió un rotulador rojo y dibujó una cruz sobre la cara

sonriente del heredero.

—No me voy a olvidar —susurró el chico—. Aunque pasen mil años. No me voy a olvidar.

La maquinaria del olvido podía engañar a Granada, podía engañar al juez, podía engañar a la historia oficial. Pero no podía engañar a la memoria del dolor. Y en ese cuarto de un pueblo de la costa, se estaba sembrando la semilla de una justicia futura, una justicia que no necesitaría placas ni jueces, sino memoria y tiempo.

En Granada, las campanas repicaban anunciando la Resurrección. Pero para Sandra Méndez, y para la verdad de su muerte, solo había silencio. Un silencio comprado, caro y terrible, que cubría la ciudad como la nieve cubre la Sierra, blanca, fría y capaz de ocultar cualquier cadáver hasta el deshielo.

21

Mayo llegó a Granada no como una primavera suave, sino como un anticipo del horno estival, secando los charcos de las últimas lluvias y endureciendo el barro donde, semanas atrás, se habían marcado las huellas de un crimen. La luz tenía esa cualidad cegadora y blanca que borra los matices, dejando solo sombras duras y verdades incómodas.

Carlos Velasco estaba de pie en la acera de la Caleta, frente al edificio de los Juzgados, ajustándose el cuello de una camisa que ya no llevaba corbata. Había perdido la placa, el arma y el sueldo, pero extrañamente, nunca se había sentido tan policía como en ese momento de derrota oficial.

A las diez de la mañana, las puertas de caoba y bronce se abrieron. No hubo esposas, ni furgones celulares con las ventanas enrejadas, ni el paseíllo de la vergüenza que se reservaba para los roba-gallinas o los camellos de poca monta del Zaidín. Lo que hubo fue una coreografía de poder.

Primero salieron los abogados de la firma Castillo, abriendo paso como rompehielos en un mar de periodistas locales que se agolpaban con micrófonos y cámaras. Detrás, flanqueado por guardias de seguridad privada que cobraban más que el juez instructor, apareció Ricardo Torres Quesada.

No parecía un hombre que hubiera confesado un asesinato brutal. Llevaba un traje de lino color crema, gafas de sol de diseño y el pelo cortado a la última moda. Su aspecto era el de un convaleciente de una enfermedad noble, pálido y delgado, con un aire de fragilidad estudiada que encajaba perfectamente con la narrativa que sus abogados habían vendido a la prensa: la del joven brillante y sensible, cuya mente se había quebrado bajo presiones externas y malas compañías, y que ahora necesitaba "reposo, tratamiento y el calor de su familia" mientras esperaba un juicio que se dilataría años.

—¿Es cierto que ha pagado cincuenta millones de fianza? —gritó un periodista.

Ricardo no respondió. Ni siquiera giró la cabeza. Anselmo Torres, que caminaba a su lado como un muro de contención, levantó una mano para apartar un micrófono con desdén.

—Mi hijo es un enfermo que necesita paz —dijo el patriarca, con esa voz de barítono acostumbrada a mandar en consejos de administración—. Respeten el dolor de una familia.

Subieron a un Mercedes negro con los cristales tintados. La puerta se cerró con un sonido sordo, hermético, separando el aire acondicionado y la tapicería de piel del calor y el polvo de la calle. El coche arrancó suavemente, deslizándose por el asfalto como si levitara sobre la justicia de los hombres.

Velasco encendió un cigarrillo, observando cómo el vehículo se alejaba hacia la zona residencial, hacia los muros altos y los jardines privados donde la culpa se lavaba en piscinas climatizadas.

—Así que esto es —murmuró para sí mismo—. La justicia no es ciega; simplemente tiene una tarifa muy alta.

Ricardo estaba libre. Provisionalmente, decían los papeles. Técnicamente, bajo tratamiento psiquiátrico ambulatorio. Pero libre. Dormiría en su cama, comería en su mesa y miraría la Alhambra desde su terraza. Helena también estaba en la calle, en su propio arresto domiciliario de lujo, esperando a que sus abogados negociaran una condena menor por encubrimiento o miedo insuperable.

La confesión de Ricardo, obtenida por Velasco en aquella sala de interrogatorios, había sido impugnada, matizada y finalmente recontextualizada como el delirio de una mente perturbada. Las pruebas físicas seguían ahí, la lentejuela, el barro, pero el dinero había comprado la duda razonable y el tiempo. Y en Granada, con tiempo y dinero, se podía reescribir la Biblia.

***

Dos horas más tarde, el escenario era radicalmente distinto. En la estación de autobuses de la carretera de Jaén, un lugar de hormigón y tristeza donde

los sueños solían hacer transbordo, David esperaba sentado sobre una mochila militar desgastada.

No había prensa para él. No había abogados con trajes de tres piezas. Solo estaba Olatz, la compañera de piso de Sandra, que le sujetaba la mano con fuerza, como si temiera que el viento se lo llevara.

David había salido de prisión hacía tres días. El juez había dictado el sobreseimiento de su causa, pero el auto judicial no podía borrar los titulares de las semanas anteriores. Para la mitad de Granada, él seguía siendo "el monstruo del Sacromonte", el drogadicto celoso. La gente cruzaba de acera al verle. En los bares donde antes tocaba la guitarra, ahora le decían que el aforo estaba completo.

Velasco se acercó a ellos. David levantó la vista. Sus ojos, antes llenos de una melancolía artística, ahora estaban vacíos, como ventanas de una casa abandonada. Había perdido diez kilos. Parecía un espantapájaros vestido con ropa de segunda mano.

—Te vas —dijo Velasco.

David asintió lentamente.

—No puedo quedarme aquí, comisario. Las piedras me miran mal. El aire me ahoga.

—Me vuelvo con él al País Vasco —intervino Olatz, con esa determinación feroz que Velasco había llegado a admirar—. Allí tengo familia. Un caserío cerca de Bermeo. Allí nadie sabe quiénes son los Torres ni leen el *Ideal*. Allí podrá curarse.

—Hacéis bien —dijo Velasco. Metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre. No era mucho, parte de sus ahorros y algo que Manuel había puesto del bote del Liberry—. Tomad. Para el viaje. Y para empezar.

David miró el sobre y luego a Velasco.

—Usted fue el único. El único que me miró y vio a una persona, no a un yonqui. Gracias.

—No me des las gracias, chaval. He fallado. El asesino está en su casa y tú tienes que huir. Eso no es una victoria.

—Sandra... —la voz de David se quebró al pronunciar el nombre—. Sandra quería volar. Y mire dónde hemos acabado todos.

—Ella voló, David. Voló tan alto que les dio miedo a los que se creen dueños del cielo. No lo olvides nunca. Ella fue valiente. Tú fuiste valiente.

El altavoz anunció la salida del autobús con destino a Madrid y conexiones al norte. Olatz cogió las mochilas.

—Cuídese, comisario. Y tenga cuidado. Esa gente no perdona.

Velasco vio cómo subían al autobús. David se sentó junto a la ventanilla. Cuando el motor rugió y el vehículo empezó a maniobrar, David puso la mano en el cristal. Velasco levantó la suya en un gesto de despedida.

El autobús se alejó, llevándose a los inocentes, a los daños colaterales de una guerra que habían perdido antes de empezar. Granada expulsaba a lo que no podía digerir, quedándose solo con lo que podía corromper.

***

La tarde cayó pesada y calurosa. Velasco condujo su Seat 131 hacia la calle Elvira. Tenía una última cita.

El piso de estudiantes estaba abierto. La puerta, con la cerradura forzada días atrás y mal reparada, cedió al empuje. Dentro, el aire estaba viciado, quieto. Había cajas de cartón apiladas en el pasillo.

Paco y Ana Méndez estaban terminando de recoger. La habitación de Sandra, que una vez fue un santuario de estudio y sueños, era ahora un esqueleto de muebles baratos. Los libros de medicina estaban en cajas. La ropa, esa ropa ecléctica que mezclaba mercadillo y boutique, estaba en bolsas de basura negras.

Ana doblaba una sábana con movimientos mecánicos, lentos. Paco estaba

sentado en el borde de la cama desnuda, mirando una foto enmarcada que no se había atrevido a guardar todavía.

—Buenas tardes —dijo Velasco desde el umbral.

Paco levantó la cabeza. Sus ojos estaban secos, agotados de llorar. La rabia había dado paso a una resignación pétrea, la del campesino que ve cómo el granizo destruye la cosecha y sabe que no puede gritarle a las nubes.

—Comisario —dijo Paco—. O excomisario, según he oído.

—Velasco. Solo Velasco. He venido a... a ver si necesitaban ayuda.

—Ya está todo hecho —dijo Ana, sin girarse—. Hemos recogido su vida en cuatro cajas. Veintidós años y solo ocupan el maletero de un coche.

Velasco entró en la habitación. Se sentía un intruso en el templo del dolor.

—He visto salir a Ricardo Torres esta mañana —dijo Velasco. Sintió que les debía la verdad, por dolorosa que fuera—. Ha pagado la fianza. Está en su casa.

Paco asintió. No hubo estallido de furia. Solo un asentimiento lento, pesado.

—Lo sabíamos. En el pueblo también se ve la televisión. Dinero llama a dinero, y sangre llama a sangre. Nosotros solo tenemos tierra en las uñas.

—No se va a ir de rositas, Paco. El juicio llegará. Las pruebas existen.

—El juicio... —Paco soltó una risa amarga—. El juicio será dentro de dos años. O tres. Y para entonces, Ricardo será un pobre chico enfermo que se ha rehabilitado en Suiza, y mi hija seguirá siendo un saco de huesos en el cementerio de Almuñécar.

Paco se levantó. Se acercó a Velasco. Era un hombre fuerte, de campo, pero parecía encogido.

—Usted hizo lo que pudo. Lo sé. Javier me contó lo de la pistola. Lo de las

fotos. Usted se la jugó por mi niña.

—Y no sirvió de nada.

—Sirvió para que sepamos la verdad. —Ana se giró, con la sábana apretada contra el pecho—. Sirvió para saber que no fue un accidente, ni un robo, ni un novio loco. Sabemos que fue él. Y sabemos por qué. Ella no se vendió, señor Velasco. Ella les plantó cara. Murió de pie.

—Murió defendiendo a su hijo —añadió Velasco—. A su nieto.

Ana cerró los ojos y una lágrima solitaria recorrió el surco de su mejilla.

—Vámonos, Paco. Este sitio huele a muerte. Quiero volver a ver el mar.

Cargaron las cajas en la furgoneta vieja de Paco, aparcada en doble fila en la calle Elvira. El tráfico pitaba, la gente pasaba con prisa, indiferente al duelo que se estaba cargando en aquel vehículo.

Cuando terminaron, Paco le tendió la mano a Velasco. Un apretón fuerte, calloso, honesto.

—Si alguna vez baja a la costa... tiene una casa. Y chirimoyas. Las mejores del valle.

—Iré, Paco. Cuando todo esto se enfríe.

La furgoneta arrancó, soltando una nube de humo negro, y se perdió en el tráfico de la Gran Vía, rumbo al sur, rumbo al olvido.

Velasco se quedó en la acera. Ahora sí que estaba solo. Los actores de la tragedia habían abandonado el escenario. Sandra estaba muerta. David, exiliado. Los padres, retornados a su duelo privado. Y los asesinos, atrincherados en sus palacios.

Solo quedaba la ciudad. Granada.

***

Caminó sin rumbo. Sus pies le llevaron, como si tuvieran memoria propia, otra vez hacia el Paseo del Salón. Era la hora del paseo, ese ritual sagrado de la burguesía granadina.

La tarde era dorada, preciosa. Los castaños de indias estaban en plena floración, proyectando sombras moteadas sobre la tierra batida. Los niños corrían con globos, las parejas paseaban cogidas del brazo, los ancianos discutían de política en los bancos.

Velasco se detuvo frente al Kiosco de Las Titas. Las mesas estaban llenas. Copas de vino, cafés, pasteles. Risas.

Miró hacia el lugar exacto donde había aparecido el cuerpo de Sandra. No había nada. Ni una cinta policial, ni una flor, ni una marca. La tierra había sido rastrillada, las huellas borradas. Un grupo de adolescentes reía y fumaba justo encima de donde Sandra había exhalado su último suspiro.

La ciudad había cicatrizado con una velocidad aterradora.

—Memoria de pez —pensó Velasco—. O memoria de verdugo.

Se acercó al Puente de las Brujas. La estructura de hierro verde se reflejaba en el agua tranquila del Genil. Apoyó los codos en la barandilla y miró el río. El agua fluía constante, indiferente, llevándose la suciedad hacia la Vega, limpiando la ciudad de sus pecados diarios.

Un hombre se paró a su lado. Era Manuel, el del Liberry. Llevaba una chaqueta de pana y olía a tabaco de pipa.

—Sabía que estarías aquí —dijo Manuel, mirando también al río.

—No tengo otro sitio donde ir, Manuel. Me han quitado la placa. Me han quitado el caso.

—Pero no te han quitado la razón.

—La razón no sirve de mucho si no tienes la fuerza para imponerla. Ricardo está en su casa. Anselmo sigue siendo el dueño del ladrillo. Y Sandra... Sandra es solo una anécdota en las páginas de sucesos.

Manuel sacó una petaca de plata y se la ofreció. Velasco bebió. Coñac barato, ardiente.

—Granada es así, Carlos. Es una ciudad que se come a sus hijos y luego eructa poesía. Lleva siglos haciéndolo. Lorca, Ganivet... y ahora Sandra. La belleza de esta ciudad se alimenta de sangre.

—Es una ciudad podrida, Manuel. Hermosa y podrida.

—Sí. Pero es nuestra ciudad. Y alguien tiene que quedarse para recordar dónde están enterrados los cuerpos.

Velasco miró hacia el Realejo. Podía ver, a lo lejos, entre los cipreses, el tejado del Carmen de los Torres. Imaginó a Ricardo allí, medicado, protegido, quizás empezando a creerse su propia mentira de locura transitoria. Imaginó a Helena, libre bajo fianza, planeando su próxima jugada, quizás buscando un nuevo marido rico ahora que Ricardo estaba "quemado".

—No voy a irme, Manuel —dijo Velasco—. Me ofrecieron el traslado. Me ofrecieron la jubilación anticipada. Pero no me voy.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a quedarme. Voy a abrir una oficina. Investigador privado. Divorcios, deudas... lo que sea. Pero voy a estar aquí. Voy a ser la sombra que ven por el retrovisor. Voy a ser el tipo que se sienta en la mesa de al lado en el restaurante.

—¿Para qué?

—Para que no olviden. Para que Ricardo sepa que, aunque el juez haya cerrado el caso, yo no lo he cerrado. Para que Anselmo sepa que si intenta recalificar un terreno ilegalmente, yo lo sabré. Para que Helena sepa que si vuelve a conducir de noche por carreteras secundarias, yo estaré mirando.

Velasco se giró hacia Manuel. Sus ojos, habitualmente cansados, tenían un brillo nuevo. Un brillo duro, de acero templado.

—No es justicia, Manuel. La justicia es un ideal para los libros de derecho. Esto es... vigilancia. Soy el perro viejo que se ha quedado sin dientes pero que todavía sabe ladrar. Y voy a ladrar cada vez que intenten dormir.

Manuel sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—Pues entonces, bienvenido a la resistencia, comisario. O excomisario. En el Liberry siempre tendrás una mesa y crédito abierto.

—Gracias. Lo necesitaré.

Empezaron a caminar de vuelta hacia el centro. La luz de la tarde se desvanecía, dando paso a ese azul eléctrico del crepúsculo granadino. Las farolas se encendieron.

Al pasar por la Fuente de las Granadas, Velasco vio un cartel de obra nuevo. *"Próxima construcción: Residencial Los Cármenes. Promotora Torres"*. Alguien había hecho un grafiti sobre el cartel con spray rojo. No era un insulto político ni una firma de banda. Era una sola palabra:

ASESINOS.

Velasco se detuvo y miró la pintada.

—Mira —señaló—. Alguien más no ha olvidado.

—Javier —dijo Manuel—. El hermano pequeño. O algún amigo de David.

—Quien sea. Significa que la semilla está plantada. La maquinaria del olvido es potente, sí. Pero la memoria del rencor es más fuerte.

Siguieron caminando. La ciudad bullía. Los bares de tapas se llenaban. Las risas resonaban en las plazas. Granada seguía su fiesta eterna, celebrando la primavera, celebrando la vida.

Pero Carlos Velasco caminaba entre ellos como un fantasma consciente. Sabía lo que había debajo de los adoquines. Sabía el precio de la fiesta. Y sabía que, tarde o temprano, la factura siempre llega.

Se metió las manos en los bolsillos de la gabardina. Tocó el encendedor. Tocó la copia de la llave de su nueva oficina, un despacho lúgubre en la calle San Jerónimo que había alquilado esa misma mañana.

Su vida anterior había terminado. Su carrera había terminado. Pero su misión acababa de empezar.

Mientras cruzaban la Plaza de la Trinidad, Velasco miró hacia arriba, hacia el cielo que empezaba a llenarse de estrellas sobre la ciudad de la Alhambra.

—Buenas noches, Sandra —susurró al viento—. Descansa. Yo hago la guardia.

Y con ese juramento silencioso, el excomisario Carlos Velasco se fundió con las sombras de Granada, convirtiéndose en parte de la leyenda negra de una ciudad que era, a la vez, el paraíso y el infierno en la tierra.

La vida seguía. Pero la verdad, agazapada en las esquinas, esperaba su momento. Y Velasco sabía esperar.